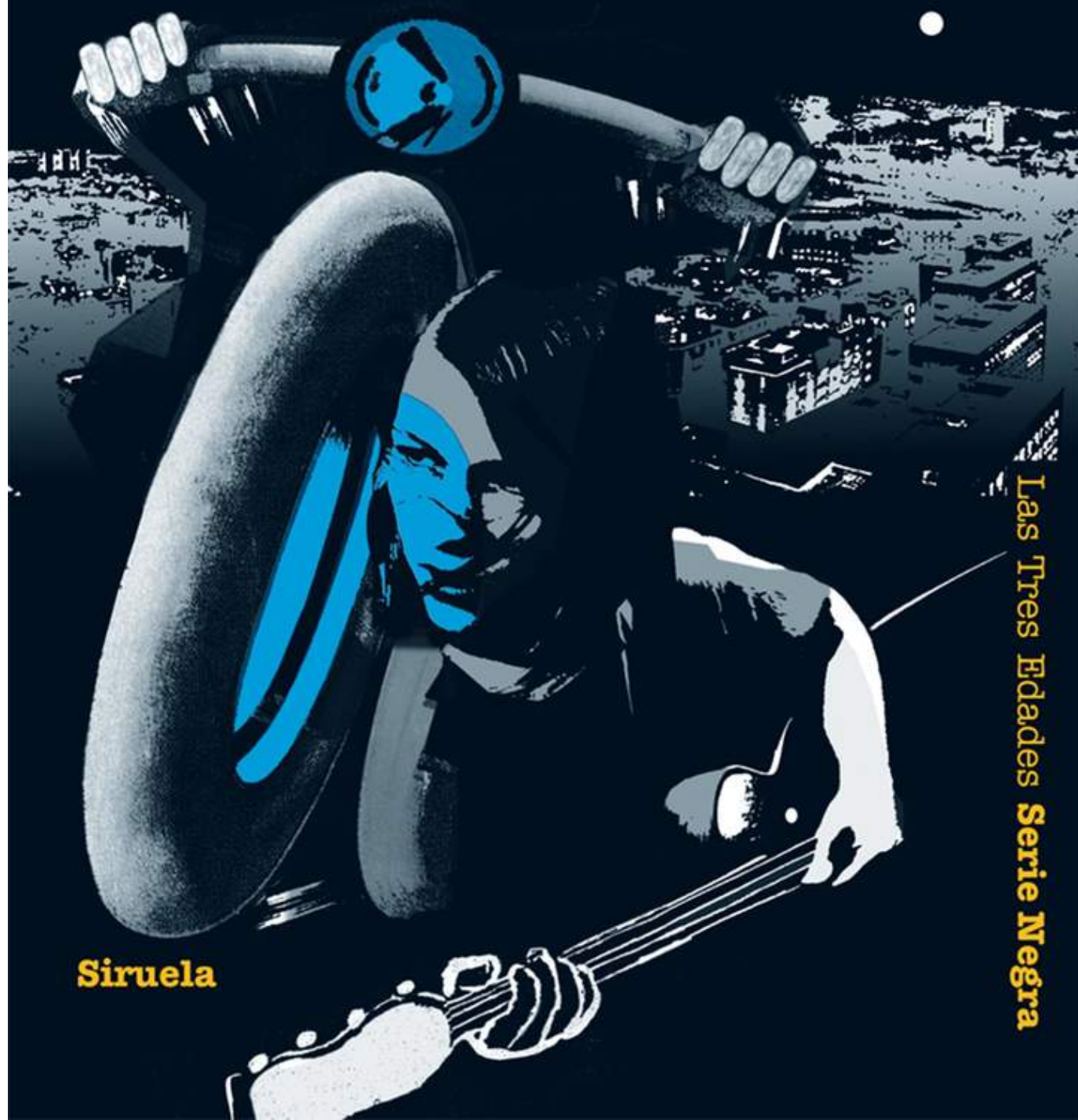


BERTA MIR DETECTIVE

El caso del falso accidente

Jordi Sierra i Fabra



Siruela

Las Tres Edades **Serie Negra**

**JORDI
SIERRA I FABRA**

**Berta Mir detective.
El caso del falso
accidente**



Ediciones Siruela

BERTA MIR DETECTIVE

**EL CASO DEL FALSO
ACCIDENTE**

JORDI SIERRA I FABRA

Serie Negra Ediciones Siruela

ÍNDICE

Cubierta

Portadilla

El caso del falso accidente

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

Agradecimientos

Créditos

El caso del falso accidente

Gracias a los distintos médicos o amigos que han colaborado en la realización de esta novela, Jaume Comas, Joan Pau Marco, Raquel Compta y Patricia Bascuñana.

La sala de espera de un hospital es un espacio amargo.

Fría por su decoración, paredes vacías, sillas de plástico que parecen albergar las penas de todos los que han pasado por ellas, atmósfera cortada con el dolor, ventanas que dan a un mundo que, de pronto, parece irreal. Caliente por la angustia, la energía de los que aguardan, la tensión envuelta en largos silencios o breves desgarros de llanto, la ansiedad que quema como el miedo. Cuando está vacía y sólo estás tú, te oprime, te aplasta, te convierte en parte de esa nada que diluye el tiempo. Cuando ese espacio se comparte con otras personas, la zozobra, las miradas están cargadas de dudas y resentimientos. ¿Vivirá mi padre? ¿Morirá tu madre? ¿Le quedarán secuelas del accidente a mi hijo? ¿Perderá esa pierna tu hija? ¿Qué posibilidades hay de que todos los que esperan suspiren de alivio tras la aparición del médico con las primeras noticias?

Alguien tiene que morir. Alguien tiene que vivir.

En la sala de espera de un hospital es inevitable pensar en algún momento que la vida, a veces, es una mierda.

Y ese momento es muy largo.

Llevábamos allí... ¿dos, tres horas?

Una maldita eternidad.

Nos habíamos quedado solas. El último gemido de angustia y el último abrazo de alivio formaban parte del pasado. Unos padres pendientes de un hijo que había creído que la noche era su amiga y aliada, y unas mujeres enlutadas que le dieron gracias a Dios porque su hermana seguiría con ellas, habían sido nuestra compañía final.

Miré a mi abuela y la vi muy seria.

Los ojos hundidos en la siniestra blancura de la pared de enfrente.

Casi me sentí en la obligación de decir algo.

—Todo irá bien.

Mi abuela, mujer de casta, orgullosa, recia, no me respondió.

Así que me levanté, fui hacia la puerta de la sala y deslicé una inquieta mirada en dirección al pasillo por el que, tarde o temprano, debía aparecer el médico que nos informara de la situación.

Ahí, en alguna parte, jugando con la muerte, estaba él.

Mi padre.

Nunca pensé que podría morirse. No sé, quizá sea por la edad, mi edad, pero no había pensado en la muerte hasta ese momento. Me refiero a la muerte como parte de mi vida. Papá y su buena salud. Papá y su buen humor. Papá y su innata valentía. Papá y su ánimo. Papá y su eterno buen rollo.

Así era siempre.

Y de pronto estábamos allí, con un sol espléndido presidiendo un hermoso día al otro lado de las ventanas y el mismo mundo de siempre dando vueltas aunque nosotras nos hubiéramos detenido.

Tan extraño.

Volví al lado de mi abuela y examiné su apariencia de estatua humana erguida con la dignidad de un tótem milenario en medio de aquella especie de antesala del infierno.

Mi padre era su único hijo.

Si moría nos quedábamos solas.

¿Quién cuidaría de quién?

—¿Has comido algo? —preguntó de pronto.

—No.

—Pues deberías.

—Abuela...

—Fuera hay una máquina. Aunque sea un bollo o una bolsa de cualquier porquería. Mejor tener algo en el estómago.

—¿Y tú?

—Yo no tengo hambre.

—Pues vaya.

—Es distinto. Tú estás creciendo. Yo no.

—No veo por qué ha de ser distinto.

Hablábamos por hablar. Hizo un gesto adusto que significaba que no quería discutir más.

Salvo pequeños encontronazos por cómo iba vestida o por las libertades que decía que me tomaba, especialmente en los horarios de mis entradas y salidas de casa, nunca nos peleábamos. Yo la quería. Y ella a mí. Tres generaciones viviendo juntos: ella, papá y yo.

Había que poner mucho de cada parte para convivir.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en la pared.

Un minuto.

O cinco.

O diez.

Por ello no me di cuenta de la ansiada aparición del médico hasta que mi abuela me tocó el brazo mientras se ponía de pie.

Era un hombre alto, fornido. Me fijé en sus manos porque eran grandes. Una supone que los médicos tienen las manos delgadas, con dedos largos, para poder operar mejor. Lucía una espléndida y brillante calva, y en sus ojos se apreciaba que llevaba horas peleando por salvar la vida de un desconocido que el destino había llevado a su mesa de operaciones. Intenté penetrar en sus pupilas antes de que hablara pero no lo conseguí. Me encontré con un muro hermético.

Un muro que se abrió con sus primeras palabras.

Su voz era amable.

—Está vivo —nos dijo de entrada, un segundo antes de enfriarnos de nuevo—. Pero hay que esperar entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas para ver cómo evoluciona. Ha perdido mucha sangre y sus lesiones, por desgracia, son importantes, ¿comprenden?

La abuela asintió.

—¿Tan grave está? —pregunté yo tragando saliva.

—Sí —admitió el hombre sin ambages—. El accidente ha debido de ser... —no encontró la palabra adecuada para expresarlo—. Tampoco sabemos cuánto tiempo ha transcurrido hasta el momento en que lo encontraron. Todo eso ha complicado las cosas y ha actuado en su contra. Cuando llegó al hospital nuestro pronóstico no era muy optimista, aun así...

—Nos han dicho que la parte inferior de su cuerpo estaba... —me quedé a medias, sin poder acabar la frase.

—Escuchen —el médico se armó de valor—. No quiero mentirles ni darles falsas esperanzas. Es mejor que sepan la verdad desde el principio —y acabó soltándolo—: Deberán enfrentarse a un hecho, y es que si logramos salvarle la vida no volverá a andar nunca más. Y eso no es todo.

Alguien, o algo, me sacudió.

Sujeté a la abuela, aunque en el fondo lo que hice fue apoyarme en ella para no caer.

—¿Qué... más hay? —balbucí.

—Las lesiones en la cabeza —concluyó su diagnóstico preliminar—. Hablamos de una lesión medular que afecta a la parte inferior de su cuerpo. Pero en las próximas horas habrá que determinar otros daños... cerebrales. Es un hombre fuerte, eso le ha salvado la vida, pero el traumatismo craneoencefálico ha sido tremendo y las esperanzas son mínimas. Es posible que viva pero no sabemos cómo lo hará desde ahora.

—¿Mi padre será... un vegetal?

Ya no quiso avanzarnos nada más.

—Vamos a esperar esas veinticuatro o cuarenta y ocho horas, ¿de acuerdo?

La abuela no había dicho nada. Oír y callar.

Tampoco lo hizo esta vez.

Yo frené las lágrimas al borde de los ojos, aunque sabía que en cuanto el médico nos volviera a dejar solas estallaría.

Aquel vértigo...

Aquella sensación de irrealidad...

—¿Podemos verle?

—No —fue categórico—. Está entubado y sedado en la UVI. Pasado el tiempo que les he dicho veremos qué nos dice el TAC, y al quitarle la sedación habrá que ver cómo reacciona.

—¿Entonces qué hacemos?

—¿Quieren un consejo? —nos dijo el hombre cambiando el tono de su voz—. Váyanse a casa —puso una mano con delicadeza sobre las de mi abuela, unidas sobre su vientre—. Ahora no pueden verle, y necesitan descansar para lo que les espera. Aquí no hacen nada. Su hijo, su padre —me miró a mí—, está en buenas manos. Váyanse a casa y descansen, ¿de acuerdo?

Por su trabajo, papá solía pasar algunas noches fuera de casa. Con mi abuela moviéndose siempre como una sombra, como si en lugar de caminar flotara, yo me había convertido en una experta en interpretar silencios. Cada hora tenía el suyo. No era igual el de la mañana que el de mediodía, y aún menos los de la tarde o el anochecer, sobre todo los del anochecer, porque la abuela aborrecía la televisión y su universo de pasiones ficticias. A veces no me atrevía a poner la música muy alta y optaba por los auriculares, aunque nunca se quejó.

La única que se quejaba era mamá.

Que papá entrase por la puerta de modo inesperado, casi siempre gritando con su tono jovial, era lo más normal. Por eso al llegar a casa el efecto fue sobrecogedor.

Papá no iba a volver..., por lo menos como antes.

El silencio sería eterno.

—Voy a prepararte algo —dijo la abuela.

—No...

No me hizo ni caso, ni yo insistí. Era incapaz de tragar nada. Daría tres bocados a lo que fuera y después...

Me pregunté si ella se desmoronaría al quedarse a solas.

Como hice yo.

Al entrar en mi habitación se me cayó el mundo encima.

Me vi reflejada en el espejo frente al cual había bailado tantas y tantas horas siendo niña, me abracé a mí misma y descargué toda la tensión que me había sobrecogido desde que la llamada del hospital nos hizo salir corriendo.

De eso hacía ya una eternidad.

Dejé que las lágrimas fluyeran sin tratar de retenerlas, y continué quieta, de pie en medio de la habitación, aplastada por los sentimientos que se desbordaban en mi cuerpo.

La danza de las palabras me asaeteó la mente.

«Parálisis», «Traumatismo craneoencefálico», «Vegetal»...

Creía que podría llorar a gusto, aislarme durante unos segundos, pero no fue así. La voz de la abuela me llegó procedente del pasillo, al otro lado de mi puerta, aunque ni la golpeó con los nudillos ni trató de abrirla.

—Berta, llama a tu madre.

Apreté las mandíbulas.

—¿Berta?

—Sí, abuela.

Me conocía demasiado bien. Sabía que ese «Sí, abuela» era sólo una forma de quitármela de encima o de decirle «Vale, pero paso».

Esta vez sí abrió la puerta, sin llamar.

—Telefonéala.

Sostuve su mirada. No había encendido la luz, así que nos envolvía la penumbra. En sus ojos vi determinación, carácter. En los míos debió de ver de todo menos resignación, y mucho menos obediencia.

—Tiene que saberlo —insistió.

—¿Por qué? —me decidí a la lucha.

—Porque es tu madre.

—Pero ya no es su mujer.

—Berta —su tono fue paciente, no doloroso—, estamos solas. No hay más familia. Lo quieras o no, es tu madre, y siempre lo será. Tienes que llamarla y decírselo. Lo que ella haga ya es cosa suya.

—¿Y por qué...?

—¿Tengo que repetírtelo?

—¡A ella no le importa! ¡Si muere puede que incluso se alegre!

—No digas eso.

—¡Es la verdad!

—Veinte años no se olvidan de golpe.

—¡Parece mentira que papá sea tu hijo! ¿Y el daño que nos hizo cuando nos dejó?

—Ya hablamos de eso. Y dijimos todo lo que había que decir. Esto es distinto. No tiene nada que ver. Entonces pasó lo que pasó y punto. Ahora se trata de algo más.

—Llámalala tú —me crucé de brazos.

—Berta, ¿es que no lo entiendes? —cedió un poco en su inflexible sensación de fuerza y dureza—. Tarde o temprano te darás cuenta de que una hija necesita a su madre. Yo no estaré siempre aquí.

—Tú vivirás cien años.

—Perfecto, pero seguirás necesitándola. Quizá hasta llegues a entenderla.

—¡Abuela! —no podía creer lo que estaba oyendo.

—Por favor... —su gesto de cansancio se hizo más expresivo.

Llegó casi al límite.

—Está bien —me rendí.

—Hoy.

—Sí.

—Ahora.

—¡Vale!

Una última mirada.

Después me volvió a dejar sola.

Solté todo el aire retenido en mis pulmones y algo más. Rabia, frustración, impotencia...

Saqué el móvil del bolsillo de mis vaqueros, me senté en la cama incapaz de permanecer más tiempo de pie, y menos ante lo que se me avecinaba, y me sobresalté porque, inesperadamente, el aparato se puso a zumbear en ese instante.

Leí el nombre en la pantalla.

Marcos.

Por un momento me sentí tentada de no responder, de dejar que sonase. Pero tan sólo fue un momento. ¿De qué huía? A fin de cuentas estaban esperándome y debía de extrañarles que no diera señales de vida. Habíamos dicho que, por el bien común, no faltaríamos a los ensayos.

Así que descolgué antes de que saltase el buzón de voz.

—Hola, Marcos.

—¿Dónde estás? —me preguntó el guitarra de nuestro grupo sin mediar salutación alguna.

—En casa.

—¡Joder, Berta!

—Espera, es... —se me hizo un nudo en la garganta—. Se trata de... mi padre...

—¿Qué le pasa a tu padre? —notó mi desasosiego.

Yo tragué saliva, para intentar bajar la bola que crecía en mi garganta.

Se lo dije de corrido.

—Ha sufrido un accidente esta noche. Su coche se ha salido de la carretera, en la Rabassada. No le han encontrado hasta esta mañana y han estado todo el día interviniéndole. Yo... vengo del hospital.

—Pero ¿está bien?

Tuve que morderme el labio inferior.

Era la primera vez que lo decía en voz alta.

—¿Berta?

—No, no está bien —gemí—. Hablan de parálisis permanente, y de quedarse en...

Ahora el silencio al otro lado fue abismal.

Conseguí serenarme un poco.

—Marcos...

—Tranquila —suspiró mi compañero—. Se lo diré a los demás.

—No sé cuándo...

—Ensayaremos sin ti, no te agobies. Esto es... demasiado gordo. Joder...

—Ya pasaré.

—Vale.

No había mucho más que decir. Por teléfono Marcos parecía tan deseoso de arriar velas como yo de cortar.

Los dos lo hicimos casi al unísono.

—Chao.

—Cuídate.

Me quedé con el móvil en la mano.

De pronto era una puerta abierta hacia el Más Allá.

Porque para mí, mi madre formaba parte de él.

—Maldita sea, abuela... —musité.

Y lentamente, despacio, marqué aquellos nueve números que hacía tanto, tanto tiempo no pulsaba y que, en algunos momentos, había estado segura de no volver a marcar jamás.

Por la mañana, en el hospital, nada había cambiado.

Entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas.

Tiempo.

El médico que le había operado no estaba allí, o quizá estuviese tratando de salvar otras vidas. Nos atendió otro, que leyó atentamente los informes, estudió los datos y examinó personalmente a papá antes de emitir su veredicto: todo seguía igual y había que esperar.

—No ha empeorado, lo cual es buena señal. Pero tampoco ha mejorado —nos dijo—. Sea como sea, sus constantes se mantienen.

Pudimos verle.

Dios...

Era mi padre, sí, pero apenas lo reconocía. Por un lado las vendas, cubriéndole casi toda la cabeza y la parte del cuerpo que pudimos ver. Por otro, las huellas visibles del accidente: hematomas violáceos en las zonas que no estaban vendadas y protuberancias y bultos que sobresalían en su piel, como si dentro de su cuerpo se hubiese desencadenado una explosión y los huesos no se hubieran recompuesto del todo. Estaba entubado y con las piernas levantadas, ambas rotas. El sinfín de aparatos a los que estaba conectado marcaban sus constantes vitales. Lo había visto en muchas películas, pero la realidad, como siempre, superaba a la ficción. Ahí la diferencia entre la vida y la muerte era real.

La abuela se sentó a su lado, le cogió la mano y ya no se la soltó.

Yo acompañé al médico al pasillo, por si quería decirme algo, pero no lo hizo, no había nada que añadir que la abuela no pudiera escuchar. A unos metros se hallaba el mostrador de las enfermeras, desde donde atendían aquella planta controlando a los

pacientes de la Unidad de Cuidados Intensivos. Allí no podíamos quedarnos mucho rato, y la idea de volver a la sala de espera...

Me fijé en el hombre que hablaba con la enfermera de detrás del mostrador.

Alto, con traje, camisa y corbata, elegante, muy correcto, unos treinta y pocos años, bien peinado, nariz grande, ojos penetrantes, manos cuidadas.

El hombre dijo algo y la chica me señaló a mí.

No lo esperaba, así que, cuando se me plantó delante, tardé un poco en reaccionar.

—¿Berta Mir?

—Sí.

Me puso una tarjeta en la mano. No tuve que leerla.

—Inspector Sanllehí, Alfredo Sanllehí —su voz era tan agradable como amable—. ¿Podemos hablar unos minutos?

El accidente.

Imaginé que era por él, aunque no entendía que un inspector de policía...

—Sí, claro... —vacilé mientras me guardaba la tarjeta en el bolsillo trasero del pantalón.

Él tomó la iniciativa. Puso una mano en mi brazo, con delicadeza, sin tirar ni tratar de arrastrarme, y con la otra abrió un camino imaginario por el pasillo hacia la inevitable sala de espera.

—Por favor...

Era muy educado. Mientras caminábamos sentí un poco la opresión del momento. De pronto imaginé que un accidente como el de papá conllevaría no poco papeleo y problemas, el seguro, el coche declarado siniestro total, cualquier tema vinculado con la Seguridad Social...

La sala de espera estaba vacía.

Alfredo Sanllehí señaló uno de los asientos. Le obedecí. Era el primer policía que veía en mi vida, porque, pese al trabajo de papá, ni siquiera él los frecuentaba demasiado. Se sentó enfrente de mí para poder estar cara a cara. De cerca era aún más atractivo, mandíbula recta, ojos claros. Noté que él también me estudiaba.

Fui la primera en hablar.

—¿Investiga el accidente?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Qué tal si hago yo las preguntas? —su sonrisa fue tenue, comedida, profesional.

–Perdone.

–No importa –dijo con suavidad–. Ante todo permítame decirle que siento lo sucedido y que comprendo lo que debe de estar pasando.

Me resultaba extraño que me tratara de usted.

Nadie lo hacía.

–Gracias.

–Bien –unió sus dos manos antes de atravesarme de nuevo con su mirada y preguntar–: ¿Su padre es detective?

–Sí.

–¿Detective privado?

–Con licencia, sí. Toda la vida se ha dedicado a eso. ¿Por qué?

–¿Sabe qué estaba investigando?

–No –alcé las cejas–. Siempre ha trabajado solo. Ni siquiera tiene secretaria. El negocio tampoco da para muchos alardes.

–Entiendo –consideró mis palabras.

–Oiga, ¿qué tiene que ver esto con su accidente?

Volvió a mirarme de aquella forma tan directa, a los ojos, fría y profesional.

Entonces lo supe.

Vi algo intangible, doloroso y cauto a la vez.

–No soy una niña –le advertí frente a su momentáneo silencio.

–Aún estamos investigando –manifestó–, pero Tráfico nos ha hecho unas apreciaciones al investigar el coche de su padre.

–¿Qué clase de apreciaciones?

–Pudo no ser un accidente –dijo con absoluta naturalidad.

A mí se me inundaron las mejillas de fuego.

–¿Qué?

–Hay indicios de que otro coche le impactó, primero por detrás, para desequilibrarle, y luego de lado, para empujarle fuera de la carretera y provocar que se despeñase.

Tuve que apoyar la espalda en el asiento de plástico.

–¿Se encuentra bien? –se preocupó el policía.

–No –fui sincera.

–¿Quiere...? –hizo ademán de levantarse para ir a buscar a una enfermera.

–No, siga –le pedí.

—Verá, señorita Mir, que un coche tenga huellas de un golpe por detrás no significa nada. La mayoría los tienen. Pero que muestre restos de la misma pintura y un segundo golpe en uno de los lados... El vehículo de su padre estaba muy limpio y cuidado.

—Es uno de sus caprichos. No soporta ni un simple rasguño, así que menos una abolladura. Lo lleva de inmediato al taller si se lo rozan y lo lava en cuanto acumula un poco de polvo. Dice que un coche es el reflejo de su dueño.

—Es lo que se ha deducido después de inspeccionarlo.

—Pero con el accidente habrá quedado...

—Una cosa son los impactos contra los árboles, las piedras o el suelo mientras caía. Otra que haya restos de pintura y dos choques, aunque pequeños, en la carrocería. En la carretera también había huellas, como si su padre hubiera frenado... o hubiese intentado evitar el precipicio. También lo estamos investigando. El hecho de que él sea detective añade cierta incertidumbre que no podemos pasar por alto, ¿entiende?

Lo entendía, por supuesto, y aun así...

—Mi padre ni siquiera lleva pistola. Sus casos siempre han sido triviales.

Dejé de hablar y continué sintiendo sus ojos en mi mente.

Como si además de contarme todo aquello me examinara e inspeccionara.

Me sentía tan aturdida que ni le hice caso.

—¿Le cuenta cosas de su trabajo? —preguntó.

—No.

—¿Nada?

—No, nunca.

—¿Y usted no le pregunta?

—No, tampoco.

—Supongo que los hijos no hacen preguntas a sus padres.

Me sonó a crítica y eso hizo que por primera vez me revolviera inquieta en mi asiento.

—¿A qué se dedica?

—Toco en un grupo —me pareció demasiado, un tanto excesivo, así que le aclaré—. Bueno, estamos ensayando. Llevamos muy poco juntos. No tengo trabajo desde que terminé el bachillerato.

—¿Es mayor de edad?

—Cumplí los dieciocho hace tres meses.

—¿Y su madre?

—Con su nueva pareja. Mis padres se separaron hace un año. Vivo con él y con mi abuela —reaccioné de pronto—. ¿Para qué quiere saber todo esto? ¿Me está interrogando?

—Por favor...

—Si alguien intentó matar a mi padre, investiguelo. Yo no sé nada.

—¿Dónde trabaja su padre?

—En su despacho. Es un estudio pequeño. Allí atiende a los clientes.

—¿No le ayuda nadie?

—No, ya se lo he dicho.

—¿Trabaja solo?

—Sí.

—¿Tiene llaves?

—Sí, en casa.

—¿Podríamos...?

Alcé de nuevo las cejas.

No parecía un tipo fácil de contentar ni esquivar. Iba a lo suyo. Era agradable pero firme, no vacilaba, su manera de hablar, de hacer preguntas, resultaba casi hipnótica, al menos para mí en el estado catatónico en que me hallaba.

—¿En serio sospecha que alguien...?

—Si hay indicios, hemos de investigar.

—Mi padre sólo sigue a gente. Se pasa casi todo el tiempo esperando y siguiendo a personas, sobre todo maridos o esposas supuestamente infieles, algún presunto ladrón... Esto no es Nueva York.

—Tampoco hay ya gánsteres con metralletas. Para eso están los políticos y la corrupción, lo sé, pero...

No tenía escapatoria.

Y cuanto antes me lo quitara de encima, mejor.

—De acuerdo —me rendí—. Vamos.

Lo del «despacho de mi padre» era un eufemismo.

El edificio, en Madrazo con Vía Augusta, era extremadamente estrecho, y los estudios no eran más que habitáculos de apenas treinta metros cuadrados. Suficientes para una oficina, una salita, un lavabo y un armario. No tenía cocina, así que no se podía utilizar como vivienda. Yo había estado pocas veces arriba, casi siempre por casualidad y sobre todo cuando era más pequeña y acompañaba a mi padre si venía a buscarme a la escuela. Ni siquiera contaba con un conserje o vigilante. Cada despacho o estudio se responsabilizaba de su seguridad.

Pasamos por casa. Alfredo Sanllehí se quedó abajo mientras yo subía a por el duplicado de las llaves que mi padre guardaba en su otro despacho, la habitación que mi madre había intentado convertir en vestidor y nunca lo consiguió. Papá le decía que para qué quería ella un vestidor. Mamá y sus delirios de grandeza.

Bueno, ahora tenía su vestidor.

Y ropa con que llenarlo.

Conseguí subir y bajar sin que Pilar, la portera, me viera y me asaltara a preguntas. Buena mujer, pero chismosa. La mayoría de porteras o conserjes quieren saberlo todo de sus vecinos, y eso debe de provocar bastante ansiedad. Es probable que Pilar llevase ahí tanto tiempo como el edificio, y ya era viejo. Estaba totalmente integrada en el vestíbulo y en la escalera; era el pulso de la casa.

Mi compañero, más silencioso durante el trayecto, pendiente del tráfico y de mis indicaciones, dejó en la acera de Madrazo su coche oficial, aunque sin distintivos policiales, a unos cinco metros de la esquina con Vía Augusta, sin tener en cuenta que a menos de otros diez metros un policía de tráfico le miraba pasmado por la osadía. Cuando el uniformado se acercó, el inspector le mostró la placa y eso fue todo. La cuadratura del círculo en versión oficial. Hasta le saludó con cierta marcialidad.

Yo le miré con un poco más de respeto.

El despacho estaba en el entresuelo, así que subimos a pie el corto tramo de escalera. La plaquita, dorada, un poco anticuada, decía simplemente: «Cristóbal Mir. Detective privado». Abrí la puerta con cierta aprensión, porque era la primera vez que estaba allí yo sola, y una vez dentro percibí el silencio.

Un silencio opresor.

Los fantasmas no hacen ruido.

Al otro lado de la salita de espera, con un sofá y una mesita llena de revistas, la puerta y la ventana que daban al patio estaban abiertas. Algunos papeles habían caído al suelo a causa de la corriente. Alfredo Sanllehí se acercó a la ventana mientras yo los recogía y los dejaba sobre la mesa.

—¿Suele dejarlo abierto?

—No lo sé.

Asomó la cabeza por el patio, miró las paredes, no muy altas. Luego se volvió y estudió el conjunto, ciertamente impersonal.

Nunca me había dado cuenta de ello hasta ese momento.

Encima de una mesa mi padre tenía algunos informes, el ordenador a un lado y el teléfono al otro, un archivador metálico a la derecha y una estantería con libros y fotografías. Dos sillas y su butaquita forrada completaban la decoración. Las fotografías eran curiosas. Una con Pep Guardiola, el entrenador del Barça; otra con el presidente de la Generalitat, y una más con Gabriel García Márquez, el premio Nobel de Literatura. El resto eran con familiares, algunas suyas, la mayoría con mi madre.

Alfredo Sanllehí les echó una ojeada rápida.

Ningún comentario.

A continuación examinó el cuarto de baño y el armario por simple rutina. Debía de buscar algo concreto, porque no se detuvo mucho en ellos.

Se paró frente al archivador.

—Mi padre guarda ahí los casos ya concluidos y resueltos —le indiqué—. Hace una copia del informe que entrega al cliente y la guarda junto con las fotografías, si las hay, salvo que quien le contrata le exija hasta los negativos, que es lo más frecuente —suspiré—. Imagino que la gente es desconfiada por naturaleza y le teme a los chantajes. Si son fotos comprometidas...

Abrió el archivador, cogió una de las carpetas al azar y le echó un vistazo. Luego la

dejó en su lugar.

–¿Y los casos en los que estaba trabajando?

–En el ordenador.

–¿Sabe su clave de acceso?

–¿Mi padre una clave? –supongo que mi tono debió de resultarle demasiado irrespetuoso—. Era la persona más confiada del mundo.

–¿Puedo...?

–Adelante –me aparté.

Se sentó en el sillón acolchado de papá. Tenía la piel ya muy gastada y la forma de su cuerpo, tanto en la base como en el respaldo. Encendió el ordenador y por primera vez me pregunté si hacía bien dejando que tocase todo aquello. Por muy inspector de policía que fuese, y por mucho que investigase un posible delito, era un extraño.

Claro que la simple idea de que alguien hubiera podido atentar contra papá me resultaba irreal.

Mi padre nunca había tenido un gran caso.

A veces suspiraba y soñaba en voz alta. Decía que algún día...

Su gran caso.

Mientras la pantalla del ordenador se iluminaba, tomó algunos de los informes que había encima de la mesa. Una ojeada le bastó para descartarlos. Era rápido, profesional. Quizá incluso frío. Me situé a su lado, ligeramente inclinada hacia delante, para ver lo que aparecía en la pantalla. El fondo de pantalla, una fotografía en la que aparecíamos los tres, papá, mamá y yo, hacía unos tres años, llenó nuestro pequeño horizonte. Una punzada me atravesó la mente. Sonreíamos. Sonreíamos felices y despreocupados, como si el tiempo ya no fuera a correr más y nos hubiera atrapado en ese paraíso momentáneo. Alfredo Sanllehí no se paró a mirarla. Tampoco me dijo nada. Movié el ratón hacia el ángulo superior derecho y activé el disco duro del Apple. Una pantalla blanca llena de carpetas y archivos sustituyó a la foto de familia.

Ficheros con nombres corrientes.

«Administración», «Fotos», «Gestoría», «Varios»...

Durante los siguientes cinco minutos, se dedicó a abrir y cerrar carpetas y archivos. Luego navegamos cinco minutos más por el mundo privado de papá. En la carpeta de fotos lo único que había eran fotos nuestras, las de siempre, las que también tenía en casa. Se abrió un segundo archivo de fotos con decenas de imágenes de mujeres

desnudas. Me puse un poco roja, por aquello de la vergüenza ajena y por descubrir aquel secreto de mi padre. El inspector siguió su recorrido, paciente, buscando lo que, evidentemente, no estaba allí.

Algo que tenía que estar a la vista.

Sus casos.

Aquello en lo que trabajaba actualmente.

—¿Tendría alguna razón para esconderlos en alguna parte?

—No.

Alfredo Sanllehí abrió la papelera.

Vacía.

Luego examinó el registro de carpetas y archivos utilizados.

Eran los que él mismo acababa de abrir.

Eso era todo.

Se echó hacia atrás y no dijo nada. Lo hice yo.

—Alguien ha borrado esos archivos, ¿verdad?

—Sí —se mordió el labio inferior sin dejar de observar la pantalla.

Yo miré la puerta y la ventana de la terraza.

Sentí un estremecimiento.

La posibilidad de que aquello no fuese un accidente cobraba cada vez más fuerza.

Aunque, si fue así... ¿por qué le habían dejado con vida?

¿Le creyeron muerto?

—¿Su padre utilizaba agenda? —paseó una mirada por la mesa y luego abrió el cajón del medio, lleno de cosas de oficina y poco más.

—No lo sé.

Los otros cajones tampoco contenían nada relevante. El policía volvió al ordenador. Con el cursor buscó la barra de aplicaciones por los lados y la encontró en la parte inferior. Activó Internet y fue al historial. Tan borrado como los inexistentes archivos de los casos en los que trabajaba papá.

Hizo un último intento.

Tecleó algunas palabras en el buscador.

«Casos abiertos», «Casos en curso», «Nuevos casos», «Investigaciones»...

Nada.

—¿Tiene otro ordenador en casa?

Salí de mi abstracción.

–Sí –le dije–. Una de las habitaciones la ha utilizado siempre como despacho, lugar de trabajo, estudio... Allí también tiene un ordenador.

–Debería llevármelo –lo apagó–, para que los expertos en informática intenten bucear en el disco duro. Siempre queda algo, un rastro, aunque para vaciar la papelera se utilice el sistema de seguridad. ¿Puedo?

En las películas la policía no hacía nada sin una orden judicial. Claro que eran americanas. Y se suponía que eran los buenos.

–Se lo devolveré –quiso garantizármelo.

–De acuerdo.

Le ayudé a desconectar los cables. No era de los de mesa, sino un portátil, aunque grande. Encontramos la funda en uno de los cajones de la mesa del despacho, que fue lo último que le dio por examinar, de nuevo sin éxito.

Alguien había borrado todo rastro de mi padre en aquellos últimos días.

Tan siniestro que...

–¿Nos vamos?

–Espere –le detuve–. Falta algo más.

–¿Qué es?

–La cámara de fotos. Mi padre utiliza una digital.

–Si no se la han entregado en el hospital con lo que había en sus bolsillos..., porque ¿la llevaba encima?

–¿No estaba en el coche?

–No, y tampoco su teléfono móvil, si es que tiene.

–Claro que tiene.

–Entonces quien le apartó de la carretera no se contentó con eso. Tuvo que aparcar el coche, quizá un poco más abajo, regresar y coger la cámara y su móvil.

Otra pista.

Un indicio aún más claro.

–Creyó que estaba muerto, ¿verdad?

–Sí –fue sincero.

–¿Lo habría... rematado...?

Ya no me contestó. Yo tragué saliva. Las piernas se me doblaron un momento y me sostuve a duras penas apoyándome en la mesa. Sentí una náusea creciente en la boca del

estómago, como si, por fin, empezara a reaccionar ante el cúmulo de hechos derivados de aquella tragedia. Alfredo Sanllehí me observó revestido de cautelas.

—¿Está bien?

Era la pregunta más estúpida del mundo. En las películas también se formulaba una docena de veces por sesión. Siempre respondían que sí.

—No.

—¿Quiere tomar algo, o comer algo?

—No —la náusea se acentuó.

El inspector de policía no quiso presionarme.

Fui yo.

—Vamos a casa —me dirigí a la puerta.

Parte del camino de regreso a casa lo hicimos en silencio. Dado que habíamos ido antes a por las llaves del despacho de papá, no tuvo que preguntarme nada. Conducía con elegancia, midiendo los gestos. Sé que un par de veces me miró de reojo, y yo también lo miré a él. Opuestos. Un tipo trajeado y treintañero y una chica informal y joven. Siempre me ha dado igual cómo me vea la gente y lo que puedan pensar de mí. Pero yo notaba su curiosidad, cómo observaba mi pelo negro y largo, mis ojos grises, mis labios carnosos. Hay quien me encuentra atractiva. El interés sin embargo no está en una misma, sino en los ojos que observan y en la mente que se monta la película. Me gustan mis manos, mi pecho, mis caderas. Lamento tener las piernas demasiado desarrolladas, como si corriera los diez mil metros. Estar recién salida de la gripe adolescente no es el mejor momento de la vida.

Y me sentía sola.

Sola y asustada.

—¿Es buena? —me preguntó de pronto en un semáforo.

—¿Qué?

—Me ha dicho que está en un grupo.

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

—¿Modesta?

—Realista.

—¿Qué toca?

—El bajo, y también soy la segunda voz.

—¿Cómo se llaman?

—Aún no tenemos nombre. Primero hay que trabajar, encontrar nuestro estilo y todo eso.

—¿Qué tipo de música hacen?

—Rock.

—Creía que ya no se llevaba, que ahora todo era hip-hop, música electrónica...

—Creía mal.

Estuve a punto de decirle que no me tratara de usted, que me hacía sentir muy rara, pero decidí no hacerlo, mejor guardar las distancias. Quizá fuese una norma del departamento.

Yo misma podía ser una sospechosa. Una parricida.

Miré por la ventanilla para esconder mi cara y mis ojos, que de pronto se llenaron de lágrimas.

—Lo siento —suspiró.

No supe a qué se refería.

—Debe de ser muy duro —dijo—. Yo perdí a mi padre hace siete años, a los veintiocho, y todavía no lo he superado.

—Mi padre no va a morir —apreté la mandíbula—. Es fuerte, mentalmente fuerte, y también es la persona más firme que conozco.

—¿Es un buen detective?

—Sí.

—¿Tiene novia?

Lo atravesé con la mirada.

—No.

—Si saliera con alguien, ¿se lo habría dicho?

—Sí, pero no es el caso. Sigue enamorado de mi madre.

—Perdone.

Llegábamos a casa. Eso impidió que la conversación se moviera por terrenos más pantanosos. Volvió a aparcar en la acera. Esta vez colocó un distintivo policial. Cuando entramos en el portal la señora Pilar no me dejó salir indemne.

—¡Berta! ¡Bertita! —me detuvo espantada—. ¿Qué me han dicho...?

—Se está recuperando —fue la única información que le di.

—¡Gracias a Dios! —se llevó una mano al pecho—. Pero ¿se pondrá bien del todo...?

—Tenemos que esperar un día o dos —abrí la puerta del ascensor y di por terminada la conversación.

—¡Saluda a tu madre de mi parte!

El ascensor subió y solté el aire retenido en mis pulmones. Cuando paramos en la tercera planta, la cuarta si se cuenta el entresuelo, ya tenía las llaves del piso en la mano. Abrí la puerta, entramos y luego la cerré.

Tuve la misma sensación que en el despacho de papá.

Desasosiego.

—Venga —precedí el paso de Alfredo Sanllehí.

El despacho estaba cerrado y a oscuras. Dejé la puerta abierta y subí la persiana. El único vicio de mi padre eran los sellos. Tenía uno de sus álbumes sobre la mesa, flotando en un mar de papeles, periódicos, recortes, la agenda telefónica, cartas de propaganda y correo sin abrir. Allí no estaba todo ordenado como en su lugar de trabajo, o el sitio que utilizaba para recibir o hablar con sus clientes, porque en realidad su lugar de trabajo era siempre la calle. Recogí el álbum y lo guardé en el armario. De vez en cuando él me decía que aquello valía bastante, que los sellos se revalorizaban siempre, como para avisarme. Para mí era el *hobby* más aburrido del mundo.

El policía no hizo nada hasta que yo se lo indiqué.

—Aquí lo tiene —señalé el ordenador.

El que había en casa era un ordenador de mesa, más pesado, más antiguo, aunque de la misma marca, Apple. Yo ignoraba si mi padre guardaba algo del trabajo en él. Alfredo Sanllehí apartó alguno de los papeles mientras yo revisaba el correo por si acaso. No encontré nada significativo y me puse a su lado para ver la pantalla.

Bastaron tres minutos para darnos cuenta de que también lo habían limpiado y vaciado, porque no quedaba el menor rastro de lo que hubiera hecho el último usuario, ni en la memoria, ni en el historial y mucho menos en la papelera.

—Dios... —gemí sintiendo que la realidad me oprimía más y más.

—¿Pudo limpiarlos él?

—¿Mi padre? Lo dudo. ¿Con qué objeto?

—¿Tiene usted su propio ordenador?

—Sí.

—¿Puedo verlo?

Me puse roja, como si guardase más que mis intimidades en él. Alfredo Sanllehí se dio cuenta.

—Seré discreto —me prometió.

—No es que tenga muchos secretos —me encogí de hombros.

Le guié hasta mi habitación. No era precisamente un ejemplo de limpieza y orden, pero no quise excusarme como hubiera hecho la mayoría de la gente. Yo no soy como la mayoría de la gente. Ni siquiera me molesté en guardar la ropa interior, limpia y planchada, que la abuela había dejado sobre la mesa antes de la llamada del hospital. La noche pasada ni la había tocado. El inspector se sentó en la silla y por tercera vez puso en marcha un ordenador aquella mañana.

Mis archivos quedaron expuestos.

«Canciones», «Poemas», «Mails», «Fotos», «MP3», «Dibujos», «Diario», «Películas», «Juegos»...

—¿Falta algo?

—No —pasé una rápida mirada por los archivos.

—Comprueba el registro y la papelera.

Llevé el ratón a la papelera. Estaba repleta de cosas. Nadie la había vaciado. Sin embargo, cuando presioné la memoria para ver las últimas carpetas y archivos abiertos...

Me quedé blanca.

—Mierda... —suspiré.

A mi padre le habían borrado el presente. A mí me habían abierto carpetas y archivos que hacía meses que no tocaba, para echarles un vistazo.

—Alguien ha estado también aquí —desgranó el policía.

—El despacho de mi padre está en un piso bajo, y tiene un patio. Nosotros vivimos en un tercero, que es un cuarto. Y la puerta no ha sido forzada.

—¿Tiene llave la portera?

—No.

Se levantó y salió de mi habitación, conmigo trotando detrás de él. No hizo falta que me preguntara. Un piso es un piso. Llegó a la sala. La puerta acristalada del balcón estaba abierta, aunque por lo menos recordaba que yo misma la había dejado así para que se ventilara la casa. Alfredo Sanllehí salió al exterior. Daba a la parte de atrás, no a la calle. Miró primero hacia arriba y luego hacia abajo.

—No es muy difícil deslizarse por esta cañería —acarició el viejo desagüe de Uralita—. Ni tampoco trepar o bajar por estos sillares. Hay suficiente espacio para meter manos y pies. ¿Quién vive abajo?

—Los Pons. El abuelo se pasa el día en la sala, porque tiene noventa y dos años.

—¿Y arriba?

—Nadie.

—¿Cómo que nadie?

—El piso está en alquiler desde hace una semana.

—Vamos —tomó la iniciativa una vez más caminando hasta el recibidor.

La señora Pilar seguía en su cubículo de cristal, menuda y gris. Al vernos aparecer se levantó de inmediato. Su cara se revistió una vez más de inquietud, dolor y ansiedad.

—¿Sí? —dijo al darse cuenta de que le iban a preguntar algo.

—¿Ha subido alguien hoy al piso que está en alquiler, o ayer?

—Sí, ¿por qué?

—¿Quién?

—Bueno... no sé los nombres. Vienen, me piden las llaves, suben y tras inspeccionarlo se van.

—¿No les acompaña?

—No, bastante trabajo tengo con estar aquí, limpiar la escalera, cuidar la azotea, subir el correo porque ahora mismo no hay buzones, y de vez en cuando echarle un vistazo a mi marido, que está enfermo... Además, el piso está vacío. Nadie va a llevarse nada.

—¿Cómo sabe la gente que se alquila o se vende?

—Lo venden, lo venden. Los dueños pusieron un anuncio en el periódico. Y en la fachada, a la izquierda, hay un cartelito. Si a alguien le gusta, tienen que llamarles por teléfono y concertar una cita. El precio es muy bueno, ¿sabe usted? Si no fuera por la necesidad que tienen de quitárselo de encima podrían pedir mucho más. Por eso hay tantas personas interesadas.

—¿Cuánta gente ha venido hoy?

—Una pareja y una chica joven. Ellos tendrían cuarenta o cincuenta años. La chica unos veintitantos. Prácticamente se han cruzado en las escaleras. Ellos bajaban y la joven subía.

—¿Y ayer?

—La mañana estuvo tranquila. Un hombre de unos treinta años y nadie más. La tarde fue más animada. Primero otra pareja, con un niño pequeño, luego un hombre y finalmente dos chicas.

—¿Y las llaves?

—Aquí —apuntó con su dedo índice tres llaves unidas a un llaverito de propaganda que estaban sobre su mesa—. Ya ni las guardo.

–¿Me las presta?

–¡Claro! –me miró a mí pero no se atrevió a preguntar a qué venía todo aquello.

Subimos por segunda vez en el ascensor. Alfredo Sanllehí dijo lo evidente nada más perder de vista el vestíbulo de la casa:

–Si alguien bajó de un balcón a otro, y es lo que creo, ni siquiera hacía falta darse a conocer o pedirle las llaves. ¿Para qué dejar un rastro? Pudo espiarla mientras esperaba su oportunidad, y en cuanto ella se ausentó unos minutos... Le bastó con cogerlas en ese momento de ausencia, subir, abrir la puerta, bajar de nuevo, dejarlas en su lugar, volver a subir y tomarse todo el tiempo del mundo en su cometido.

–¿Está seguro de que todo esto es por algo que investigaba mi padre?

–Todo encaja, ¿no?

El ascensor se detuvo.

Alfredo Sanllehí giró la llave en la cerradura de la puerta del piso. No se molestó en cerrarla. Lo cruzamos hasta el balcón, abierto de par en par, y él examinó los sillares de la pared, con sus entrantes, así como el canalón de desagüe. No había ningún rastro, pero no creo que esperase encontrarlo. Simplemente constataba los hechos, sumaba dos más dos. Hacía su trabajo de forma minuciosa, sin dejar nada al azar, fijándose en cada detalle.

El piso, exactamente igual que el mío pero vacío, me sobrecogió.

Era como ver el futuro.

Quizá ni siquiera lejano.

–Oiga, tengo que volver al hospital –repuse rendida.

–Yo ya estoy –dijo por finalizado su examen–. La acompaño.

–No es necesario...

No me hizo ni caso. Esta vez me tomó del brazo y no me soltó hasta llegar de nuevo al cubículo acristalado de la señora Pilar para devolverle las llaves del piso.

Alfredo Sanllehí paró el coche en la esquina de la calle Còrsega con Villarroel, no muy lejos de la entrada del Clínico por esta última. Mejor ahí que en el atasco que se forma siempre en el acceso a la calle Rosselló, con taxis dejando o recogiendo pacientes, coches, autobuses y poco espacio para detenerse aunque sólo sean unos segundos.

No apagó el motor.

—Gracias —inicié la despedida.

—Berta... —creí que por fin iba a tutearme.

—¿Sí?

—Si quiere contarme algo, o si le viene algo a la cabeza que tenga la menor relación con lo sucedido... Por favor, llámeme. A cualquier hora. Tiene mi tarjeta. Se la ha guardado en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Ni siquiera lo recordaba. Había sido un gesto automático.

Así que era detallista.

—Ya le he dicho que mi padre no me hablaba de su trabajo. Nunca lo ha hecho.

—Sea como sea...

—De acuerdo.

—Le devolveré el ordenador en cuanto lo hayamos examinado, se lo prometo, aunque estas cosas suelen ser lentas y todavía es el principio de lo que tal vez se convierta en una investigación.

—¿No lo es ya?

—Lo de hoy ha sido un primer contacto, aunque sí, creo que estamos ante un delito grave, un intento de homicidio. Si han borrado esos ordenadores se han tomado muchas molestias para no dejar rastro. Los golpes en el coche, las huellas en la carretera... Todo nos irá dando las pistas más elementales.

—Bien.

–Cuídense –me tendió su mano derecha.

Una mano fuerte, vital.

Como si detrás del traje, la camisa, la corbata y el gesto serio, policial, latiera un ser humano cálido y sorprendente.

–Lo haré –correspondí a su apretón con la misma intensidad.

Bajé del coche y eché a andar sintiendo su mirada en mi cuerpo. Intenté no contonearme. Leí en alguna parte que las personas que se contonean mucho al caminar y lo hacen de forma natural tienen orgasmos más intensos.

A veces leo demasiado.

Llegué a la entrada del Hospital Clínico y me sentí a salvo. Sólo entonces me apoyé en una pared y respiré profundamente varias veces. Desde la aparición del inspector de policía mi vida había dado un vuelco inesperado... y rápido.

¿Qué le decía a mi abuela?

Nada.

Calma.

–Papá... –gemí.

Me tomé mi tiempo. Primero, acompasar la respiración. Luego, serenarme. Finalmente, reunir fuerzas de donde fuera para enfrentarme a lo que pudiera estar sucediendo ahí arriba, en la Unidad de Cuidados Intensivos. Subí en el ascensor y salí al pasillo del hospital, con su silencio y su invisible contador de tiempo. La zozobra reapareció a los tres pasos. Las habitaciones no eran como las de otras plantas. Allí no se admitían visitas aunque los familiares pudieran quedarse en las salas de espera. Llegué hasta mi padre rehuendo el inevitable encuentro con la abuela y abordé a la primera enfermera con que me tropecé.

–¿Algo nuevo en el caso de Cristóbal Mir?

–No, pero que siga estable es buena señal. Cada hora que pasa sin que suceda nada es algo positivo. Responde bien dentro de su gravedad.

–Si todo siguiera igual, ¿cuándo le llevarían a otra habitación?

–Si todo siguiera igual, mañana, o en un par de días, quizá tres. Depende. Cualquier mejoría lo aceleraría.

–Gracias.

Caminé hasta la sala de espera y entré. La abuela estaba sentada en un rincón, espalda

recta, mirada al frente, gesto impasible, manos sobre su regazo. No se movió hasta que me senté a su lado y puse mi mano sobre las suyas.

–Has tardado.

–Sí, lo siento.

–¿Quién era ese hombre?

–De Tráfico. Están investigando el accidente.

–¿Un policía?

–Sí.

–¿De paisano?

Me encogí de hombros.

Mucha abuela mi abuela.

–¿Dónde están las cosas de papá?

–En la habitación.

–¿Recuerdas si había algo... no sé, diferente, poco usual?

–No.

–¿El móvil? –insistí, aun sabiendo la respuesta.

–No, sólo el anillo, el reloj, la cartera... ¿Por qué?

–Por saberlo. El móvil se le debió de caer.

–O se lo quitaron. Era bueno. Con la de gente que sacó el coche del barranco, la ambulancia... Vete tú a saber.

Tarde o temprano tendría que decirle la verdad. O lo haría Alfredo Sanllehí si la investigación prosperaba y se confirmaban todas las sospechas. Quizá entonces aquella fortaleza se resquebrajara. Hasta una roca puede convertirse en una fina arenilla.

Me quedé a su lado, aunque me costaba estar quieta.

De nuevo la misma pregunta: ¿cómo sería nuestra vida ahora?

Tanto si moría como si se quedaba inválido o convertido en un vegetal...

No teníamos nada, salvo la pensión de viudedad de mi abuela. Una miseria. Y yo sin trabajar, futura parada cobrando del Estado. Ni un euro para salir adelante. Papá tampoco había sido excesivamente previsor. ¿Ahorros? Nada. Claro que de donde no había no se podía sacar mucho más. ¿Cuántos casos debía de llevar no ya a la semana, sino al mes?

¿Por qué nunca hablamos de ello?

¿Tan importante era el último que alguien había decidido asesinarle?

–Voy al servicio –mentí incapaz de seguir sentada.

Salí de la sala de espera y apenas pude dar dos pasos.

Ella estaba allí.

Mamá salía del ascensor.

Me alegré de estar en el pasillo y de que no me hubiese pillado junto a la abuela. Eso no impidió que me pusiera roja como un tomate, con el volcán de mi alma encendido y las garras dispuestas, aunque por fuera estuviese muy quieta, abrazada a mí misma. Mamá también se detuvo un momento, apenas un segundo.

Luego se acercó a mí y me dio un beso en cada mejilla.

Me quedé como estaba.

De todas formas ella ya lo sabía.

No hizo nada.

–¿Cómo está? –quiso saber.

–Igual.

–Pero...

–Igual, mamá, igual. Todavía está en la UVI.

–¿Me dejarán verle?

–¿Para qué?

Hizo un gesto de dolor.

–Berta...

–Es lo que hay –apreté las mandíbulas.

–¿Podemos sentarnos en alguna parte?

–No –la detuve–. La abuela está ahí, y bastante mal lo está pasando como para que ahora...

Se mordió el labio inferior. Era guapa y estaba guapa, todo lo guapa que podía permitirse una mujer espléndida y con dinero, un buen gimnasio, quizá alguna operación para retocarse algo la cara, porque parecía más joven. Vestía con elegancia, llevaba las joyas justas, el cabello perfecto, bolso, zapatos, maquillaje. Una nueva mujer.

Mi madre de siempre, pero una nueva mujer.

Y todo en un año.

–Berta, cariño, ¿por qué no vienes un día a casa y lo hablamos todo tranquilamente?

–¿A casa? –resoplé–. Yo ya estoy en casa. Tú no.

–Mi nueva casa, sí –insistió.

–Con tu nueva familia, ese cabrón y sus dos monstruitas gemelas.
 –No hables así –hizo un gesto de disgusto.
 –Las verdades duelen, aunque tú parezcas inmunizada.
 –Te necesito.
 –¿Ah, sí? Pues parece que no te lo pensaste mucho cuando te fuiste.
 –¡Me cansé de vivir así, a salto de mata, con un soñador!
 –¡Te enamoraste de ese soñador!
 –Cinco, diez, quince años... Pero no toda la vida –lo expresó con dolor–. Simplemente encontré a alguien. No lo planeé, sucedió. Esas cosas pasan, deberías saberlo. No puedes culparme por ello.
 –Papá te idolatraba. Y aún lo hace.
 –¡Tu padre es un romántico! –abrió sus manos en un gesto de impotencia–. Los tiempos cambian y él seguía anclado en el pasado. La gente crece.
 –¿Y tuviste que elegir a uno bien forrado? ¡Qué casualidad!
 –¡No eres justa!
 Movió una mano, como si fuera a darme una bofetada. La detuvo. Noté que de nuevo se hundía, impotente.
 –Es un buen hombre –suspiró desfallecida–. Y las niñas son un cielo. Si quisieras admitirlo...
 –Mamá, es un mafioso que se ha hecho rico con el pelotazo del ladrillo.
 –No, no, no... El juicio no demostró nada, quedó libre.
 –¡Había más abogados defendiéndole que cargos, y eso que los cargos eran kilométricos, por Dios!
 Ya no pudo más.
 Se rindió.
 Aunque no disfruté con mi sadismo.
 –Berta, no se puede vivir con odio –rozó la súplica.
 –Pero sí con dinero, ya lo sé.
 Acababa de rematarla.
 Una agria victoria.
 –Déjame verle –me pidió.
 –No.
 –Si quiero...

—Ni lo intentes, o salimos de aquí en globo.

—¿Por qué?

—Porque el que está ahí ya no es tu marido, y porque no quiero que lo veas así, roto, ni quiero que sientas lástima de él ni que lo recuerdes esta noche mientras te tiras a ese baboso para sentirte viva.

Me quedé inmóvil viendo cómo daba media vuelta.

Seguí inmóvil durante los eternos segundos en los que esperó la llegada del ascensor.

Y continué inmóvil durante un largo rato, convertida en una estatua de sal, envuelta en mi tormenta interior y aplastada por el vértigo de lo que acababa de suceder.

Cuando Sandra, Marcos, Iván y Lucas me vieron aparecer en el local de ensayo, se quedaron bastante alucinados.

Dejaron de tocar en seco y me rodearon.

Sandra fue la primera en abrazarme.

¡Mierda...! ¡No éramos una familia! Sólo cinco tíos y tías a los que les gustaba la música, cinco personas con un mismo sueño, eso era todo. En otras circunstancias, Sandra y yo no habríamos sido amigas, porque no nos parecíamos en nada, y en cuanto al resto... Marcos era un cretino que, no sé bien por qué, me gustaba; Lucas estaba enamorado de mí y yo pasaba, e Iván, como todos los baterías, estaba loco, aunque era noble, el mejor.

—¿Cómo está?

—Sigue adelante.

—¿Y tú?

—Hecha polvo, pero no podía resistir más, estar allí sin hacer nada, esperando, esperando, esperando...

Les tocó el turno a ellos. El abrazo de Marcos fue frío, el de Lucas cálido y el de Iván intenso. No sabían muy bien qué decir y lo entendí. Cuando fui al funeral de la señora Amalia, nuestra vecina, tampoco supe qué decirle a su hija. Supongo que a los cuarenta, cincuenta o sesenta años ya has visto tantas muertes que te habitúas. Pero cuando se es joven la muerte es algo abstracto. Te corta, es un mal rollo.

—Y lo de que podía quedarse inválido y esas cosas... —volvió a hablar Sandra.

Asentí con la cabeza.

—Joder... —musitó Lucas.

—Sigue igual. Quizá no despierte nunca, y si lo hace... No sé, puede que acabe como el tipo de la película *Mar adentro*.

Sentí que una mano me presionaba el hombro. No quise ver de quién era aunque lo imaginé. No quise derrumbarme ni ponerme a llorar. No allí.

—¿Por qué no ensayamos?

—¿Quieres?

—He venido a eso —suspiré—. Necesito dejar de pensar.

—De acuerdo —sonrió Sandra.

No era mala tía, pero iba de guapa, sexy, cantante.

Ella nunca tocaría el bajo ni sería la segunda voz.

Iván se sentó a la batería y recogió las baquetas. Su hermano Lucas se incrustó en medio del sistema de teclados con los que trabajaba. Marcos se colgó la guitarra. Yo hice lo mismo con el bajo. Una vez enchufado pulsé las cuerdas para comprobar su estado. Mi «bum-bum» fue el primer sonido que se propagó por las cuatro paredes.

—Estábamos ensayando *Vuelo de verano* —dijo Sandra.

—Lo he oído, sí. Bien.

Se colocó delante del micrófono. Marcos y yo hicimos lo mismo. Tocábamos colocados en círculo para vernos las caras, estudiarnos unos a otros, sentir el feeling.

Y arrancamos.

—Un, dos, tres y... —marcó la entrada Iván.

Era un tema de tiempo medio, con una base rítmica elemental. Primero la batería, el bajo al segundo compás y la cortina sónica de los teclados como complemento antes de la entrada de la voz solista susurrando la letra. Dos versos y el relevo de la guitarra, con la que se establecía un dúo hasta un primer clímax que cimbrea y se desvanecía en lo alto para dejar paso de nuevo a los teclados a través de un suave solo que preludiaba la repetición del primer esquema, con la diferencia de que ahora la voz solista y la guitarra no se turnaban, sino que avanzaban juntas.

Yo cerré los ojos.

En un grupo, bajo y batería marcan el ritmo. Eso es todo. Y también es mucho. Si no hay simbiosis, si no se crea una unidad, el resto naufraga. El ritmo ha de ser sólido, medido. Si la batería se acelera, el bajo pierde el compás. Si es el bajo el que corre, la batería se descontrola. El resultado es el mismo: se arrastra al resto. Un guitarra solista puede desmadrarse, bajo y batería le seguirán casi siempre. La sección de ritmo jamás. Dependen el uno del otro.

Por eso Iván y yo nos mirábamos.

Sandra cantaba.

Vuelo de verano,
en las olas del cielo.
Mar de nubes blancas,
y tu rostro perdido,
en el frío del hielo,
con el corazón herido.

El local era pequeño, cabíamos nosotros y los instrumentos muy apretados, pero era adecuado y estaba bien insonorizado. No era excesivamente caro ni estaba en el extrarradio. Habíamos tenido suerte. El tío de Sandra decía que ya nos cobraría intereses cuando nos hiciéramos famosos.

La fama.

¿Qué tendrá que ver la fama con la música?

Sandra la deseaba, Marcos también. Iván y Lucas en cambio eran felices tocando.

¿Y yo?

¿Por qué siempre había de comerme el tarro?

¿Qué pasaba conmigo?

Tengo un cociente intelectual alto. Más que alto: altísimo. No llego a prodigio ni nada parecido pero desde niña, desde que me hicieron aquel maldito primer test, todo el mundo espera mucho de mí, pero sin preguntarme. Simplemente era Berta la lista, Berta la superdotada, Berta la tal y cual, la que hubiera podido estudiar cualquier cosa..., siempre que me hubiese gustado. Y ése ha sido el problema. Por eso pasé de estudiar una carrera, porque lo más seguro es que no me interesase y además jamás hubiera podido pagarla. En cuanto a pedir becas y esas cosas..., odio pedir nada. Los que dan siempre esperan algo a cambio.

Firmas un contrato con sangre, como un Fausto del siglo XXI. Y no. Paso. Por lo menos mi padre lo había entendido.

Pero mi padre nunca supo, ni sabría ya, que a veces me sentía una completa mierda.

Perdida.

Tenía el grupo y ni siquiera sabía si era suficiente, porque era la bajista y la segunda voz, o sea, nada. No estaba tan buena ni era tan sexy como Sandra, por lo tanto perdía

puntos para ser la solista aunque cantase más o menos bien. Y tampoco era tan genial como para tocar la guitarra, así que seguía la tradición que dice que el 90% de los bajos son guitarras frustrados. Aun así no estábamos mal, sonábamos bien, teníamos posibilidades. Llevábamos ya varios meses juntos, todavía estábamos verdes, necesitábamos un mánager, grabar un disco algún día o colgar algo en Internet, y por supuesto tocar en vivo. Eso sí era fundamental: el directo. Sin directo no hay evolución posible. Más o menos teníamos ya montadas unas veinte canciones, diez propias y diez versiones de éxitos para estar preparados y poder actuar si sonaba la flauta y nos llamaban de alguna parte.

Miré a Marcos, que a su vez miraba a Sandra mientras yo sentía los ojos de Lucas fijos en mí.

¿Quién dijo que un grupo con chicas estaba condenado al fracaso porque siempre aparecía el factor emocional?

¿Algún machista o un visionario?

¿Por qué me atraía el lado oscuro y gilipollas del cretino de Marcos?

¿Por qué pasaba de Lucas y su ternura romántica?

Tenía dieciocho años y a veces todavía me sentía anclada en la puta adolescencia.

—Alto, alto...

La voz de Marcos me arrancó de mi súbita abstracción. Iván hizo un redoble final, rompiendo el ritmo. Sandra dejó de cantar y Lucas de tocar su teclado.

—Lo siento —dije.

—No pasa nada, estábamos sonando muy bien.

—Me he despistado.

—Es normal.

—¿Seguro que quieres seguir? —preguntó Sandra.

—Sí, por favor.

—¿Y si tocamos algo alegre, marchoso? —propuso Lucas.

— *Ambiente cero* —dijo Iván.

Y él mismo, sin esperar la aprobación del resto, machacó su batería con la furiosa y sincopada entrada del tema, uno de los últimos que habíamos compuesto.

Yo me uní a él de inmediato.

Sí, soltar adrenalina siempre es lo mejor.

Papá estaba medio muerto pero mi mejor homenaje debía ser no rendirme.

Por él.
Por mí.

El móvil sonó tres veces antes de que, sobresaltada y arrancada bruscamente de mi sueño, consiguiera cogerlo. Cuando me di cuenta de la hora me asusté todavía más.

–¿Sí?

–Berta, soy yo.

La abuela.

Eso significaba que no estaba en casa, que se había ido muy temprano sin despertarme.

Mi pregunta fue idiota:

–¿Dónde estás?

–En el hospital.

–¿Por qué no me has llamado?

–Dormías profundamente, y necesitas descansar.

–¿Y tú qué?

Pasó de mi pregunta.

–Está fuera de peligro –me dijo finalmente envolviendo su voz en un deje de alivio–. Sigue igual, pero van a bajarlo a otra habitación y ya podremos estar a su lado. Deberías venir. El médico pasa visita en media hora y sería bueno que hablaras con él porque yo no entiendo mucho de estas cosas.

Sentí cómo se me aceleraba el corazón.

«Fuera de peligro.» La primera buena noticia.

–Oh, abuela...

–Es fuerte, y sé que está luchando por su vida. Lo sé. ¿Tardarás mucho?

–No.

–De acuerdo.

Corté, salté de la cama y dudé en si perder tiempo duchándome o salir corriendo. Se

impuso la cordura y me duché, aunque muy rápido. Menos de quince minutos después de la llamada ya estaba en la calle arrancando mi pequeña moto, todo un milagro, porque, al contrario que lo que hace mi padre con su coche, yo no la cuidaba demasiado. El día menos pensado me dejaría tirada en cualquier parte después de cansarse por mi falta de atenciones. Me puse el casco y llegué al Clínico en otros diez minutos, con el estómago crujendo y reclamando algo de comida.

Cuando llegué a la Unidad de Cuidados Intensivos me dijeron que a papá lo habían bajado ya a otra planta. La enfermera me dio el número de la habitación y me deseó suerte.

Nunca habíamos tenido mucha suerte.

Ahora la necesitábamos.

Llegué a la habitación a la carrera y me precipité en su interior como una loca. La abuela estaba al pie de la cama, con las manos apoyadas en el piecero y aquella eterna expresión seria en su rostro, tallada en una piedra de la que ya no había más existencias. No se movió. Dejó que me sentara junto a papá y le cogiera una mano. Mis lágrimas se la bañaron.

—No llores —me pidió ella—. Que no note que estamos tristes.

No era fácil, pero lo intenté.

—Papá... —acaricié la mejilla que no estaba cubierta de vendaje.

Nos envolvió un silencio espectral. De pronto quise recordar las últimas palabras que había escuchado de sus labios y me fue imposible. Quizá un «buenas noches», tal vez un «estás muy guapa hoy» o posiblemente un «come, que estás adelgazando». Si no recuperaba la consciencia, ni el habla, su voz se perdería en mi recuerdo como una lluvia batida por el sol.

Todo era muy doloroso. Seguía sin asimilarlo.

Y el shock...

Debieron de transcurrir unos diez minutos, no más, la abuela de pie y yo sujetando la mano de papá. La que tenía libre, porque la otra, en el dorso y el brazo, estaba asaeteada con agujas por medio de las cuales se alimentaba y los esparadrapos que las mantenían firmes. Por debajo asomaba la sonda que limpiaba su cuerpo.

Entonces llegó el médico.

Nos sonrió con ternura.

—Bien —asintió con la cabeza en un gesto paciente y cauto—. Está vivo, y les aseguro

que eso es mucho. Ahora todo depende de él, de su fortaleza física y mental, del tiempo... Le hemos practicado un TAC, un escáner cerebral, y le hemos quitado la sedación para ver si responde. Sus constantes son buenas, pero un traumatismo como el que ha sufrido es problemático, y que tenga el cuerpo paralizado por la lesión medular no ayuda nada. Sé que pedirles paciencia es algo muy duro, pero es lo único que pueden hacer. Tienen que ser fuertes.

—¿Hay algún tipo de operación posible? —pregunté.

—No —mantuvo su sinceridad—. Para que vuelva a caminar, imposible, y para mejorar su estado... Les dije que necesitábamos de veinticuatro a cuarenta y ocho horas para saber si viviría. Ahora, después de retirarle la sedación, les digo que necesitamos que transcurran unos días para ver cómo evoluciona, si sigue igual o experimenta alguna mejoría.

—¿Puede oírnos?

El médico deslizó una mirada pesarosa en dirección a la cama.

—Háblale —me dijo con algo más que convicción—. Cuéntale cosas, cógele la mano, que sepa que estás ahí, a su lado. Acarícialo el rostro, bésale la mejilla. Es difícil saber hasta qué punto su mente puede percibir esos estímulos, en qué clase de mundo se encuentra, si es abierto o cerrado. Pero sí, en alguna parte de su ser late lo que le mantiene con vida, y tu voz y tu contacto pueden ser las cuerdas que tiren de él. Ha de saber que le esperas.

—Vale —tragué saliva.

No hubo más.

A mí me tendió la mano. A la abuela se la puso en el hombro y luego le tocó el rostro con los dedos. Parecía un buen hombre. Probablemente también él tuviese nietos y, por lo tanto, hijos.

Cuando se marchó volví al lado de mi padre.

—¿Lo has oído? —le susurré—. Vas a tener que aguantar todo lo que te diga sin protestar ni corregirme. Prepárate.

La abuela seguía siendo una estatua.

Y entonces dijo:

—Quisieron hacerle daño, ¿verdad?

Me quedé helada.

—¿Berta?

No tenía sentido ocultárselo. Debía de haberle dado vueltas a la cabeza desde la visita de Alfredo Sanllehí...

—Sí.

—¿O sea que sigue en peligro?

—No, no creo. Y más estando así.

—Pero quien lo haya hecho puede volver a intentarlo.

—¿Para qué?

Controló sus gestos. La roca, que parecía a veces dispuesta a quebrarse, creaba su propio cemento y permanecía firme.

—Le preguntaré a la policía si pueden mandar a alguien, por si acaso, al menos un par de días.

—Bien.

—Papá es detective, ya sabes.

—Sí, lo sé.

Eso fue todo, al menos durante unos segundos. Luego volvió a ser la que era, la que sería siempre, la mujer que llevaba una casa, pendiente de todo.

—¿Has desayunado?

—No.

—Vete a comer algo.

—¿Y tú, has desayunado?

—Sí —mintió.

—¿Cuánto has dormido esta noche?

—Sabes que me basta con tres o cuatro horas. Baja a la cafetería, venga.

La obedecí por dos motivos: primero porque no dejaría de insistir, y segundo porque quería llamar por teléfono.

Bueno, también porque me caía de hambre. La noche pasada no había cenado y no recordaba haber comido algo a mediodía.

Telefoneé al inspector Sanllehí después de haberme zampado dos cruasanes y un chocolate caliente. Desde luego su número era directo, porque oí su voz de inmediato.

—¿Dígame?

Casi nadie decía «dígame». Todo el mundo soltaba el habitual «¿Sí?». Pero él era policía. Quizá fuese de otra galaxia o estuviese hecho de otra pasta.

Fui del escalofrío inicial a la calma.

–Soy Berta Mir.

–Ah, hola. ¿Cómo está?

Seguía tratándome de usted y haciendo que me sintiera vieja.

–Bien. Mi padre ya no está en la UVI. Lo han bajado a una habitación normal aunque sigue inconsciente.

–Me alegro –escuché el suspiro a través de la línea.

–Le llamaba para saber si había algo nuevo en la investigación.

Tardó un par de segundos en responder.

Y creí que no lo haría.

Me equivoqué.

–Estamos analizando la pintura de la parte de atrás y del lateral del coche de su padre. Cuando hayamos descubierto su textura, sabremos el coche y el modelo. También se han estudiado las huellas de la carretera, para determinar la secuencia de los hechos, y hemos recogido posibles restos de cristales que también ayudarán a saber de qué clase de vehículo hablamos. Ya le dije que el primer golpe, el de la parte de atrás, lo ladeó, y que el segundo lo empujó por un lado hacia el barranco.

–¿Cómo es posible que no hubiera testigos?

–La Rabassada no es una carretera demasiado transitada de madrugada. La gente no va ni viene del Tibidabo. Como mucho, algún noctámbulo de Sant Cugat que prefiera evitar los túneles.

Me mordí el labio inferior por dentro.

–¿Algo más? –me apremió él.

–Sí –cerré los ojos para interiorizar lo que iba a decir.

–Adelante.

–Si quisieron matarle y descubren que está vivo, por mal que se encuentre, ¿no cree que quizá lo intenten de nuevo para asegurarse de que no habla?

La pregunta flotó en la línea telefónica.

No tuve que insistir.

–Mandaré a alguien para que vigile la habitación de su padre mientras estamos investigando.

La que suspiró ahora fui yo.

–Gracias –exhalé.

–¿Usted está bien?

–No, pero es lo que hay.

–Sea valiente.

–Es lo que intento.

–Buenos días.

–Buenos días, inspector.

Corté la comunicación y me quedé mirando el móvil unos segundos, sin saber muy bien por qué, envuelta en aquella catarsis que, de vez en cuando, me convertía en una suerte de robot frío incapaz de reaccionar.

Entonces supe lo que tenía que hacer.

Papá solía decirlo siempre:

«Muévete. No te quedes parada: muévete. Haz algo. Lo que sea. Si te mueves, tu mente también lo hace. Si te mueves, piensas, encuentras, llegas».

Y me moví.

Le dije a la abuela que tenía cosas que hacer y me fui al despacho de papá.

El día anterior, con Alfredo Sanllehí observando todo, no me atreví a tocar nada, dejé que él lo revisara. Ahora estaba sola, y con papá fuera de combate aquello era mío. Si el intruso había borrado los archivos de los casos en los que trabajaba, quizá yo encontrase algo en lo que él no hubiera reparado, una factura, un recibo. Mi padre guardaba todo para justificar los gastos, tanto para los clientes como para sus declaraciones de Hacienda. Quizás un comprobante bastase para saber dónde había estado y a qué hora.

Encontré comprobantes y recibos, sí, pero no del día del accidente, ni del anterior. Dos eran de tres días antes y no me dijeron mucho. Un restaurante en Aribau y un parking en el Raval. Otros tres eran gastos de cuatro días antes, una cafetería en Gran Vía, un nuevo restaurante en la calle Hospital y una librería. Inspeccioné el resto y por si acaso memoricé los nombres. En cuanto a los últimos...

Papá solía meterlos en la guantera del coche, o en su cartera.

Una posibilidad.

Pasé al archivador con las carpetas de los casos ya resueltos. Dediqué casi una hora a revisarlos, aunque fuese por encima. Ningún asesinato, ninguna relación con mafiosos o capos de la droga, ningún caso sensacional. Lo de siempre. Mi padre era detective en España, no en los espectaculares Estados Unidos. Cuernos y más cuernos, jefes preocupados por la integridad de sus empleados, amas de casa que sospechaban de sus asistentas, personas que tenían miedo, casos de abusos, investigaciones sobre el pasado de hombres o mujeres, falsedad de identidades, el submundo de la duda y la sospecha en

España. Lo justo para un detective desarmado que amaba su trabajo, la libertad, el placer de pisar la calle y moverse por un mundo un tanto distinto al de la mayoría de la gente.

Aun así... ¿Una venganza? ¿Alguien recién salido de la cárcel? ¿Un hombre o una mujer con la vida destrozada por el resultado de la investigación?

Cualquier cosa era posible, pero no probable.

El que había borrado los archivos pretendiendo que nadie lo notara quería eliminar el presente, no el pasado.

Cerré el archivador y volví a contemplar todo aquello.

En cuanto paraba me aplastaba el peso de la realidad, el hecho de saber que estaba contemplando un cadáver.

Papá jamás regresaría a su despacho.

—¡Mierda! —apreté los puños.

Me senté frente a la mesa y abrí los cajones. La carpeta de las cuentas bancarias estaba en el tercero de la derecha. La examiné. El último estado de cuentas era del mes anterior. Mi padre acostumbraba a hacer dos tipos de facturas: pedía un anticipo, siempre el mismo, de dos días de trabajo y luego facturaba el resto. Así que siempre había facturas con el mismo importe, y las que variaban eran las emitidas al final de la investigación.

—Vale, no está mal —me dije a mí misma para animarme.

Papá decía que si un día quisiera ayudarlo, llegaría a ser una buena investigadora.

Un padre siempre es un padre.

Bajé a la calle. El banco con el que trabajaba estaba a menos de cien metros en Vía Augusta. Por suerte las cuentas estaban a nombre de los dos. Quiso hacerlo así cuando mamá nos dejó. Cambió su nombre por el mío. Sólo tuve que acercarme a la ventanilla e identificarme. El empleado, un tipo de unos cuarenta años, calvo y con un bigote frondoso, me miró con mucha atención. Más que mirarme, me repasó.

—¿Eres la hija de Cristóbal Mir? —me tuteó.

—Sí.

Siguió mirándome mientras imprimía el estado de cuentas del último mes.

—¿Ha venido mi padre por aquí recientemente? —se me ocurrió preguntarle.

—Pues... sí, a finales de la semana pasada —se extrañó.

—Es que yo viajo mucho —le largué—. Soy modelo y claro...

—Claro —tragó saliva.

A veces mentir es genial. Y cuanto más gorda sea la trola, mejor cuela.

Me entregó el listado del mes, que no era precisamente muy largo porque a fin de cuentas estábamos a día 19, y salí del banco sintiendo sus ojos en mi espalda, así que esta vez sí me contoneé para provocarle algún tipo de sudor.

Me arrepentí al llegar a la calle.

Después de caminar unos metros me detuve a comprobar el estado de cuentas, apoyada en una pared. Aparte de los gastos típicos, luz, teléfono, agua, comunidad y otros, producidos a comienzos del mes, había cinco ingresos. Dos de las cifras eran disparejas, o sea, las últimas facturas por las horas empleadas más los gastos de dos casos ya cerrados. Uno era del día 4 y otro del 7. Pero en los tres ingresos que venían a continuación, la cantidad era la misma, la que papá cobraba siempre como adelanto. Uno era de seis días antes de su intento de asesinato, otro de cinco y el último de dos días antes.

Papá trabajaba en tres casos a la vez desde hacía una semana.

Tres pagos posteriores a los otros dos del final de dos investigaciones.

El trabajo solía ser así. Semanas sin nada y de pronto...

—Bingo —suspíré.

Si lograba enterarme de qué casos eran, sabría en qué andaba metido.

Pero ¿cómo conseguía eso?

¿Quedándome en el despacho a la espera de que alguien llamase para preguntarme qué había descubierto?

Subí de nuevo al piso y comprobé por segunda vez las carpetas del archivador metálico. Ahora fijándome únicamente en las fechas del informe final cuyo original se entregaba al cliente. Tardé cinco y diez minutos respectivamente en encontrar los dos últimos casos cerrados por papá. El primero, trece días antes, el segundo, diez. Uno había sido encargado por una mujer que desconfiaba de su marido, y el otro por una anciana que sospechaba que su cuidadora la estaba esquilmando. Nada fuera de lo común, aunque, por si acaso, los dejé aparte. Luego me dediqué a separar las carpetas de todos los casos fechados el mes anterior.

Entre unas cosas y otras, había perdido ya demasiado tiempo. Recordé que la abuela estaba sola y que para que ella comiese algo yo tenía que estar allí. Por la tarde quería, necesitaba, volver al ensayo, para sentirme viva, para no dejar que todo lo que sentía en el hospital me aplastase.

Cerré el despacho, me subí a la moto y volví al Clínico.

Casi me doy contra un coche, porque mi cabeza estaba en cualquier parte menos donde tenía que estar, centrada en el tráfico, aunque el imbécil que conducía iba hablando por el móvil y frenó en el semáforo nada más ponerse en ámbar para poder hablar tranquilamente. Mi rueda delantera se quedó a un centímetro de su guardabarro trasero.

¿Qué haríamos la abuela y yo si papá no salía de su estado o no recobraba, al menos, la consciencia? ¿Viviría en un hospital eternamente? ¿Nos dejarían llevarlo a casa? ¿Cómo? ¿Quién lo cuidaría, una enfermera? ¿Y quién lo pagaría, el hospital, el seguro, nosotras? Y aunque saliera de aquel infierno, ¿sería un inválido?... ¿Qué, qué, qué?

No tenía ni idea de cómo funcionaban esas cosas.

—Tendrás que ponerte a trabajar, tía —escuché mi propia voz dentro del casco.

¿En qué?

Como si fuera fácil encontrar un trabajo, digno o tirado.

Recordé el extracto del banco que acababa de dejar sobre la mesa del despacho de mi padre, con la suma total del dinero de que disponíamos. Como mucho, para tres meses. Empezando a ahorrar y a estirar, cuatro. Haciendo milagros, cinco.

No era mucho tiempo.

Cuando detuve la moto en la acera de enfrente de la entrada del Clínico, mi cabeza naufragaba en un océano de números y angustias perfectamente mezclados.

El médico me había dicho que le hablara.

–Papá...

Cogí su mano libre y se la acaricié.

–Papá, soy yo, Berta. Estoy aquí. ¿Puedes oírme?

Por un momento me sentí extraña. No ridícula, pero sí extraña. Le apreté la mano y jugué con sus dedos. Sus manos eran hermosas. Siempre lo habían sido y siempre lo serían. Manos de artista. También tenía las piernas muy bonitas. Mis amigas de la adolescencia lo encontraban guapo. Creo que por primera vez fui consciente de ello.

¿Qué podía contarle?

¿Sabía, en algún remoto lugar de su cerebro, dónde se encontraba y por qué?

–Estás en el hospital, ¿sabes? En el Clínico. Y sé que te pondrás bien. Lo sé porque eres fuerte y más tozudo que una mula –recordé algo y aunque me doliera se lo dije–: Mamá ha venido a verte, mira tú. Estaba muy impresionada –me mordí el labio inferior–. Y guapa. Seguro que si abres los ojos vuelve.

Le besé el dorso y luego pasé la palma por mi cara.

–Te quiero...

No, si lloraba todo se iría al garete. Más que ayudarlo le angustiaría. Tenía que hablar, hablar, hablar...

–¿Por qué no haces un esfuerzo y me cuentas qué sucedió? ¿De dónde venías tan tarde, de madrugada, por la Rabassada? ¿A quién seguías o espiabas? Te echaron de la carretera. Alguien vino por detrás y te empujó. Quizá viste quién era, aunque de noche...

Decían que cuando uno sufría un shock, las últimas horas desaparecían de la mente. Lo más seguro es que aunque estuviese consciente no recordara eso.

–Quisieron hacerte daño –le susurré–. Investigabas algo peligroso, o estabas muy cerca

de descubrirlo, o quizá ya lo habías hecho. Por eso trataron de matarte. Por eso y porque eres un detective muy bueno.

Me acerqué un poco más a él. Toqué su mejilla.

–Siempre has sido muy bueno, ¿verdad?

No lo estaba haciendo muy bien.

Cerré los ojos, suspiré y me concentré. Imaginé que la mente de papá estaba aislada al final de un largo desfiladero abierto en un acantilado infernal. Sólo podía llegarse a ella atravesando ese lugar inhóspito, lleno de peligros. La mente, por sí misma, era incapaz de volver a su cuerpo. Así que necesitaba ayuda. Ayuda e información. Cuanto más supiera, mejor dominaría aquella insólita situación.

–Papá, sé que investigabas tres casos. He hecho mis deberes, y yo también soy buena. Siempre me lo has dicho, ¿no? La policía cree que alguien, una persona implicada en uno de ellos, ha querido hacerte daño, apartarte de la investigación. ¿Y sabes por qué lo sospechan? Pues porque quien te apartó de la carretera y te dio por muerto ha entrado en tu despacho, y en nuestra casa, y ha borrado de tus ordenadores los archivos que siempre guardas con los casos en que trabajas –hice una pausa–. He ido al banco, por eso sé lo de esos tres trabajos. Seis días antes de esa noche hiciste el ingreso de un adelanto, hace cinco días otro y hace dos, el último. Tres casos, papá. No hay que ser muy listo para imaginar que se trata de algo relacionado con uno de ellos, salvo que, de pronto, un viejo enemigo se haya vuelto loco y tras atentar contra ti haya borrado tus archivos más recientes para darnos esa pista falsa.

La abuela no tardaría en regresar. Comería a la carrera y la tendría allí en unos minutos. No quería hablar de las investigaciones en su presencia.

–Si supiéramos quién te encargó qué y por qué... –acaricié su frente con una mano mientras con la otra seguía reteniendo la suya–. ¿Tal vez por los talones bancarios? –se me ocurrió de pronto y alcé las cejas tras decirlo, pensativa–. Sí, al menos así sabríamos el nombre, quiénes te pagaron por tus servicios, aunque si luego uno nos miente por...

Sentí un ramalazo eléctrico.

Me quedé fría.

Con todo el vello erizado.

Observé la mano de papá, envuelta por la mía.

¿Había sentido un roce?

La escena se congeló durante un puñado de segundos que se hicieron eternos.

No, qué estupidez. ¿Cómo iba a mover un dedo...?

—¿Papá?

Nada.

—Papá, soy yo, Berta... ¿Puedes oírme?

El dedo se movió.

Unos milímetros.

Me llevé la otra mano a la boca y ahogué mi grito. También detuve las lágrimas. No era momento para lo uno ni para lo otro. Continué acariciándole pero sin presionarle, dejando que sus dedos se mantuvieran libres y con mis cinco sentidos puestos en el índice de su derecha.

—Inténtalo otra vez...

Lo hizo.

Dios... ¡Lo hizo!

Estuve a punto de salir corriendo, llamar a las enfermeras, a los médicos, pero continué allí, a su lado. No quería dejarle. Habíamos establecido una conexión. Habíamos trenzado un pequeño hilo mediante el cual nos comunicábamos y no quería perderlo. Me calmé como pude.

—Papá —insistí—. Otra vez, por favor...

El dedo índice de su mano derecha repitió el gesto.

Nada en él se movió salvo esa parte de su cuerpo. Ni los párpados, ni los labios, ningún otro miembro. Únicamente ese dedo milagroso.

Me zumbaba la cabeza.

Un vértigo contra el que tuve que luchar.

—Escucha... —intenté poner un poco de orden en mi atropellada cabeza—. Necesito... Bueno, si pudieras... decirme algo, responder... —recordé un detalle que había visto en una película—. Mueve una vez el dedo para decir sí.

Lo movió.

—Y ahora dos para decir no.

Lo movió dos veces.

Ni siquiera sabía si aquello era algo permanente o fortuito, una vuelta a la normalidad o un milagro ocasional. Lo que sí sabía era que habían querido matarle, y que un asesino andaba suelto. Era absurdo preguntarle cómo se encontraba. No podía decirlo. Quizá

estuviese en un limbo extraño. Tenía que hacerle preguntas simples para obtener respuestas elementales: sí o no.

—¿Sabes quién quiso hacerte daño?

Dos movimientos del dedo.

—¿Y por qué alguien querría hacértelo?

Otros dos movimientos.

—Trabajabas en tres casos, ¿verdad?

El dedo no se movió. Allá lejos, donde estuviese, los recuerdos eran frágiles. La conmoción lo habría diseminado todo. Bastante hacía con establecer aquel contacto prodigioso.

El dedo volvió a moverse. Yo no apartaba los ojos de él.

Sólo que esta vez no lo hizo de arriba abajo, para decir sí o no. Lo hizo de lado a lado, como si... escribiese algo.

Dejé de respirar.

Primero algo parecido a... una U.

Pausa.

A continuación una tosca S.

Quise estar segura. Ladeé la cabeza para verlo bien. Tras la nueva pausa realizó otro movimiento. Primero un uno, o un palo, y después dos curvas más...

¡Una B!

¡USB!

¡Papá siempre hacía copias de seguridad en una memoria USB! ¡Un lápiz electrónico!

—¿USB? ¿Has escrito eso?

El dedo dijo que sí.

—¿Dónde lo tienes? —cambié la pregunta—. ¿La llevabas encima?

«No.» —¿Está en tu despacho?

«No.» —¿En casa?

«Sí.» ¿Cómo no lo había pensado antes?

Aunque lo más probable fuese que el asesino se la hubiera llevado.

En caso de que la viera, claro.

—Papá, eres genial —le besé una vez más en la mejilla.

Esperé otro movimiento de su dedo índice.

Ya no lo hizo.

–¿Papá?

Quizá estuviese exhausto. Tal vez había retrocedido de nuevo hacia el fondo de la hondonada o a lo más profundo de la nube en la que se movía. Esperé unos segundos más.

Nada.

–Gracias –musité apretándole la mano.

La abuela entró en ese momento y me lo dijo:

–Hay un policía afuera. Acaba de llegar.

–Bien –asentí.

–¿Te vas? –preguntó al ver que cogía el casco de la moto.

–Volveré en cuanto pueda –intenté que no se diera cuenta de mi excitación, aunque engañarla siempre había sido difícil–. He de solucionar algunas cosas.

–Bien –me retuvo agarrándome de la mano y, demostrándome que no era tonta, agregó–: ¿Sigue en peligro?

–No lo creo –mentí–, pero por si acaso. La policía sigue investigando. Han enviado a alguien por seguridad.

–No hagas tonterías –me advirtió.

La mayoría de las abuelas que conozco no se enteran de nada, o fingen no enterarse, pero ella...

Salí de la habitación y me encontré con un agente muy joven, de veintipocos. No parecía gran cosa. Tal vez fuese un novato, pero al menos estaba allí.

–¿Le envía...? –quise estar segura.

–El inspector Sanllehí.

–Cuide de mi padre.

–Lo haré –me sonrió.

Me dio por pensar que sin uniforme igual era mono.

Cosas más.

Cinco minutos después corría con la moto rumbo a casa, todavía expectante e impresionada por lo que acababa de suceder.

No había visto ninguna memoria USB en el despacho de mi padre, estaba casi segura. Pero en casa la mesa era un lío de papeles. Él solía utilizar una muy pequeña, de color gris, nada llamativa. Así que era mi única esperanza.

Detuve la moto, la aseguré con la cadena y subí a la carrera, sin esperar el ascensor. La señora Pilar hablaba con una parejita joven que iba o venía del piso de arriba, el que se vendía a buen precio.

El piso desde el cual se había descolgado quien fuese para entrar en nuestra casa.

Cuando abrí la puerta, por instinto protector, por precaución, hice ruido. Que un extraño hubiera entrado allí, violando nuestra intimidad, era algo inquietante. Las babosas dejan un rastro. Y un asesino, aunque papá no hubiese muerto, no dejaba de ser una babosa.

Cerré la puerta, dejé el casco en el recibidor y lo primero que hice fue inspeccionar el piso. Mera obsesión, pero necesitaba hacerlo para tranquilizarme.

Una vez serena entré en el despacho de papá y empecé a levantar los papeles que cubrían su mesa, periódicos, cartas, recortes... Nada que ver con el orden de su despacho de la calle Madrazo.

La memoria USB estaba allí, debajo de los papeles, en el lado derecho de la mesa, casi a punto de caerse al suelo, porque cuando fuimos el inspector y yo lo habíamos movido todo un poco.

Me quedé mirándola atónita.

Luego la cogí con dedos temblorosos.

A fin de cuentas el intruso también podía haberla borrado.

No permanecí en el despacho de papá, preferí ir a mi habitación y abrirla en mi ordenador. Cerré la puerta, como si así me aislara todavía más, encendí el Apple, inserté la memoria en su ranura correspondiente y esperé a que el aparato se activara.

La pantalla se iluminó y a la derecha apareció el indicativo del USB con el nombre de «Cristóbal».

Hice «clic» dos veces en él con el cursor.

Y cuando apareció la ventanita estuve a punto de gritar.

Allí estaba todo.

No había muchos archivos ni carpetas, o sea que no me costó demasiado descubrir lo que estaba buscando. A la derecha del listado aparecía la fecha de la última modificación. Mi padre era ordenado y actualizaba como mucho cada dos días los casos en los que trabajaba, pasando a limpio sus investigaciones. Las conclusiones las tenía en la cabeza. Lo otro no. El día anterior al del intento de asesinato había modificado el contenido de tres carpetas.

«Ignacio Huertas», «Alejo Bermúdez» y «José Luis Bermell».

Las nombraba siempre con los nombres de los clientes.

Me relajé. Por un lado mis dedos ya querían abrir las carpetas. Por el otro mi mente me pedía calma. Uno de los principios sagrados de papá en sus investigaciones era ése: respirar antes de actuar. Así que lo primero que hice fue descargarme en mi ordenador aquellas tres carpetas, por si acaso. Cerré la ventanita de la memoria USB, la arrastré hasta la papelera, esperé a que se desactivara, la retiré del ordenador y entonces sí abrí la primera: «Ignacio Huertas».

La carpeta contenía únicamente un archivo. Lo abrí y empecé a leer:

«Ignacio Huertas y Teresa Capdevila, padres de Laia Huertas Capdevila, diecinueve años, desaparecida desde el martes día 11, hace tres días. Puesta denuncia en comisaría, les informan de que es mayor de edad y de que lo más probable es que regrese ella sola. Los antecedentes tampoco ayudan a que la policía active un protocolo de búsqueda. El día previo a su desaparición, discutió con ellos por su comportamiento. Laia salía con alguien, pero sus padres no lograron averiguar con quién. Sus amigas afirman no saber nada. Probable ley de silencio. No tiene dinero, está buscando trabajo. Ya se había escapado de casa otra vez, también con un novio, a los quince años y medio. Su ausencia duró apenas un día. Sus padres la definen como romántica, soñadora y poco madura».

Seguían los datos de referencia, dirección, teléfonos de contacto, y también los nombres, señas y teléfonos de dos amigas, Lidia Conejo y Beatriz Salvador, y un amigo,

Pere Fontanellas. El nombre del «amigo» iba seguido de un paréntesis con la frase: «Enamorado de ella sin éxito». Había una fotografía escaneada de la chica desaparecida.

Cerré la ventana y abrí la segunda carpeta, la señalada con el nombre «Alejo Bermúdez».

En ella se almacenaba mucho más.

El archivo previo, una subcarpeta con el título «Fotos», y un primer informe para el cliente.

Comencé por el archivo previo para ponerme en antecedentes:

«Alejo Bermúdez Castro, anticuario de relieve –web www.alejobermudezcastro.com–. Sospecha que su esposa, Elisenda Roig Auladell, tiene una aventura extraconyugal desde hace unos días. Ella es su segunda esposa. Tiene treinta y nueve años y él sesenta y dos. Divorciado de su primera mujer hace diez años y casado con la segunda hace nueve. Confiesa estar muy enamorado de ella hasta el punto de idolatrarla».

Completaba el primer párrafo de la sucinta información la dirección de su casa, de su tienda, teléfonos y una imagen también escaneada de la mujer presuntamente infiel.

A continuación, papá había agregado una segunda anotación:

«Entregado informe al señor Bermúdez hoy, día 14, solicita que siga investigando y recopilando pruebas de cuántas veces por semana se producen los encuentros. También pide conocer identidad del amante de su esposa».

La carpeta «Fotos» contenía nada menos que 79 imágenes tomadas con la cámara digital de papá. La que no había sido hallada en el coche ni en el lugar del accidente. La lista ya estaba ordenada por iconos, así que los seleccioné todos con el cursor y los abrí en bloque. En el ordenador surgió la primera foto y a la derecha las imágenes de las siguientes. No tenía más que ir una por una, pincharlas y ampliarlas.

Vi a la mujer de la foto sola y abrazada a un hombre, aunque los rasgos de él no se percibían muy bien debido a la distancia y la falta de luz. También se les veía entrando en un hotel, el Turquesa, a las siete y cuarenta y dos minutos de la tarde, según podía leerse en la parte inferior derecha de las instantáneas, y saliendo de él a las nueve y tres minutos. No había la menor duda de que entre ellos la relación era afectiva. Por no faltar, ni faltaba un beso. Un beso de película. En otro bloque de fotos, tomadas en un segundo seguimiento, se veía el mismo hotel y la entrada y salida de los amantes, la primera a las siete y treinta y siete y la segunda a las ocho y cincuenta y nueve. Tampoco se apreciaban muy bien los rasgos del hombre, por la distancia y la falta de luz.

La señora Elisenda Roig desde luego se la pegaba a su marido.

Fui al archivo con el informe para el cliente de la carpeta de Alejo Bermúdez, el que correspondía al primer informe de papá entregado a su cliente el día 14, viernes. Dado que no había cerrado el caso, y a tenor de la segunda anotación hecha al tomar sus datos, era de suponer que la investigación proseguía.

El texto del informe me lo confirmó:

«El día 11 de los corrientes, después de su encargo de primera hora de la mañana, y en atención a su apremio, seguí a su esposa, la señora Elisenda Roig, durante dos horas a partir de su salida de casa a las cinco y cuarenta y cinco de la tarde. En primer lugar se dirigió a la peluquería Santa Ana, en la que permaneció por espacio de una hora. A las seis y cincuenta minutos mi perseguida entró en la tienda Furest de la avenida Pau Casals donde compró, y pagó en metálico según comprobé visualmente, una corbata y un cinturón. A las siete y ocho minutos tomó un taxi en la misma avenida y se apeó en la puerta del Hotel Turquesa, en la Ronda de Sant Pau, a las siete y veintinueve minutos. Dado que muy posiblemente era temprano para su cita, tomó un café en la cafetería de la acera de enfrente del establecimiento y la abandonó a las siete y cuarenta, cuando llegó el hombre cuyas fotos acompañan a este informe. Los dos accedieron al hotel a las siete y cuarenta y dos minutos, tras abrazarse y besarse en la misma calle. Abandonaron el lugar a las nueve y tres minutos, llevando ahora él los paquetes con la corbata y el cinturón comprados por ella.

»La señora no salió de su casa el día 12, pero sí el jueves 13, repitiéndose la cita bajo las mismas circunstancias, si bien en este caso fue directamente de su domicilio al hotel. Ella y su acompañante permanecieron juntos desde las siete y treinta y siete minutos hasta las ocho y cincuenta y nueve».

Como se leía en el primer archivo, el cliente le había pedido que continuara investigando para saber la periodicidad de sus encuentros con su amante y la identidad de éste.

Eso era todo.

Me quedaba la tercera carpeta: «José Luis Bermell».

Lo mismo que en el caso de la chica fugada de su casa, no había fotos del seguimiento, tan sólo dos archivos. El primero contenía los datos tomados en la primera cita:

«José Luis Bermell pide que su hijo Martín, de diecisiete años, sea seguido el fin de

semana próximo para determinar si consume cualquier tipo de sustancia. Según su padre, fuma y bebe, pero se trata de determinar si toma drogas y, en caso afirmativo, saber cuáles».

Había una segunda anotación, más abajo, después de la foto escaneada y los datos habituales, dirección y teléfono. Decía:

«Realizado primer informe seguimiento Martín Bermell. No entregado a su padre. Segundo seguimiento el próximo viernes».

Abrí el último archivo, el correspondiente al informe no entregado al señor Bermell por mi padre.

«En el día de ayer, viernes 14, he procedido a seguir a Martín Bermell desde la salida de su casa, a las diez y treinta y cinco de la noche. El muchacho se ha reunido con dos amigos en un bar situado frente a los Jardines de Montserrat, en la calle Rocafort entre Còrsega y Rosselló. Han tomado varias cervezas, hasta pasadas las doce de la noche, y ya ligeramente achispados se han ido a pie hasta casa de un amigo, en la calle Mallorca con Viladomat. Los cuatro han vuelto a salir a las dos de la madrugada y, nuevamente a pie, se han desplazado hasta la discoteca Argolla, en la que han permanecido hasta su cierre. En su interior, Martín Bermell ha comprado un número indeterminado de pastillas de éxtasis (la transacción se ha hecho en uno de los servicios del local y ha resultado imposible precisar más detalles). Mi perseguido ha tomado al menos dos de dichas pastillas en momentos diferentes de la noche. Sus intentos de conseguir alguna amistad femenina no han dado resultados positivos. Al cierre de la discoteca, Martín y sus amigos se han desplazado en taxi hasta una casa situada en Sant Just Desvern. Al parecer, había en ella una fiesta. Dado que no he podido acceder a ella ni ver nada de lo sucedido en el interior del chalé, he abandonado el seguimiento al amanecer.

»Me dispongo a completar la información con un segundo seguimiento el próximo viernes.» Fin.

El caso de la chica desaparecida llevaba la misma fecha que el tercer ingreso hecho en el banco, el realizado dos días antes del intento de asesinato; el de la amante, se correspondía con el de cinco días antes; y el del chico drogata era el primero, el del ingreso hecho seis días antes. O sea que el orden de los clientes era: primero, José Luis Bermell; segundo, Alejo Bermúdez; y tercero, Ignacio Huertas.

Ya podía hacer un calendario con las actividades y movimientos de papá durante esa semana.

Día 10, lunes: José Luis Bermell le encarga que siga a su hijo Martín, le da el anticipo y él lo ingresa en el banco. Día 11, martes: el anticuario Alejo Bermúdez pide que su esposa Elisenda sea vigilada. Ese mismo día papá ingresa el cheque inicial y va tras los pasos de la infiel, que se reúne con su amante por la tarde.

Papá vuelve a seguirla el jueves 13. Tras entregar el informe a su marido el día 14, éste le pide que continúe para determinar la periodicidad de los encuentros y el nombre del amante. También el 14, Ignacio Huertas y su mujer Teresa Capdevila le contratan para que busque a su hija Laia, desaparecida o escapada el día 11 y tras desestimar la policía que sea un caso alarmante. El tercer ingreso, el adelanto que se les cobra a los Huertas, entra en el banco ese mismo día 14, viernes. Por la noche tiene lugar el primer seguimiento de Martín Bermell. Últimas anotaciones en las carpetas y archivos de cada uno de los casos el sábado 15 por la mañana, y la noche del domingo 16 al lunes 17... intentan matarle.

Lo repasé todo. Incluso lo escribí.

Encajaba.

Quedaban dos días más o menos en blanco, sábado y domingo, en los que no se sabía qué hizo.

El sábado había venido a casa a comer. El domingo no. No le vi en todo el día.

—Y ahora... —dije en voz alta.

Me quedé unos minutos reflexionando.

Y fue entonces, en ese momento, sin saber por qué, cuando decidí no llamar a Alfredo Sanllehí.

El momento en que mi vida cambió.

Miré el teléfono. Me mordí el labio inferior. Suspiré. Y aunque un sinfín de voces interiores me gritaron que lo hiciera, que se lo contara todo, a la única que escuché fue a la de mi instinto, mi sexto sentido, mi lo-que-sea.

Tres casos.

La policía no entraría a saco con ellos hasta...

Papá seguía en peligro.

Instinto. Instinto. Instinto.

Puse en marcha la impresora. Mis movimientos eran pausados, maquinales. Parecía una autómatas. Me imprimí los datos iniciales de los tres casos y las fotografías de Martín

Bermell, Elisenda Roig y Laia Huertas, además de una de las de la señora Bermúdez y su amante. Luego apagué la impresora y cerré mi ordenador.

Tenía que volver al hospital unos minutos, aunque con la abuela delante no me atreviera a intentar hablar de nuevo con papá. Mejor conservar aquel detalle en secreto, tanto por no crear falsas expectativas como por el hecho de que seguía en peligro.

Pero lo que más necesitaba era evadirme un rato.

Dejar de pensar.

Tocar con el grupo.

Llegué al local de ensayo la primera, y enseguida me di cuenta de que mi ánimo no era el mejor. No estaba bien en ninguna parte. Huía. Huía del hospital, de mis responsabilidades, de hablar con el inspector y contarle lo que había descubierto... De todo. Huía y cada vez que llegaba a algún lugar comprendía mi error. Todos los caminos conducían al mismo sitio.

El miedo, la soledad, la impotencia.

Descubrir la verdad, sobre todo cuando la verdad joroba, duele.

Y a mí me dolió.

Convertida en una fiera enjaulada, me senté en el lugar de Lucas y en vez de coger mi bajo agarré la guitarra de Marcos. Me la coloqué sobre las rodillas y deslicé mis manos por encima de las cuerdas, como si fuera una *steel*. No se me daba bien, pero tampoco mal. La coloqué en posición y sin poner en marcha el amplificador dejé que mis manos bailaran sobre las cuerdas.

Cerré los ojos y canturreé una de mis pocas canciones. Una balada suave, dulce, cargada de intimidad por un amor que no había conocido.

Desnuda en la cama

aguardo tus caricias.

Y me lleno de avaricias

que mi cuerpo te reclama.

Arde mi geografía en la hoguera

hecha de nortes vacíos,

cubierta de sures baldíos,

temblando bajo la espera.

Ven, ven a mí, corazón.
Ven, ven a mí, sinrazón.
Ven, ven a mí, alma mía,
quiero darte mi poesía.

No hagas la espera amarga.
Arráncame de este infierno.
Dame primavera en invierno.
Aparta de mí esta carga.
Estoy desnuda en la cama,
y cada segundo es una hora.
Infinito es el tiempo que llora
esperando al ser que se ama.

Ven, ven a mí, sueño herido.
Ven, ven a mí...

La puerta del local se abrió mientras susurraba el segundo estribillo de la canción. Primero fue el susto, porque estaba muy concentrada en la ejecución instrumental del tema. Después la inquietud, por si el aparecido la había escuchado antes de entrar. Por si eso fuera poco, a Marcos no le gustaba que le cogieran sus guitarras.

Pero no era Marcos, era Lucas.

Raramente estábamos a solas. Su ternura hacia mí solía manifestarse a través de miradas, apoyo en las discusiones, sonrisas, leves enrojecimientos faciales, detalles.

Obviamente no me esperaba.

—¿Cómo está tu padre?

—Igual.

—¿Llevas mucho aquí?

—No, dos minutos. Estar allí me deprime.

—Claro. ¿Qué hacías?

—Nada.

Dejé la guitarra de Marcos en su sitio pero no cogí mi bajo. Estaba sentada en su lugar, así que él ocupó el taburete de su hermano Iván.

Lucas miró en dirección a la puerta.

—Oye, quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que quieras —se aventuró de pronto.

—Ya lo sé.

—Estoy aquí, ¿vale?

No podría soportar una declaración.

No en ese momento.

Frágil, vulnerable, cuando cualquiera es capaz de decir que sí sólo para no hundirse.

Agarrada a un clavo ardiendo que tarde o temprano te va a quemar.

Lucas no merecía algo así.

—¿Tocamos algo? —le propuse.

—No.

Se lo supliqué en silencio, con la mirada, pero o no lo captó o no me hizo caso. Me sentí como la esposa divorciada a la que, de pronto, todos sus amigos quieren «ayudar», «hacerle un favor», «dispuestos a todo».

—Berta, sabes que me gustas, ¿verdad?

Cerré los ojos.

—Por favor...

—Tengo que decírtelo.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Claro.

—Entonces...

—Ahora mismo no puedo sentir nada.

—Cuando esto pase...

—No, Lucas —los abrí de nuevo—. No creo.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros. ¿Cómo se le dice a un chico que se te está declarando que no puedes corresponderle, que sabes que nunca lo harás porque no hay chispa, ni feeling, ni alma? ¿Cómo se mata una ilusión, cuando las ilusiones de la adolescencia y la juventud son tan fuertes y contundentes?

—Marcos pasa de ti —me lanzó un dardo envenenado.

—No seas tonto —me sentí herida.

–Podríamos dejar el grupo, hacer algo tú y yo, juntos. Un dúo electroacústico.

–El grupo está bien, no seas tonto.

–Yo...

–Por favor, vale.

Se quedó serio, rígido. Un derroche de generosidad humana que yo convertía, quizá, en resentimiento. Así era la vida. Así será siempre. Pero si me levantaba para abrazarle o darle un beso en la mejilla sería peor. Por lo tanto continué sentada, vencida, un poco peor de lo que estaba cuando había llegado. Todo el dolor de Lucas llenaba el local de ensayo, lo inundaba. Y era tan amargo como denso.

Probablemente más de una chica se moría por él, y más se morirían si tocábamos en vivo y grabábamos un disco y salíamos en la tele y...

–Gracias por decírmelo –susurré.

Bajó los ojos y los hundió en el suelo, entre sus pies.

La puerta volvió a abrirse y por ella, como un huracán, apareció Marcos.

–¡Hey!, ¿qué tal? –tronó su voz antes de reparar en mí y cambiar bajo una súbita máscara de seriedad y preocupación–. ¿Cómo está tu padre?

–Igual –dije por segunda vez.

–Se pondrá bien, ya lo verás –golpeó la espalda de Lucas con un deje de violencia y gritó–: ¡Tío!, ¿qué pasa?

Creí que Lucas iba a golpearlo.

Se levantó, serio, puños apretados, y esquivó nuestras miradas, la del guitarra y la mía. Nos salvó la campana.

Iván y Sandra.

Volví a repetir por tercera vez que mi padre estaba igual.

Entonces, sin venir a cuento, Marcos hizo un chiste.

Un mal chiste.

Y me di cuenta de que era tonto, un engreído, un aprendiz de divo rockero, y de que aun así me gustaba, porque no lo quería como novio, ni como pareja, sino como..., ¿como qué?

¿Un revolcón?

¿Un deseo pasajero que se arregla con un poco de sexo y nada más?

¿Así estaba ya?

Iba a faltarme mi padre, y si era verdad que todas las hijas están enamoradas de sus

padres, perdería mi punto de apoyo, mi referencia vital. Eso suponía un peso abrumador porque, encima, odiaba a mi madre.

O por lo menos la despreciaba.

Al que odiaba, cada vez más, era al que había intentado matarle a él.

Quería pillarle, hacerle sangrar.

—¿Por dónde empezamos hoy? —preguntó Iván.

— *Sueños* —propuso Sandra.

—No, ésa la tenemos ya bastante bien ensamblada. Mejor *Geografías* .

Marcos y yo asentimos. Iván también. Lucas no dijo nada.

Seguía ausente.

Así que tocamos *Geografías* , dos, tres veces, sin acabar de redondearla porque cuando no fallaba yo lo hacía Lucas. Luego pasamos a la versión de «*Sara*» , de Fleetwood Mac. Nos salió mejor. Pero volvimos a tropezar con la de *The End of the Innocence* , de Bruce Hornsby.

A mi tercera metedura de pata me rendí.

¿Qué estaba haciendo allí?

Con papá en el hospital y tres casos por donde empezar a buscar al presunto asesino.

—Lo siento —me derrumbé.

—No importa —dijo Sandra.

—Sí, sí importa. Creía que...

—¿Cuánto hace que no duermes de verdad, ocho o nueve horas? —me preguntó Iván.

Dejé el bajo. No me atrevía a mirarles a la cara. Y menos a Lucas.

Se le pasaría, pero no en ese momento.

—Os llamaré —dije desde la puerta.

—Tranquila —me despidió la voz de Marcos.

A veces las tías somos idiotas. Mucho más que los tíos. Ellos son transparentes.

Miré al guitarra del grupo y quise pasar de él.

Luego cerré la puerta y ni siquiera me di cuenta de que estaba en la moto, me ponía el casco y la arrancaba. Sólo fui consciente de todo ello cuando me vi metida en el tráfico del anochecer en una Barcelona siempre densa a esa hora.

Me gusta la música.

Tenía el grupo.

Todos queríamos que funcionara.

Pero los amores cruzados no eran la mejor de las garantías.

Tuve que parar en una esquina un par de minutos, mareada. No me resistí a las arcadas y vomité. Eché hasta la primera papilla. Luego esperé un poco más y no retomé la marcha hasta que estuve segura de poder llegar a mi destino.

No le había dicho nada a Alfredo Sanllehí por algo.

Era mi padre, y yo su hija.

Así que me tocaba jugar a mí.

Por la mañana.

Quería decirle a la abuela que papá podía comunicarse con nosotras, pero pese a mi impaciencia me contuve. Primero, confirmarlo. Después, hablar con el médico. Finalmente, ser todos muy cautos.

El policía de la puerta era el mismo del día anterior.

Se puso rojo cuando le ofrecí un café de la máquina de la sala de espera.

La abuela por fin me dejó sola sobre las diez de la mañana. Sabía que tardaría muy poco en bajar al bar y tomarse algo. Su vida ahora consistía en vigilar y cuidar de su hijo. No hacía otra cosa. Su temple, su vocación de madre, eran tan admirables como temibles. Si antes ya era una roca, lo que me esperaba a su lado desde ahora podía llegar a ser...

Cerré la puerta y me acerqué a papá, medio temerosa medio expectante. Lo del día anterior podía haber sido un lapso de lucidez y poco más. Mi esperanza residía en que fuese todo lo contrario: el inicio de su recuperación gradual, por lenta que resultase.

—¿Papá?

¿Dormían los que estaban como él? ¿De qué forma recibían los impulsos? Sólo estaba paralizado, inmóvil y con los ojos cerrados.

Tenía que ser eso.

—Papá, ¿me escuchas?

Tomé su mano y esperé.

Cinco segundos.

Luego se la acaricié e insistí.

—Papá, soy yo, Berta. Si puedes oírme mueve tu dedo, como ayer, ¿recuerdas? Inténtalo, por favor.

Lo movió.

Dejé de respirar y me acerqué un poco más a su oído sin dejar de sostener su mano.

—Encontré el USB, en tu despacho de casa. Ya sé que trabajabas en tres casos, pero ¿cuál...?

Como el día anterior, cuando movió el dedo y dibujó sobre la palma de mi mano las letras USB, su dedo comenzó a deslizarse dibujando algo sin forma aparente.

«NO... SÉ...», leí.

—¿Recuerdas de dónde venías el día del accidente?

Los segundos, a veces, podían ser eternos.

Se abstuvo de escribir la palabra. Movié el dedo dos veces.

Recordaba las pautas del día anterior y eso sí me asombró.

—¿Y a quién investigabas? Está el chico al que hace seguir su padre, la esposa infiel y la chica que probablemente se ha fugado con el novio. Casos uno, dos y tres.

También ignoraba si la noción del tiempo en la mente de una persona en su estado era la misma que la nuestra.

—¿Papá?

Tardó otros seis o siete segundos en contestar.

Y esta vez dibujó cuatro letras.

«A...R...T...E...» ¿Arte?

—¿Qué significa arte?

Cinco, diez, quince segundos.

—¡Papá!

Ya no hubo ninguna reacción. Tuve que contenerme. Por dentro estaba estallando. Por fuera no quería que él notase nada. Esperé un minuto más, con su mano entre las mías, hasta que comprendí que ya no estaba allí.

Se había ido otra vez.

—Mierda... —suspiré.

¿Arte?

La puerta de la habitación se abrió y reapareció la figura de la abuela, con su rostro serio, sus ademanes vivos, sus ojos intensos. Muchas madres se habrían pasado las horas llorando, lamentándose de su situación, maldiciendo al destino su mala suerte y suplicándole a Dios un milagro. Pero ella, la abuela Joaquina, no era de esa pasta. Ella sabía que la vida da y quita, y ni hacía grandes fiestas cuando daba ni se hundía cuando quitaba.

—Voy a ver si pillo al médico —le dije.

–¿Por qué no esperas a que pase visita?

–Porque tengo que irme.

–Berta...

–No, abuela.

–¿Qué pasa?

–Nada.

–No paras de entrar y salir.

–Yo no puedo estar quieta como tú.

–Debemos tomar decisiones, hablar con los médicos, ver de qué forma...

–Eso será cuando sepamos cómo ha evolucionado papá –la detuve–. Mientras tanto es inútil quedarnos aquí las dos sin hacer nada.

–Te conozco –se puso aún más seria.

–Ya lo sé.

–Entonces deja que la policía haga su trabajo.

Era lista.

Y me conocía demasiado bien.

–Confía en mí, ¿de acuerdo?

–¿Cuándo no lo he hecho?

Di dos pasos, me planté delante de ella y la abracé. No siempre lo hacía. No siempre era ella la que me abrazaba a mí. Pero esta vez fue distinto. Las dos colaboramos en esa fusión, más anímica que física.

–Tranquila, ¿vale?

Asintió con la cabeza.

Cuando salí por la puerta me pareció intuir lágrimas en sus ojos, aunque sabía muy bien que ella jamás lloraría, y menos delante de mí.

Busqué al médico por el pasillo. Una enfermera me dijo que acababa de iniciar su recorrido para visitar a los pacientes. Lo encontré en la habitación 501 y tuve que esperar a que saliera de ella.

–¿Tiene un minuto, por favor? –lo abordé con desparpajo–. He de irme y necesito contarle algo.

–Bien –mantuvo su seriedad–. ¿De qué se trata?

–Ayer me comuniqué con mi padre.

Recibió la noticia con una serenidad casi hermética.

–¿De qué forma te comunicaste con él?

–Le hablé, como me dijo usted, y acabó moviendo un dedo. Le hice algunas preguntas y las respondió. No todas, y vagamente, pero lo hizo. Ahora ha sucedido lo mismo, hace un minuto, aunque de pronto ha vuelto a quedarse quieto.

–Es muy buena señal –esbozó su primera sonrisa.

–No se lo he dicho a nadie, ni a mi abuela.

–¿Por qué?

–Porque sigue estando en peligro, y si se corre la voz de que está reaccionando...

–Entiendo –asintió con la cabeza.

–Tampoco quiero echar las campanas al vuelo, ni darle falsas esperanzas a mi abuela.

–No son falsas esperanzas, querida. Éste es un paso irreversible, me consta. Es un claro indicio de que está volviendo a la vida.

–¿Lo cree en serio?

–Por supuesto.

–Lo malo es que no recuerda apenas nada, cosas sueltas.

–Es lógico, su confusión debe de ser terrible, pero que sea capaz de tener esa pequeña consciencia representa mucho. Abre el camino a cualquier posibilidad de recuperación, cuando menos, cerebral. Todo es cuestión de tiempo.

–¿Y si no lo tenemos?

–Escucha Berta –me sorprendió que recordara mi nombre teniendo tantos pacientes que cambiaban cada día, y a tantos familiares haciéndole preguntas–, sé que estás impaciente, que se te ha caído encima una montaña para la cual nadie está preparado. Pero tiempo es lo único que tiene ahora mismo tu padre. Para muchos enfermos de traumatismos, la recuperación es lenta, dolorosa. Como volver a nacer y partir de cero. Tu padre se ha quedado sin cuerpo, pero por lo que me dices, sigue estando ahí dentro, en su propia cabeza. Es un luchador. Vamos a hacer lo posible por ayudarlo, y espero que quien le haya hecho eso sea detenido. Por desgracia no puedo decirte más.

Era un hombre sincero.

–De acuerdo, doctor. Gracias.

–A ti por contarme esto. Tranquila, que actuaré con tacto, aunque cuanto antes empecemos a comunicarnos con él, mucho mejor. Cuento contigo.

–Sí.

–Tengo que continuar con las visitas.

–Perdone.

–No –me acarició la mejilla.

Le vi caminar un par de pasos y meterse en la habitación 502.

Primero papá, después la abuela y para terminar el médico. Tres pequeños diálogos seguidos, y a cual más importante o...

Salí del hospital repitiéndome aquella palabra una y otra vez.

Arte.

El único de los tres casos que tenía que ver con el arte era el del anticuario, aunque la investigación girase en torno a una nimiedad como que su esposa le era infiel.

Marqué el número de los padres de Laia Huertas sin muchas esperanzas de encontrarles en casa. Sin embargo tuve suerte. Dado que Laia era hija única deduje que la mujer que se puso al aparato era su madre.

–¿Señora Huertas?

–Sí.

–Me llamo Berta. Soy la ayudante del señor Mir, el detective que contrataron para encontrar a su hija Laia...

–¡Por Dios! –me interrumpió con una súbita angustia–. ¡Llevamos dos días llamándole! ¿Sabe algo?

–Lamentablemente, no, señora –puse mi mejor voz adulta–. El señor Mir sigue varias pistas y rastros, confiamos en que...

–No nos dijo que tuviera una ayudante –me interrumpió de nuevo, con más frustración que curiosidad.

No supe qué decirle.

Así que su suspiro de dolor me alcanzó de lleno.

–Esto es... –gimió.

–Necesito hacerle una pregunta, señora.

–¿De qué se trata? –conseguí volver a meterla en la conversación.

–¿Cuál es la mejor amiga de su hija, Lidia Conejo o Beatriz Salvador?

–Beatriz, ¿por qué? Ellas saben algo, ¿verdad? La protegen pero saben algo, seguro.

–¿Podría contarme alguna anécdota que hayan vivido las dos, alguna historia que sepa de su hija y de su amiga?

–No entiendo...

–Es importante, se lo aseguro.

Transcurrieron unos segundos.

Quizá su hija fuese una extraña. Quizá nunca hablasen. Dos mundos viviendo juntos pero en universos separados.

—Hay una cosa, sí —mencionó de pronto, despacio.

La escuché durante dos minutos, sin abrir la boca. Cuando terminó su relato ya no me quedaba mucho más que decir. Me despedí prometiéndole que en cuanto le fuera posible, el señor Mir la llamaría.

Me sentí culpable por ello.

No sabía los motivos de Laia para irse de su casa, ni si era una estúpida o los padres unos trogloditas. Intenté no pensar, sólo actuar. Profesional.

De pronto, lo que estaba en juego era mucho.

Según los datos del informe de papá, las amigas de Laia afirmaban «no saber nada». Tal vez él mismo ya las hubiera interrogado, aunque no le diese tiempo a escribirlo en el ordenador. Mi ventaja era que yo tenía aproximadamente la misma edad que ellas. Eso, y mucho morro.

Lo iba a necesitar.

Beatriz Salvador vivía en la calle Matanzas, cerca de la plaza Maragall. Estudié en el callejero la mejor forma de llegar y enfilé la moto hacia allí. La otra amiga también vivía cerca. Y Laia. Las tres eran del mismo barrio. La casa era vieja, poco lucida. Llamé al portero automático y pegué el rostro a él, pero desde arriba me abrieron sin hacer ninguna pregunta. Subí a pie, pasando del ascensor, y cuando llegué al quinto me encontré con una puerta abierta sin nadie esperándome.

—¿Hola?

Apareció un chico, doce, trece años. Se sorprendió al verme. Tenía las orejas tan separadas de la cabeza que parecía que estuviese a punto de echar a volar. Vestía ropa unas tres tallas más grande que la suya y llevaba la cabeza rapada. No me inspiró confianza, pero le sonreí.

—¿Está Beatriz?

—No.

—¿Tardará mucho?

—No sé. Creía que era ella. Se ha dejado las llaves.

—Necesito verla —puse cara de fastidio.

—Mira abajo, en el bar de la esquina. Siempre está ahí.

—¿Qué pinta tiene?

—¿No la conoces?

—No.

—Es normal, cabello rubio panocha, baja, no sé.

—Bien.

Ni se despidió. Cerró la puerta y bajé a la calle agradeciendo que no me hubiera hecho más preguntas ni se extrañara de que una desconocida no supiera cómo era su hermana.

El bar de la esquina era un local de barrio, menos tasca que otros pero no tan elegante como muchos. Había gente joven en la barra y en las mesas.

Ninguna rubia panocha de estatura baja en el interior.

Pero sí al otro lado de la calle, sentada en una moto, hablando con un chico de más o menos nuestra edad.

Tomé aire, crucé la calle y cincelé la mejor de mis sonrisas en mi cara antes de abordarla.

—Hola, perdona... ¿Eres Beatriz?

El chico, que debía de estar haciendo esfuerzos por gustarle, me miró como se mira a una serpiente que irrumpe en el paraíso. Ella lo hizo con indiferencia.

—Sí.

—Soy Berta —no hice ademán de ir a besarla ni nada parecido—. Estoy buscando a Laia. ¿Sabes dónde está?

El nombre de su amiga hizo que se envarara.

—No.

Ni siquiera preguntó por qué.

—Jo, tía..., pues parece que se la haya tragado la tierra, ¿sabes? —me sumí en una frustrante preocupación—. Sus padres me dicen que no está y pasan de mí. Claro que según son ellos... ¿Le habrá sucedido algo?

—No.

—Es que la llamo y no hay forma —me crucé de brazos—. Desde que sale con ese... No estará embarazada, ¿verdad?

—No seas bestia —se estremeció—. ¿De qué conoces a Laia?

—Coincidimos en una cola, buscando trabajo. Nos dimos las señas y todo eso para avisarnos si alguna pillaba algo. Me habló de ti.

No caía. Seguía en guardia.

—¿Te habló de mí?

–Sí, mucho. Beatriz por aquí, Beatriz por allá... Y también de Lidia. Eres su mejor amiga, ¿no?

–¿Cómo me has encontrado?

–Ah, porque Beatriz me contó lo de esa vez que os quedasteis encerradas en el ascensor de tu casa, y ella se orinó encima y no quería que os rescataran hasta que todo se hubiera secado. Desde luego...

Ya no sabía si poner voz de tonta o si parecerlo. El chico me observaba alucinado. Ella todavía estaba a la defensiva. La anécdota contada por la madre de Laia no le impresionó demasiado.

–Pues de ti no me ha dicho nada.

–Ya, es que desde que sale con ése está un poco tarumba.

Se encogió de hombros.

Pasaba de mí.

–Tú vives ahí, ¿no? –me arriesgué un poco más–. Me dijo que veníais mucho por este bar.

–Oye, se ha ido fuera unos días y no sé dónde está, lo siento –se cansó de la conversación.

–Pero hablarás con ella, o... no sé... Es que tengo un curro, tú... Seguro que se apunta.

–Si me llama le diré que la buscas.

–Berta.

–Sí, Berta.

–Te apunto mi número.

Lo hice con el mayor despliegue de patosidad posible, consciente de que no le sacaría nada y de que había fracasado. Y si además al llegar a casa su hermano le hablaba de mi visita...

–Oye, gracias, ¿eh?

–No hay de qué.

–Adiós –les sonreí a ambos.

Me alejé unos pasos mientras en mi cabeza aparecía la imagen de mi padre riéndose de mi actuación.

Lo suyo tenía mérito.

–Anda que no es difícil sacar información a la gente –suspiré.

Pere Fontanellas era el «pretendiente sin éxito» de Laia Huertas. Los papeles de papá sólo decían eso. Si, como ella o Beatriz, tenía ya dieciocho años o más, quizá estuviese trabajando. Y si no, universitario.

Marqué el número de su móvil y crucé los dedos.

Al otro lado, el zumbido sonó tres veces. Justo lo que se tarda en mirar la pantalla y tratar de reconocer quién llama.

—¿Sí?

—¿Pere?

—Sí.

—Hola, soy Berta —se lo solté con mi recién adquirido desparpajo—. ¿Sabes dónde está Laia?

Un silencio fantasmal flotó a través de la línea.

—¿Pere? —repetí.

—No, no lo sé —reaccionó.

—Pues no entiendo nada —rezongué, para que se notara mi fastidio.

—¿Quién te ha dado mi teléfono?

—Pues Laia, ¿quién iba a ser?

—¿Por qué?

Creía que sería yo la que hiciera las preguntas, así que su duda me pilló de improviso. Dije lo primero que se me ocurrió. Lo que podía interesarle a un chico con un amor frustrado.

—Bueno, me dijo que si alguna vez necesitaba algo, tú eras el indicado.

Otro silencio. O estaba a cuadros o no las tenía todas consigo.

Acelaré un poco.

—Se ha fugado con ese imbécil, ¿verdad?

–Sí –convino él sin ocultar su malestar y cansancio.

–¿Sabes dónde está?

–No.

–Si tratas de protegerla no creo que...

–No la protejo. Simplemente no sé dónde está.

–Mierda. Tengo un trabajo para ella y va la tía y se esfuma.

–Cuando despierte volverá.

–¿Seguro?

–Tú lo has dicho: es un imbécil.

–¿Le conoces?

–Le vi con ella un día. No me cayó bien. Dudo que le caiga bien a alguien.

–Así que es un cuelgue.

–Total.

–¿Y no tienes ni idea de dónde ha podido ir?

–Yo no. Si alguien puede saberlo es Beatriz.

–Acabo de hablar con ella –seguí pisando a fondo–. Pero está a la defensiva. No se fía de nadie.

–Son uña y carne y se defienden, ¿qué esperabas?

Lo malo es que Beatriz no entiende nada. Ni siquiera se ha parado a pensar en la cagada que está haciendo Laia.

–Bueno, las tías cuando nos enamoramos...

–Ya.

–Chaveta perdida. Así son los cuelgues.

–Oye, ¿te dio mi número por si necesitabas algo?

–Sí.

–¿Por qué?

–Dijo que eras el mejor de los tíos.

–¿Dijo eso?

–Sí, sí –lancé un prolongado suspiro–. Es que yo acababa de romper con mi novio, ¿sabes? Estaba hecha polvo. Tres años y ya ves, de pronto, adiós. En el fondo pensó que tal vez congeniaríamos.

–Es increíble.

–Ya la conoces. ¿Cómo se llama el imbécil?

–Cristian.

–¿Cuánto hace que se conocen?

–Apenas tres meses.

–Es como si necesitara estar con alguien.

–Demasiado sensible.

Recordé la fotografía de Laia Huertas, morena, cara redonda, ojos negros, cejas suaves, labios armónicos. Sí, tenía la imagen de una chica dulce, romántica, ensoñadora y sensible.

–Pere, ¿no te interesa saber dónde está?

–Me da igual.

–Venga, tío, no digas eso. Igual está metida en algún lío.

–Ella se lo ha buscado. Pero repito: si alguien sabe algo, ésa es Beatriz.

–¿Y Lidia?

–Puede, pero más Beatriz. Mira... Laia es mayor de edad, ¿no? Pues eso. Cuando se acabe de dar la hostia ya despertará.

–¿Y si es tarde?

–Nunca es tarde –se puso filosófico.

–¿Cómo es el tal Cristian?

–Alto, delgado, calvo. Lleva un tatuaje en el cogote, un símbolo raro. Siempre viste de negro, sandalias, pañuelos, así, medio hippy, ya sabes. Parece un enfermo de sida.

–¿No sabes el apellido?

–No.

–Pero a ti Laia te contaba cosas.

–Sí, se ve que sirvo para escuchar.

–¿Dónde le conoció?

–En un bar, creo. Era la primera vez que ella iba por ahí.

–¿Te dijo el nombre?

–Tapas. Creo que está por el parque de la Ciutadella o el Born, no sé.

Tenía lo que quería.

–Vale, no te molesto más. Perdona, ¿eh?

–No pasa nada.

–Me ha encantado hablar contigo –mentí por si tenía que volver a llamarle.

–¿Quieres que nos veamos?

El chico iba lanzado. No perdía una oportunidad. Por lo visto, las chicas escaseábamos.

—Vale, te llamaré.

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

No hacía ni un par de horas que estaba investigando y haciendo de detective aficionada y ya me caían marrones.

—Bueno —deseé cortar.

—¿Cómo eres?

—Ah, eso es una sorpresa. Así son las citas a ciegas. ¡Chao!

Corté.

Me quedé con el móvil en la mano, mirando hacia ninguna parte, con el corazón acelerado, medio sorprendida por mi desparpajo, medio asustada por moverme sobre arenas movedizas.

Y no había hecho más que empezar.

Tuve que buscar en la guía telefónica y acabar llamando a información. El bar Tapas estaba en la calle de la Ribera, justo al lado del parque de la Ciutadella y por debajo del Born. Detuve la moto en la esquina con Comerç y caminé hasta allí. Fuera tenía una terracita con mesas y dentro se servían comidas y tapas. Dada la hora, aproveché para tomarme un bocadillo. Ocupé una de las mesas y esperé a que apareciera un camarero. Le pedí uno de lomo y queso y un refresco. Mientras esperaba observé al variopinto personal, mezcla de pijas no declaradas, ejecutivos sin corbata y personal más propio del barrio, tíos con mechas a lo rasta y tías con pinta de artista, o sea, indefinibles. También había turistas. ¿En qué rincón de Barcelona no había turistas?

Cuando el bocadillo aterrizó en la mesa, le hice la pregunta al camarero.

—¿Ha venido por aquí Cristian?

Me miró fijamente. Su expresión pasó de la indiferencia a la duda. Era un chico de unos veintitantos, acelerado, cabello ensortijado y mandil manchado. Tenía unos hermosos ojos grises y una boca horrible, las manos grandes y vello asomando por la abertura superior de la camisa.

—No lo conozco —puso cara de no importarle.

—Alto, delgado, calvo. Lleva un tatuaje en el codo, un símbolo raro. Siempre viste de negro, sandalias, pañuelos, así, medio hippy, ya sabes. Parece un enfermo de sida —le repetí exactamente las mismas palabras con las que Pere Fontanellas lo había descrito.

—¿Tú quién eres?

—Berta.

—No te conozco.

—Venga, tío, enróllate —puse la cara de fastidio que pondría una novia desengañada—. Sé que viene por aquí.

Calculó sus opciones.

Y las mías.

–Hace días que no le veo –concedió.

–Vaya por Dios.

–¿Es algo urgente?

–Me ha dejado preñada y prometió que nos fugaríamos.

Entornó los ojos y creo que lo primero que hizo fue calcular: si yo era de las que se lo montarían con Cristian y si llegaba a tanto como para quedarme embarazada.

–Es broma, hombre –le tranquilicé.

–Ya.

–Sé que tiene novia.

–Una monada.

–La conozco. Laia Huertas.

–No sé cómo se llama.

–Bueno, ¿me dices dónde lo puedo encontrar o no?

–Viene por aquí, pero de ahí a saber dónde vive, él o cualquier otro... No les llevo a casa aunque salgan borrachos perdidos, ¿sabes?

–¿Y quién podría echarme un cable?

–Quizá el Chapa.

–¿Y ése quién es?

–El del puesto de la ONCE, más arriba, entre la calle Fusina y Comerç.

–Gracias, eres muy enrollado.

–Ya te digo.

Me dejó sola con mi bocadillo y mi refresco, así que me zampé el primero y me bebí el segundo sin prisa pero sin pausa. Todavía tenía hambre, pero me picaba mucho más la curiosidad. De pronto estaba más cerca de Laia de lo que hubiera podido imaginar.

Papá estaría orgulloso de mí.

El camarero regresó cuando le hice la consabida seña de que me cobrara. Pagué y antes de irme se despidió de mí con una simple palabra de ánimo:

–¡Suerte!

Hice un gesto con la mano y eso fue todo.

No cogí la moto. La dejé donde estaba. Subí por la calle del Comerç y divisé el puesto de la ONCE en el lugar en el que se suponía que debía de estar. En su interior localicé al Chapa, un hombre de unos treinta años, con un ojo blanco y el otro ligeramente

entornado. No supe si escuchaba música o si tenía el baile de San Vito hasta que me acodé en la ventanilla y oí la radio.

–Hola.

–¡Hola, princesa! –me saludó como si nos conociéramos de toda la vida–. ¿Qué número quieres hoy, reina?

De princesa a reina en una sola parrafada.

–Estoy buscando a Cristian.

Dejó de moverse y de sonreír. No sé si me veía con el ojo entornado. Sea como sea, lo centró en mí.

–Oh, Cristian –repitió.

–Me ha dicho el del bar que tú sabes dónde anda.

–¿Y por qué no me buscas a mí? Así ya me has encontrado –recuperó la sonrisa.

–Venga, hombre, no seas malo.

–¡Y la suerte que tiene el cabrón!

–No es por lo que te imaginas. Sé que tiene novia.

Asintió con la cabeza pero la movió a un lado y a otro. Luego apagó la radio y se lo agradecí.

–Hace días que no le veo –la sonrisa se le agrandó más, como si estuviera haciendo un chiste–. O semanas, no sé. Es un culo de mal asiento.

–¿Vive por aquí?

–En Tantarantana –señaló a su derecha–. La casa de las rejas oxidadas.

–Vale, eres un cielo.

–Oh, sí, seguro. ¿No quieres un cupón?

–No tengo dinero.

–¡Pero si te va a tocar, emperatriz!

Princesa, reina y emperatriz.

–Gracias, Chapa.

–¡Bonita!

Volví a subir por Comerç hasta la calle Princesa. Tantarantana surgía de la diminuta plaza Pons i Clerch. La conocía por el teatro, al que había ido ya un par de veces. Caminé despacio, mirando a ambos lados, hasta que finalmente encontré la casa de las rejas oxidadas.

No había otra, así que me detuve frente al portero automático.

Tres timbres.

Pulsé el primero, el más alto.

Ninguna respuesta.

Le di al segundo.

No me abrieron la puerta. Una mujer se asomó al balcón del segundo piso y me soltó un grito muy poco habitual.

–¿Qué quieres?

–Busco a Cristian –levanté la cabeza.

–Hace días que no le veo, y su madre ha salido. ¿Para qué lo quieres?

–Tengo un recado para él.

–Pues vuelve luego, que si me lo das a mí se me olvida seguro. ¿Quién le digo que ha venido, por si me acuerdo?

–Berta.

–Vale –pareció dispuesta a meterse en su piso.

–Soy amiga de su novia.

–¿De qué novia? –me gritó antes de rezongar para sí misma–. Ese chico... –luego volvió a dirigirse a mí–. Mira en el bar, ese que está en la calle Ribera.

–Ya he ido.

–Pues no sé, hija. He de dejarte que llora el crío.

Se fue para dentro.

Había dado con Cristian, aunque parecía tan desaparecido como Laia.

–Hola.

No me había dado cuenta de su presencia.

Un hombre joven, todavía sin cumplir los treinta, sucio, con ropa infecta, el cabello asqueroso, dos o tres dientes menos en la boca y aspecto de pobre diablo, quizá enfermo, quizá con la cabeza del revés. Reía de manera boba.

Iba a pasar de él.

–Dame un pito –me tendió la mano.

–No fumo –intenté esquivarle.

–Hostia, tía, venga, y te digo dónde está Cristian.

Me detuve en seco. No era más que un pobre diablo, repugnante, pero...

Sentí lástima de él.

–¿Sabes dónde está?

–Sí –movió la cabeza de arriba abajo con energía.

–Te compro un paquete si me lo dices.

–Mola.

Me estaba dando cuenta de que ser detective equivalía a gastar. Un poco aquí, otro poco allá. Por eso papá cobraba los gastos aparte. Saqué una moneda de dos euros y una de uno y se las mostré al desconocido.

–¿Dónde?

–Dame el dinero, que si echas a correr me ganas.

Le di la moneda de un euro.

–¿Dónde?

–En Gràcia, en la calle Topazi. Está de okupa en una casa.

–¿Qué casa?

–No sé, una que tiene pintadas. No es una calle muy larga, ¿sabes? Cristian es un buen tío, se enrolla.

Me lo contó a mí –se dio importancia–. ¿Vas a darme eso? –señaló la segunda moneda.

–¿No me engañas?

–¿Por qué iba a engañarte? –puso cara de tristeza por dudar de él.

–Vale, toma –le di los dos euros.

–Putra madre –los guardó en uno de sus bolsillos aunque, por si acaso, no sacó la mano–. Y eso que un paquete vale más.

–Lo otro lo pides.

–Hostia... –exhaló alargando la última vocal.

Le di la espalda y caminé calle abajo en busca de mi moto.

Me paré a echar gasolina.

Mi asignación menguaba demasiado rápido y de la forma más inesperada.

La calle Topazi era pequeña, cierto. Comenzaba en la plaza del Diamante, la famosa plaza del Diamante de la Rodoreda, que me habían hecho leer en la escuela hasta odiarla, y terminaba en un cerrado ángulo a la izquierda que desembocaba en la calle Betlem. El primer tramo era peatonal así que tuve que dar un pequeño rodeo para llegar hasta ella. Detuve la moto en la esquina de Rubí, en un amplio espacio dedicado exclusivamente al aparcamiento de motos, y descubrí que estaba allí mismo, a unos diez metros calle arriba, antes de llegar a la siguiente calle que era la de Biada. Se trataba de un edificio de sólo dos plantas, pequeño. Pintadas libertarias, banderas, un par de retales blancos con consignas escritas en rojo... En las casas vecinas también había letreros y carteles, pero mostrando su oposición a su presencia.

La eterna lucha.

Dudé entre quedarme fuera o entrar. Por un lado, me podía la impaciencia. Por el otro, sabía que no era prudente descubrirme. Si empezaba a hacer preguntas los alertaría y probablemente desaparecerían. Lo único que quería saber era si la pareja estaba allí, nada más.

Cerrar el caso.

Mi primer caso resuelto.

Porque lo había resuelto, y en un solo día.

—¡Ah, papá...! —suspité—. Igual tienes razón. De algo ha de servirme ser lista.

¿Qué haría él? No tenía ni que preguntármelo: hacer un informe, llevárselo a los Huertas, decirles dónde estaba su hija, cobrar y... adiós.

Pero yo no era mi padre.

A mí, en el fondo, me importaba muy poco que la tonta de Laia se hubiera fugado con

su impopular novio. Si discutía con los padres... Si había mal rollo en casa, igual se lo merecían. De todas formas, ¿por qué tenía que ser tonta? Una chica enamorada y punto. ¿No se hacen las cosas más raras por amor? Vivir y dejar vivir.

Yo no estaba investigando los tres casos como un trabajo. Lo hacía para buscar a un asesino.

Y todavía me quedaban dos, el de un presunto colgado al que su padre quería atar corto y el de la esposa infiel y el amante misterioso.

Me senté en la moto y me quedé allí.

Esperando.

Había un bar, pero desde dentro no podía ver nada. La economía tampoco estaba radiante. Y desde la plaza, a esa distancia, no se veía muy bien quién entraba o salía de la casa de los okupas.

La primera hora fue aburrida.

La segunda pesada.

La tercera...

«El trabajo de un detective consiste en un 70% de esperas, un 20% de seguimientos, un 5% de instinto y un 5% de suerte.» Conté siete personas entrando y cinco saliendo. Todos parecían cortados por el mismo patrón: chicos y chicas con un sello de marca, ropa vieja e informal, al margen de los cánones y las reglas, aspecto de nuevos hippies del siglo XXI o reciclados según los cánones. Como mucho, al mayor le habría calculado unos veintiséis o veintisiete años. Un mundo que, desde fuera, parecía excitante, abierto.

El mundo sin normas.

Yo prefería sentirme libre de otra manera.

Aunque la idea de vivir al margen de los convencionalismos siempre resultaba atractiva.

A media tarde aparecieron ellos.

Cristian y Laia. Laia y Cristian.

A ella la reconocí por la foto escaneada del archivo de mi padre. A él por la descripción de Pere Fontanellas. Laia llevaba una falda muy larga, hasta los pies, blanca y amplia. Vestía una blusa del mismo color, muy liviana, gastada, y se sujetaba el pelo con una cinta roja. Él, de negro, tendría unos veintitrés o veinticuatro años. Cargaban sendos morrales a la espalda, como si regresaran de vender abalorios en alguna parte. Doblaron por Biada, bajaron por Topazi y se metieron en la casa en silencio.

Esperé diez minutos más, pero ya no salieron.

Primeros candidatos, localizados.

Romeo y Julieta en versión okupa.

Era jueves. No podía seguir a Martín Bermell hasta el día siguiente por la noche. Eso me dejaba con una sola posibilidad de continuar mis pesquisas.

Alejo Bermúdez, su esposa Elisenda y el hombre misterioso.

La única pista era el hotel en el que se veían. Incluso, con un poco de suerte, igual les pillaba y podía seguirle a él para descubrir su identidad. Según el informe de mi padre, la semana anterior se habían encontrado el martes 11 y el jueves 13. Si ésos eran los días afortunados...

Subí a mi moto y volví a circular por Barcelona a la hora del tráfico. De Gràcia a la parte sur del Ensanche. No tenía ni idea de qué iba a hacer, ni cómo, hasta que detuve la moto en la acera y miré el pequeño y coqueto edificio. No era un lugar lujoso. Era discreto por los cuatro costados. El sitio ideal para una cita romántica si nadie hace preguntas de por qué una pareja alquila una habitación sólo para una hora o dos.

Papá era hombre de método. Yo no.

Podía quedarme allí, tentando a la suerte, por si se veían martes y jueves y pensaban acudir a su encuentro, o podía coger el toro por los cuernos y ahorrarme un montón de horas de espera.

La idea era tan simple que me hizo sonreír.

Y desde luego ni siquiera quise pensar en ella demasiado. Crucé la calle, entré en el hotel y me planté delante del mostrador de recepción.

Tuve suerte.

El recepcionista era un hombre de aspecto atildado, comedido, peinado con raya a un lado, gafas redondas y sonrisa displicente. Vestía un uniforme de color marrón claro y ladeaba la cabeza hacia la derecha como gesto de su puesta en escena. Llevaba una placa con su nombre: Alberto Gil.

—Buenas tardes —me dirigió una mirada complaciente.

—Hola —saqué la foto en la que se veía a la señora Bermúdez y a su compañero a las puertas del hotel y se la coloqué delante, para que la viera bien.

Su cara cambió antes de que se lo preguntara.

—¿Los conoce?

Abrió y cerró la boca. Debía de ser la primera vez que se encontraba con algo así.

—Éste es su hotel, y ellos vienen a menudo —quise dejarlo claro.

—Yo...

—Señor Gil —le llamé por su nombre—. Sólo quiero saber quién es él, nada más.

El color empezó a regresar a sus mejillas.

—Comprenda que... yo no... Esto es... —tartamudeó sin terminar ninguna frase.

Una vez, en la escuela, participé en una representación teatral. A mí la experiencia no me gustó nada, pero le puse alma, mucha alma, y empeño, mucho empeño. Todos dijeron que había estado genial. Papá y mamá los primeros. La abuela fue la única que dijo: «Has sobreactuado un poco».

Nunca volví a hacer teatro, aunque me lo pidieron los dos años siguientes.

Jamás he olvidado aquello.

Me llevé las manos a la cara y rompí a llorar.

Me habría gustado verle la cara en ese momento al conserje.

—Oiga, por favor... —me trató tan de usted como el inspector Sanllehí.

—Es... mi madre... —gemí hecha un mar de lágrimas—. Ayú... deme...

Las lágrimas eran de verdad. Una de mis facultades. De hecho no había llorado cuando mamá me dijo que se había enamorado de otro hombre y que se iba con él. No pude llorar. Lo que sentí entonces fue rabia, mucha rabia. Pero cuando me lo proponía, me resultaba fácil. Aparté las manos y le mostré mi rostro desnudo al conserje del Turquesa.

Por suerte no había otros clientes cerca, ni en el mostrador, aunque él miraba el hall arriba y abajo angustiado por la escena.

—Yo no puedo... —insistió de nuevo sin acabar la frase, subiendo y bajando la nuez de su garganta con violencia, como si dentro tuviera un ascensor inquieto.

—Se ven aquí —puse mi dedo sobre la parte de la foto en la que se veía la entrada y el rótulo del hotel—. ¡Sólo quiero saber quién es!

—Comprenda que no puedo darle esa información, señorita —empezó a recuperarse.

Era todo o nada.

—¡Si deja a mi padre él se matará!, ¿sabe? ¡Mi padre está loco por ella, la quiere mucho! ¡Puede ser sólo una aventura, pero necesito estar segura! ¡Yo...! ¡Yo quiero saber quién es!

Ya no hablaba ni lloraba: gritaba.

Y mucho.

Trató de impedirlo.

—¡Por favor, baje la voz! ¿Quiere callarse?

—¡No! —creo que hasta los muros del edificio temblaron—. ¡No me iré de aquí hasta que no me lo diga! ¡Ustedes tienen ficha de los clientes! ¡Me quedaré aquí, gritando, y me da igual que venga la policía! ¡Éste es un hotel que recibe parejas de amantes! ¡Que lo sepan sus clientes!

—No puede...

Sí podía.

Se lo demostré.

Intentó taparme la boca, pero me aparté y quedó colgado sobre el mostrador. Hubiera reído de no ser por lo que estaba en juego. Me bastaba con recordar a mi padre en la cama del hospital. Apreté los puños y mi siguiente chillido fue tremendo, como si me hubiese golpeado. Eso ya le acabó de hundir la moral. Seguíamos solos, pero en cualquier momento podía entrar o salir alguien. Lo que tardarse en rodear el mostrador era una eternidad comparado con lo que podía hacer yo, completamente loca e histérica.

Me miró inquieto, pálido.

Luego tocó fondo.

—Está bien... —puso las dos manos en forma de pantalla—. ¡Está bien, cálmate! —me tuteó al fin—. Voy a ver, ¿vale? ¡Pero cálmate, deja de gritar!

Me calmé y dejé de gritar.

Se puso a manipular un ordenador con gestos rápidos. Sudaba. La nuez continuaba su baile arriba y abajo. Cuando encontró lo que buscaba me miró con una mezcla de resentimiento y derrota. Creo que contó hasta tres, para serenarse, antes de decirme:

—Se llama Mauro Hernán Murillo.

—Su dirección.

Apreté las mandíbulas.

—No...

—Su dirección.

Ya no lloraba. Ahora le tenía y no era necesario. Yo era una roca.

—Si se entera alguien de que yo...

—No lo sabrán.

—Es un cliente...

—Le juro que nadie sabrá de dónde he sacado la información. Podría quedarme ahí

fuera todas las tardes, esperar a que vinieran y luego seguirle a él.

—¿Por qué no lo haces?

Ni le respondí. No era necesario.

—Está bien —se rindió—. Vive en...

—Escríbala. Y que sea de verdad o volveré.

Lo hizo, en un papelito. Se cuidó mucho de que no apareciera el nombre del hotel ni nada que lo relacionara. Me lo entregó, le eché un vistazo para estar segura y retrocedí sin darle la espalda, no fuera a lanzarme un cuchillo.

Nuestros ojos se despidieron cuando atravesé la puerta que daba a la calle.

Antes de olvidarme de él, vi cómo se pasaba una mano por la frente.

La señas del tal Mauro Hernán Murillo pertenecían a la parte alta de la ciudad, calle Bosch i Gimpera, muy cerca de Pedralbes. Lo único que hice fue pasar por delante con la moto, despacio, para ver el edificio, una de esas casas a los cuatro vientos, obra vista, terrazas más grandes que nuestro piso, lujo y sensación de postín en sus cinco plantas. Ya era tarde, así que no supe si quedarme a vigilar o no.

Finalmente decidí que no.

Por un día era suficiente.

Había encontrado el paradero de Laia y descubierto el nombre y las señas del amante de la señora Bermúdez. Probablemente papá también lo hubiese hecho entre el sábado y el domingo, pero no le había dado tiempo a escribirlo en el ordenador. Me sentí orgullosa y satisfecha, aunque todavía no supiese quién y por qué había atentado contra su vida.

La forma de sonsacar a la amiga y el amigo de Laia, cómo había manejado al tipo del bar, al de la ONCE o al mendigo, y sobre todo mi actuación en el hotel...

Era hija de mi padre.

Con mis propias armas, pero hija de mi padre.

Tuve que parar de pronto la moto porque sonó el móvil. Me quité el casco y respondí antes de que saltara el buzón de voz. El tono de la abuela no dejaba lugar a dudas.

—¿Dónde estás?

—Iba a buscarte.

—Huyendo no escaparás de esto, cariño —me flageló con ternura.

—No estoy huyendo.

—¿Qué haces entonces?

No quería decirle la verdad, pero tampoco engañarla.

—¿No estarás buscando al que le hizo esto a tu padre?

—No —mentí insegura.

–Berta...

–Voy a buscarte y hablamos.

–Quiero quedarme a dormir aquí.

–No –fui tajante–. Si no te cuidas, tú acabarás enferma. Papá no va a moverse, ni pedirá agua a medianoche. Vamos a casa y procuramos estar fuertes para lo que nos espera.

–¿Y si quiero quedarme?

–No te dejaré.

Escuchamos el silencio. No duró demasiado.

–Está bien.

–No tardo ni diez minutos.

–¿Vas en la moto?

–Sí.

–Entonces no hace falta que vengas a por mí. Nos vemos en casa.

–De acuerdo –suspiré–. Hasta ahora.

Corté la comunicación y cuando me estaba poniendo el casco sonó por segunda vez el móvil. Vi el número de pasada antes de descolgar y enfrentarme a Alfredo Sanllehí.

–Hola, inspector.

–¿Cómo está?

–Bien –odiaba las fórmulas de cortesía–. ¿Algo nuevo?

–Sí. Hemos encontrado el coche.

Me envaré.

–Bien.

–Es un Toyota Land Cruiser, una auténtica bestia, robado, limpio de huellas, aunque todavía lo están examinando a fondo.

–O sea que por ahí no vamos a encontrar nada.

–Es pronto para saberlo. Tiene rastros del impacto con el coche de su padre y las huellas de la carretera se corresponden. Está claro que su padre frenó y el otro apretó el acelerador para tirarlo por el barranco. El que lo robó tenía mucha prisa en perderlo de vista, porque ha aparecido en la avenida del Hospital Militar, al pie de la Rabassada. Lo abandonó nada más cometer el delito.

–¿Y el dueño?

–Lo denunció por la mañana, al salir de casa y ver que no estaba donde lo había

aparcado. Nos ha dicho que lo dejó el día anterior a eso de las seis de la tarde. Se llama Agustín Pérez Soto.

—Vale.

El mismo silencio que había aparecido unos minutos antes entre la abuela y yo se instaló en la línea entre nosotros.

Y de pronto, Alfredo Sanllehí cambió no sólo su tono de voz, frío y profesional, sino también su forma de dirigirse a mí.

—Berta, ¿estás bien?

Se me aceleró el corazón y, pese a mis éxitos del día, me sentí como una completa mierda.

—No.

—Hacemos lo que podemos.

—Lo sé.

—Ni siquiera tendría por qué contarte todo esto.

—Gracias —lo admití.

¿Y si era sospechosa y lo hacía para tenderme una trampa?

Además de estúpida me sentí peliculera.

—También estamos trabajando en el ordenador, pero sabemos algo: por las cuentas bancarias de tu padre por lo menos estaba trabajando en tres casos. Hizo tres ingresos iguales, lo cual nos permite deducir que eran tres adelantos. También cerró dos casos anteriores.

Me puse roja.

Era bueno. Y yo una idiota por no habérselo dicho todo antes.

Ahora era tarde.

—Por último, el móvil —continuó hablando, pausada y racionalmente—. Telefónica nos ha dado la relación de llamadas hechas y recibidas. Vamos a comprobar los números, aunque puede que eso nos lleve unos días.

—¿Por qué me cuenta todo esto si, como acaba de decir, no tiene por qué hacerlo?

—Porque sé lo que es estar solo y con el mundo desmoronándose a tu alrededor. En esos momentos hay que agarrarse a algo, creer en algo. Quiero que sepas que vamos a pillar al que lo hizo, tarde o temprano. Con dieciocho años puedes pensar que la vida es una porquería, y no es cierto. Hay que confiar en algo, siempre.

—Bien —me sentí tan perpleja como extraña.

–¿Tú has averiguado algo?

–¿Yo? –la pregunta me sorprendió–. No.

–Bueno, era por si... Ya sabes.

–Le agradezco que me enviara a ese policía –dije de pronto.

–No voy a poder dejarlo mucho tiempo, te lo advierto. A estas alturas, quien lo hizo, o cree que le mató o ya sabe que está inconsciente y momentáneamente no puede hablar. Ojalá crea que el golpe borró su memoria inmediata.

–Entiendo.

No había mucho más que decir.

–Buenas noches, Berta –se despidió con amabilidad.

–Buenas noches, inspector –le deseé yo.

No me pidió que le tuteara ni yo lo creí oportuno. Era un hombre que me doblaba la edad, policía, un bicho raro.

Si supiera que yo me estaba metiendo en el caso hasta las cejas, seguro que la bronca no me la quitaba nadie. Era capaz de empapelarme o, incluso, enchironarme.

Guardé el móvil y, esta vez sí, conseguí meterme el casco, arrancar la moto y volar hacia mi casa, a pelearme, discutir o hablar con la abuela.

La abuela tardó media hora en llegar.

La esperé como una fiera enjaulada, y cuando oí su llave en la cerradura, me preparé. Fui a la cocina y fingí hacerme la cena como si no pasara nada. Ella fue a su habitación, se cambió de ropa, cosa que hacía siempre al llegar a casa, y finalmente apareció a mi lado.

—¿Te hago algo?

—No.

—Abuela...

—Berta... —me dijo en el mismo tono.

Se sentó en una de las tres sillas de la mesa de la cocina. Eso indicaba que la cosa iba para largo. Yo ya no pude resistir más aquella mirada cargada de intenciones y hundida en mi espalda, así que me volví y me enfrenté a ella.

—Papá se comunica conmigo mediante el dedo índice de su mano derecha.

Conseguí mi objetivo.

Desarmarla por completo.

—¿Cómo... dices?

—Cada vez que le hablo, muy cerca, y sostengo su mano entre las mías, mueve el dedo. Si le hago una pregunta, un movimiento es un sí y dos un no.

—Entonces... —se le iluminaron los ojos.

—El médico me ha dicho que es una buena señal, pero no definitiva. Significa que probablemente salga de su inconsciencia, aunque no sabe cuándo. Seguirá paralizado, eso es irreversible, pero al menos se comunicará con nosotras, aunque sea así, moviendo un dedo.

Tuve que dar un paso y abrazarla. No lloró, pero se deshizo como un helado al sol. Oí su respiración en mi vientre y me tomé mi tiempo, para dejar que se serenara.

—¿Cuándo...?

—Fue bastante inesperado. Ayer, esta mañana... Y además no es constante, unas veces lo hace y otras no, y se queda de nuevo inmóvil. No recuerda nada del incidente, es como si viviera en una nebulosa de la que, de vez en cuando, sale, o en la cual encuentra algo.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Perdona.

—No, dime por qué.

—No lo sé —hice que me mirara a los ojos sosteniendo su arrugado rostro entre mis manos—. Primero quería estar segura, no crear falsas expectativas, y no puedo olvidar que han intentado matarle. No quiero que nadie sepa eso, salvo el médico y tú. Si la persona que lo hizo teme algo, quizá lo intente de nuevo. Así que es por su seguridad.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—Porque prefiero ser yo la que le pregunte, y además no recuerda nada, sólo tiene destellos de lo que hacía o investigaba. No quiero que lo sepa nadie más.

—Desde luego...

—¿Qué? —lamenté.

—Eres hija de tu padre.

—Yo misma me he dicho eso esta tarde.

—Tozuda, rebelde, independiente...

—¿Y eso es malo?

—A veces sí. Estás jugando con fuego.

—¿Yo? —me hice la inocente aunque sabía a qué se refería.

—¡Deja a la policía que haga su trabajo!

—¡Ya lo hace!

—¿Y si te pasa algo a ti?

—No me pasará nada.

—¡Tu padre es un profesional, descubrió algo y mira cómo está! ¡Quisieron matarle, por Dios! ¿Quién te crees que eres tú para pensar que no va a sucederte nada?

—También lo hago por el dinero —se me ocurrió decirle de pronto—. Si cierro un par de

casos de los que tenía entre manos, me los pagarán. No estamos en nuestro mejor momento, ¿vale? Necesitamos dinero.

—¡Ay, Dios! —levantó las manos al cielo—. Te veo venir.

—¡Abuela, no tengo trabajo, no quiero quedarme todo el día en el hospital! ¡Puedo hacer algo más que eso!

—¡Tú no tienes experiencia!

—¡Pero soy hija de papá, tú misma lo has dicho! ¡Y no soy tonta!

Era una batalla perdida. No iba a convencerla. La dejé tal cual y regresé a la encimera para controlar la sopa que me estaba preparando. No tenía apetito pese a haberme tomado sólo un bocadillo a mediodía. Detrás de mí sentí todas las emociones y sensaciones que destilaba.

—Prométeme que tendrás cuidado.

—Te lo prometo.

—Ese policía...

—Tengo su teléfono, descuida. No soy idiota.

Calló unos segundos. Yo acabé de calentar la sopa, me la serví en un plato, cogí queso de la nevera y a falta de pan del día lo acompañé con unas galletas. Luego me senté enfrente de ella.

—¿El médico te ha dicho que es buena señal? —me preguntó.

—Sí, claro.

—¿Y tu padre...?

—No creo que sea muy consciente de lo que le está sucediendo. Habrá que esperar, no te tortures —no supe cómo tranquilizarla.

—Mi pobre Cristóbal... —bajó la cabeza.

Alargué la mano, presioné las suyas, unidas sobre la mesa, y ya no hubo más.

Cené y me metí en mi habitación, para ver lo que encontraba en Internet. Papá había dicho ARTE. Alejo Bermúdez era anticuario. Eso guardaba relación con el arte, ¿no? Era mi única pista. Saqué de mi bolsillo todo lo que había imprimido, lo alisé y tecleé la dirección de su web, www.alejobermudezcaastro.com.

Durante cinco minutos navegué por ella, y era interesante. Su tienda no sólo parecía tener pedigrí sino que ofrecía auténticas piezas de valor, tanto económico como histórico. Allí había restos egipcios, mesopotámicos, objetos de culturas tan dispersas como la peruana, la china o las de varios países africanos, cuadros de diversas épocas y estilos...

Una cueva de Aladino en versión moderna. Y parecía legal. No iba a estar en la red si no lo fuese. Anoté las señas, calle Valencia, cerca del paseo de Gràcia, y entonces puse en el buscador el nombre de su segunda esposa, Elisenda Roig Auladell.

Nada.

Muchos Roig, muchos Auladell, pero ninguno unido bajo el aspecto de una sola persona.

Tecleé el de su amante: Mauro Hernán Murillo, aunque lo de Mauro quizá fuese por Mauricio.

Ahí sí tuve suerte.

Era conocido, pero más aún su padre.

Mauro Hernán Murillo era hijo de Héctor Hernán Crusat, propietario de la naviera Medimar. En la web de la naviera vi una foto del Gran Hombre, porque tenía que serlo. Setenta y tres años, rico, mecenas, coleccionista de arte... Pasta por un tubo. Su hijo Mauro tenía cuarenta y cinco años, fama de playboy, guaperas y soltero. Medimar tenía un montón de barcos, hacía cruceros, se dedicaba al transporte y hasta disfrutaba de una licencia para tener líneas regulares entre Barcelona y Mallorca, Génova...

—Joder... —suspiré.

Gente poderosa. Altas esferas. Influencias. Dinero. Dinero. Dinero.

¿Serían capaces de matar a un detective privado?

Tal vez, si el caso era lo bastante importante.

¿Un adulterio?

Por un lado, el tal Mauro era soltero. Por otro, quien había encargado el caso a mi padre era el afectado, Alejo Bermúdez.

No tenía sentido.

Me quedé mirando la pantalla del ordenador durante unos segundos, reflexionando, y luego me di un paseo por algunas páginas en las que aparecía Mauro Hernán Murillo. Básicamente páginas rosa, él con tal modelo, él con tal actriz, que si entregando un cheque con su padre para una causa benéfica, que si con el embajador de X, que si negociando una nueva vía marítima con el representante de Z...

Todo un carácter que, de pronto, y pese a tener a las mujeres más bellas y jóvenes, se liaba con la esposa casi cuarentona aunque muy guapa de un viejo anticuario.

Y la llevaba a un hotel, dos o tres veces por semana, pudiendo montárselo en su propia casa.

¿Por qué?

Unos ruiditos en la ventana eclipsaron mis pensamientos. Sonreí. Desde que éramos niños, Leonardo y yo habíamos utilizado ese método para hablarnos e intercambiar cosas, cómics, libros o discos. Nuestras ventanas estaban separadas por menos de dos metros, formando un ángulo recto. Bastaba con alargar la mano para pasarnos cosas, o usar un palo para golpear nuestros respectivos cristales. Leonardo se me había declarado a los dieciséis años y yo le di calabazas. Era un buen chico, algo inseguro, tímido, pero mi mejor amigo. Sabía que seguía enamorado de mí, pero ya no insistía. Prefería tenerme así que no tenerme de ninguna manera. Y yo se lo agradecía, porque me gustaba hablar con él, de todo, de libros, cine, lo que fuera. Lo que más deseaba era que tuviera novia y fuera feliz, algo que no parecía probable por el momento.

Abrí la ventana y me sentí cómoda apartándome por unos segundos de todo lo que poblaba mi mente.

—Hola, Leo.

—¿Cómo está tu padre?

—Igual.

—Un palo, ¿no?

—Un palo —asentí.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras, ¿verdad?

—Sí, tranquilo.

—¿Estás bien?

Me encogí de hombros. Todo el mundo me lo preguntaba. Al inspector le había dicho que no, la verdad. A Leonardo no quería preocuparle, ni que ejerciera de «hombre protector». Siempre he aborrecido inspirar lástima, que me den la palmadita de conmiseración en la espalda o que alguien pensara que debía protegerme por ser una chica o por cualquier otra cosa. No quiero hombros sobre los que llorar sino cabezas con las que pensar.

—Esto es duro, pero...

—¿Quieres estar sola o te apetece charlar un rato?

Y descubrí que me apetecía.

Con él. Con mi amigo.

Una hora después, cuando me acosté, me dio por hacerme preguntas, como por ejemplo: ¿por qué no tenía yo una «mejor amiga» o confidente? ¿Y por qué no la había

tenido nunca? ¿Por qué me costaba mucho menos tener amigos a los que hacer confidencias aunque, como siempre se dice, la amistad entre un chico y una chica no existe porque uno u otra acaban derivando hacia el amor? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Tan rara era?

Entonces comprendí que lo sucedido con mi padre, además de la tragedia que implicaba, me estaba enfrentando conmigo misma como jamás me había enfrentado, obligándome a hacerme preguntas, a encontrarme cara a cara con mis fantasmas, chocar con mis miedos.

Me dormí pensando en ello y tuve pesadillas.

Lo primero que hice al llegar al hospital por la mañana fue preguntar si alguien se había interesado por mi padre.

–Llamó su tío, sí –me informaron en recepción.

Un sudor frío me cubrió de arriba abajo.

–¿Mi tío?

–Sí.

No daban información como no fuera a parientes directos. Tenía sentido.

–¿Dijo su nombre?

–No recuerdo.

–¿Y era voz de hombre?

–Sí, eso sí.

–¿Qué le dijeron?

–Pues... lo que sabemos, que el señor Mir está grave, inconsciente, que ha sufrido un traumatismo...

Escuché la explicación como si se tratara de otra persona. Le di las gracias y subí a la habitación.

El policía estaba allí, pero no era el mismo del día anterior. Éste parecía mayor, cuarentón. Tenía cara de aburrido.

Seguía sin querer hablar con papá cuando la abuela estaba delante, porque necesitaba intimidad y libertad para hacerle las preguntas que necesitaba. Pero tampoco era plan echarla de la habitación, así que esperé de nuevo a que ella fuera a tomar algo al bar. Por raro que pareciera, la abuela no quiso hablarle. Dijo que mejor lo dejaba descansar.

Creo que tenía mucho miedo.

¿Cómo se le habla a un hijo muerto en vida?

En cuanto ella me dejó sola con él, no perdí ni un minuto.

—¿Papá?

Le acaricié la mano, la frente. Le di un beso en la mejilla. Bajo el vendaje, en lo poco que se veía de su piel, su aspecto seguía siendo igual de aparatoso, con la carne tumefacta, un alucinante color violáceo que derivaba en diversas tonalidades inundando su geografía.

Esperé su respuesta, el movimiento de aquel dedo.

Pero no llegó.

—Papá, soy yo, por favor...

¿Y si «dormía»? ¿Cómo serían ahora «su noche» y «su día»?

Esperé un poco más.

Volví a la carga.

—Papá, dime algo.

Insistí un minuto, dos, hasta que empecé a desesperarme porque no sabía si había vuelto a su sueño eterno o simplemente es que no lograba conectar con él.

No sé por qué, pensé en mamá, en el cabrón con el que se había ido, un completo baboso capaz de volverle el cerebro del revés. Y eso me llevó a Mauro Hernán y a su amante.

—Papá —acerqué mis labios a su oído sin soltarle la mano—, no lo he hecho tan mal, ¿sabes? Hoy seguiré a ese chico, Martín Bermell, para acabar el primer informe que hiciste. Ayer descubrí lo de Laia Huertas, y di con el amante de la señora Bermúdez...

El dedo.

Ahí estaba.

—¡Papá!

Otra vez el roce. Uno. «Sí.» Quise estar segura.

—¿Me oyes?

El dedo se agitó una vez.

—Todo va bien —quise tranquilizarle—. Pronto saldrás de ahí —no supe cómo describirlo, porque ignoraba si era un mundo oscuro o luminoso—. Ahora necesito que me ayudes, por favor.

Otro sí.

—¿Recuerdas ya algo del accidente?

Dos movimientos del dedo.

—Me dibujaste la palabra «arte» en la palma de la mano. ¿Por qué?

Tardó un poco en reaccionar. Cuando lo hizo, su dedo empezó a trazar formas.

Me concentré en ellas.

Una F, una A, una L, una S, una I, una F...

Pareció quedar exhausto con la última, de hecho casi ni la interpreté.

—¿Falsif...? ¿Falsificación? ¿Falsificaciones?

Temí haberle perdido, porque no hizo nada y los segundos nos envolvieron con su pausada tensión emocional.

—Papá, sigue.

El dedo subió y bajó.

«Sí.» Falsificación o falsificaciones.

—¿Tiene que ver con Alejo Bermúdez?

De nuevo un sí.

—El amante de su mujer se llama Mauro Hernán, y es hijo de Héctor Hernán, el de la naviera. Ese tipo está forrado, y es coleccionista de arte.

Papá movió el dedo arriba y abajo aunque sin mucha energía.

Se apagaba.

—¿Sí, qué?

Y volvió a trazar aquellas letras, la F, la A, la L...

—Falsificación, sí —le detuve—. Pero ¿de qué?

Me marcó las cuatro letras que yo ya conocía: arte.

—No entiendo, papá —me desesperé—. Falsificación, o falsificaciones, sí, y de arte, pero ¿qué tiene que ver eso con lo tuyo, con la infidelidad de la señora Bermúdez, con...?

Probablemente tuvo que buscar la palabra por los recovecos de su cerebro, porque de nuevo tardó un puñado de interminables segundos en deslizar su dedo sobre mi mano.

Leí las letras.

—V... E... N... G... A... N... Z... —se agotó con la última.

«Venganza.» Miré hacia la puerta. Me mordí el labio inferior.

Papá había averiguado algo el día que intentaron matarlo. Regresaba de alguna parte por la Rabassada. Si antes resultaba evidente, ahora tenía la prueba.

«Arte», «Falsificación», «Venganza».

Aquello involucraba a los Hernán tanto como a los Bermúdez.

—¿Quién pudo ser? —le pregunté.

Ya no hubo respuesta.

Esperé.

Insistí.

—Papá, ¿sigues ahí?

Movió el dedo afirmativamente.

—¿Quién crees que lo hizo, el amante, la esposa...? ¿Quién?

Escribió cinco letras, cada vez más toscas, cada vez más despacio.

«C... O... C... H... E...» —¿Coche? ¿Tu coche?

Dijo que sí.

—Tu coche quedó... —no, tenía que ser más concreta—. ¿Qué hago con tu coche?
¿Dónde...?

«G... U... A... N... T...» —¿Guantera? ¿La guantera de tu coche?

Otro sí.

—Escucha —le hablé despacio, al oído—, el que te apartó de la carretera se llevó tu móvil y tu cámara. Debiste de fotografiar algo. Por suerte te dio por muerto. Te quitaría también lo que hubiera en la guantera.

Dos movimientos de su dedo índice.

«No.» —¿Por qué?

Y volvió a escribir las primeras letras, sólo que esta vez fueron únicamente tres:

G... U... A...

La guantera de su coche destrozado.

Allí había guardado algo, quizá un comprobante, quizá una carta, quizá...

Algo que el asesino no se pudo llevar junto con el móvil y la cámara.

Algo pequeño.

La mano estaba quieta.

—Bien —le besé de nuevo en la mejilla.

Ninguna reacción.

En ese momento entraron dos enfermeras. Para lavarle, cambiarle el suero, la sonda...

—¿Puede salir, por favor? —me sonrió la mayor.

—Sí, claro —me rendí.

Salí al pasillo. El policía me observó mientras caminaba de un lado a otro. Ese momento coincidió con la visita del médico, que hacía su ronda como cada mañana. Cuando llegó hasta mí las enfermeras ya habían salido de la habitación pero yo le esperé en la puerta. Entramos juntos y se lo dije:

–He vuelto a comunicarme con él, parece más lúcido, pero también me ha dado la impresión de que se cansaba. No es que recuerde mucho, pero...

–Sigue hablándole cada vez que puedas, aunque no le hagas preguntas. Cansado o no, si es que lo está, tu voz es ahora la mejor medicina. Es como si estuviera en el agua, ahogándose, y tú le hubieras lanzado un salvavidas atado a una cuerda. Cuanto más tires de ella, mejor.

–Se lo he dicho a mi abuela, pero no a la policía.

–¿Por qué?

Me encogí de hombros y bajé los ojos al suelo.

–Tendrás que decírselo. Quizá quieran interrogarlo ellos.

–¡Pero si no puede...!

–Respetaré tus decisiones. Yo tampoco quiero que le atosiguen. Pero debes tenerlo en cuenta.

–De acuerdo –quise cambiar de tema–. Sigue siendo buena señal, ¿verdad?

–La mejor –asintió con la cabeza mientras le echaba una ojeada desde los pies de la cama–. Está llenando sus lagunas, recuperando la memoria despacio. Lo normal es que recuerde detalles, retazos inconexos de ese día y de los anteriores. Si conseguimos que abra los ojos y recupere un nivel de consciencia mayor, habremos dado el paso más grande.

Me imaginé a papá en casa, o donde fuera, inmóvil, comunicándose conmigo o con la abuela con el dedo índice de su mano derecha aunque tuviese los ojos abiertos.

Me vine un poco abajo.

–Ánimo –captó mis pensamientos–. Sé fuerte.

Me tocaba serlo.

Cuando alguien lo dice parece fácil. Cuando eres tú la que tiene que serlo...

Acompañé al doctor hasta la puerta y nos tropezamos con la abuela, que venía de desayunar.

Yo volvía a tener algo que hacer.

Telefoneé a Alfredo Sanllehí desde la calle. Él mismo respondió al segundo tono. Un prodigio de rapidez. Cuando me di cuenta de lo que iba a hacer, traté de que mi voz sonara lo más casual posible.

—Soy yo, Berta Mir —me presenté antes de saludarle—. Buenos días.

—Me gusta eso de «buenos días» —parecía jovial—. Sobre todo cuando llevo ya un montón de horas en pie.

—¿Mucho trabajo?

—Mucho insomnio, aunque lo llevo bien. ¿Alguna novedad?

—No, ninguna —crucé los dedos por la mentira—. Necesito saber dónde está el coche de mi padre.

—Ya lo hemos dejado en el depósito.

—¿Dónde está el depósito? ¿Me hace falta alguna acreditación para verlo...?

—¿Para qué quieres verlo?

—Para cuando me caiga encima todo el papeleo y los trámites del seguro. Tengo que llevarme lo que haya en la guantera, si es que han dejado algo.

—Todo lo de la guantera lo tengo yo. Pensaba devolvértelo cuando nos viéramos.

—Creía que además de la cámara y el móvil...

—Bueno, tal vez la abriera, no sé. Pero desde luego está todo lo habitual, desde mapas y los papeles de la ITV hasta la documentación, el seguro... ¿Cuándo quieres pasar a recogerlo?

—¿Podría ir ahora?

—Sí, claro.

—Dígame dónde.

—La central de Vía Layetana.

—Vale, ahora voy.

Subí a la moto y dejé el Hospital Clínico atrás, enfilé todo el tramo de la calle Valencia y luego doblé por Vía Laietana. Nunca había estado en una comisaría de policía, y menos en la central. No sé por qué había imaginado que Alfredo Sanllehí era menos importante. Que trabajase allí me impresionó un poco. Aparqué la moto un poco más arriba, en el triángulo formado por Vía Laietana y Jonqueres, al lado de la boca del metro, y bajé a pie hasta la comisaría. Tuve que pasar tres controles hasta llegar al pasillo donde se encontraba su despacho. Cuando apareció ante mí sonreía, y me recordó a Paul Newman en su mejor época, los años cincuenta y sesenta, cuando el cine era otra cosa. Vestía de forma tan impecable como siempre. Demasiado. Creo que eso era lo que más me incomodaba de él, parecía un Sherlock Holmes del siglo XXI.

Pero empecé a darme cuenta de que no era tonto. Metódico, sí. Paciente, sí. Tonto, no.

—Hola, Berta —me tendió la mano.

Se la apreté. No me gustan las personas que dan la mano como si fueran princesitas temerosas de que se la vayan a romper. Él tampoco se quedó manco. Creo que nos miramos a los ojos intentando averiguar lo que había al otro lado de cada uno. Cuando nuestras manos se soltaron, nos relajamos.

—¿Cómo está tu padre? —me preguntó.

—Alguien llamó interesándose por su estado. Dijo que era un tío mío.

—Y naturalmente...

—No tengo ningún tío.

—El que llamó era un hombre.

—Sí.

Reflexionó sobre lo que acababa de decirle.

—Pudo llamar de parte de una mujer, no es que sea algo determinante. Lo que sí es importante es que a estas alturas sepa que tu padre está vivo, pero... fuera de combate.

—¿Va a dejar al policía que lo vigila?

—No, ya no. No es que tengamos la certeza de que el asesino haya bajado la guardia, pero no creemos que vaya a arriesgarse. De todas formas ya te dije que no podía mantenerlo ahí mucho tiempo. Siempre andamos cortos de efectivos.

—¿Muchos asesinatos?

—¿No lees los periódicos o ves la tele? La corrupción es el nuevo crimen de los poderosos.

–Bueno, no quiero molestarle. ¿Me da los papeles de la guantera del coche de mi padre?

–Ven, pasa.

Entré en un despacho no muy grande pero confortable aunque impersonal. Había tres mesas. Todas vacías en ese momento. Alfredo Sanllehí cogió un sobre de una de ellas, seguramente la suya. Me lo tendió sin decir nada.

–¿Hay algo raro ahí? –lo sopesé sin más.

–Muchos papeles, el clásico desorden de cualquier guantera, además de los bolsillos laterales de las puertas. Lo más importante es un tique de pago de los túneles de Vallvidrera a las veinte horas y cincuenta y tres minutos del día del accidente. Bueno –rectificó–, del día anterior, el domingo 16, porque tu padre se estrelló en la madrugada del lunes 17.

–O sea que tomó los túneles para ir a alguna parte y regresó por la carretera de la Rabassada.

–Sí –respondió él–. Lo cual hace pensar que probablemente fue a Sant Cugat. Tal vez al regresar, de noche, se perdió, no encontró los túneles y sí la carretera del Tibidabo, o quizá le pillaba más cerca y decidió no volver a los túneles.

–Sant Cugat –musité yo.

–¿Se te ocurre alguna razón por la que tuviera que ir allí el domingo por la noche...?

–No, ninguna. ¿Y los números de su móvil? Me dijo que Telefónica le había facilitado las llamadas.

–Estamos en ello.

–Ya.

Notó mi decepción.

–¿Qué te pasa?

–Imagino que un intento de asesinato no es lo mismo que un asesinato.

–No seas injusta.

–No lo soy. Además mi padre no era más que un oscuro detective.

–En las series de televisión todo se resuelve en una hora o menos, cincuenta minutos. Ni siquiera vemos a los personajes en sus casas, comiendo, cenando. Es como si no lo hicieran. Salen los de CSI y en un abrir y cerrar de ojos introducen un dato en una maquinita y ya saben el ADN o descubren que las huellas son de un viejo delincuente que hace veinte años fue acusado de homicidio... Pero en la vida real el ADN tarda en

determinarse, y no hay ningún ordenador que en un santiamén localice las huellas de un viejo delincuente. Si encontramos huellas sabemos que la persona probablemente no estará fichada. Muchos crímenes, consumados o no, se resuelven, pero no en horas, sino en días. A veces semanas o incluso meses.

Era una larga explicación llena de sentido.

—Perdone.

—No importa —sonrió—. No sé cómo estaría yo en tu caso. La rabia es buena, es energía, pero en ocasiones es incontrolable. Por eso te di mi número, para que supieras que puedes contar con alguien.

Alguien que me tuteaba sin que yo pudiera cambiar el chip.

Me caía bien y, al mismo tiempo..., ¿me impresionaba? ¿Era eso?

Un policía.

Un inspector de policía.

—Supongo que es todo, ¿no? —me encogí de hombros.

—Sí.

—Gracias.

Volví a tenderle la mano y nos las apretamos de nuevo con fuerza. Un intercambio energético. Luego cedimos. Di media vuelta, salí al pasillo y desaparecí de allí llevándome el sobre con las cosas del coche de papá. No lo abrí al llegar a la calle. Tampoco al llegar a la moto. Me subí, la puse en marcha y me fui por Jonqueres, luego doblé a la izquierda por la plaza de Urquinaona y alcancé la plaza de Catalunya donde volví a detenerme cerca de la otra comisaría, bajo las dos fuentes.

Me senté en un banco de la plaza y abrí el sobre. Saqué su contenido y fui seleccionando los papeles, examinándolos de arriba abajo antes de volver a guardarlos. Conocía a papá. Escribía cosas en todas partes, en trozos de periódico, servilletas de papel, propaganda... Primero busqué lo más evidente, los papeles de la ITV, el seguro, documentos del coche... No había nada en ellos, así que pasé al resto, albaranes, recibos, comprobantes y hasta un par de viejas multas de aparcamiento. Era consciente de que el inspector habría hecho lo mismo, así que me llevaba ventaja. Sin embargo, su maquinaria policial, él mismo acababa de decirlo, era más lenta. Y ésa era mi ventaja.

Encontré el comprobante del paso por los túneles de Vallvidrera del domingo 16, a la hora dicha por Alfredo Sanllehí, las veinte cincuenta y tres. Pero no era el único. Había otros cuatro recibos o facturas, dos del sábado 15 y dos del domingo 16. Una cerveza en

un bar de la calle Còrsega y un aparcamiento en el paseo de Gràcia el sábado; una comida en un restaurante de la calle Balmes y dos cervezas en el Ànede de Santa Fe de Nou Mèxic el domingo.

Las dos cervezas habían sido pagadas a las ocho y veinte. Había ido alguna vez a los cines Cinesa Diagonal, en sábado y domingo, y siempre había mucha gente. Una locura en los alrededores a partir de las seis de la tarde. Si no se metía el coche en el parking, sólo se podía aparcar en doble fila. Y papá había estado allí, tomando una cerveza con alguien antes de pasar por los túneles de Vallvidrera, muy cerca de la zona.

Seguí examinando papeles, y había muchos.

Hasta que encontré ése.

Un recorte de la parte superior derecha de un periódico, con lo cual se veía perfectamente la fecha.

Era del domingo.

Aparecía un nombre y el número de un teléfono móvil.

El nombre era el de una mujer. Pese a la letra horrible conseguí leerlo: Isabel Robert.

¿La habría llamado ya Alfredo Sanllehí? ¿Habría comprobado si papá la llamó desde su móvil?

No perdía nada intentando hablar yo con ella.

Marqué el número y esperé.

—¿Sí? —escuché una voz de mujer.

—¿Isabel Robert?

—Sí, ¿quién es?

—La llamo de parte del señor Cristóbal Mir.

El silencio fue absoluto.

Tanto que creí que se había cortado la llamada.

—¿Oiga?

—Mire, ya se lo conté todo —el tono era cansado—. No puedo decirle más, ¿entiende? No sé nada más, se lo juro. Y aunque lo supiera..., no quiero meterme en líos con ellos. Tiene que comprenderlo, por favor.

Tuve que pensar rápido. Un nombre y un número de móvil no eran mucho. Si le decía que mi padre estaba en el hospital, la perdería.

—Sólo serán cinco minutos, se lo aseguro.

—Pero ¿qué más quiere ahora? —el dolor aderezó sus palabras y la angustia las llenó de

desaliento.

–Hacerle un par de preguntas –mentí–. Iré yo misma. Soy la ayudante del señor Mir, no se preocupe.

–Escuche, desde luego que se lo merecen, vaya si se lo merecen, pero...

–Nadie sabrá nada.

Otro largo silencio. Temí que me cortara. Me mordí el labio inferior hasta hacerme daño.

–Ya dio el primer paso –dije–. No puede retirarse ahora.

–Sí, sí puedo. Bastante hice con dejarme convencer el domingo.

Nada de la policía. Alfredo Sanllehí no la había llamado aún. Y estábamos a viernes. Quizá lo hiciera el lunes, o tal vez trabajase el fin de semana y eso lo dejara para después, el sábado o el domingo. Seguía llevándole ventaja.

Me mataría cuando se enterase.

–¿Esta tarde, a las cinco?

–Dios... –exhaló.

–Usted misma lo ha dicho: se lo merecen. Cuanto antes acabemos con eso...

Un disparo a ciegas.

Pero acertado.

–A las cinco no puedo. ¿A las seis? –se rindió.

–De acuerdo.

–¿En el mismo lugar?

No sabía cuál era ese lugar.

Pero de pronto recordé sus palabras: «Bastante hice con dejarme convencer el domingo».

Papá había tomado una cerveza el domingo con alguien, y había pagado la cuenta a las ocho y veinte, en el Ánde de Santa Fe de Nou Mèxic, encima de las 11 salas de los cines Cinesa Diagonal.

–El Ánde de los Cinesa.

–Sí.

–Allí estaré, gracias.

–¿Cómo la reconozco?

Me describí a mí misma. No le pregunté cómo era ella. No hacía falta. La persona que acudiría a la cita no lo haría feliz y contenta, sino preocupada y asustada.

Alguien que sabía algo.

Algo de «ellos».

La despedida fue rápida. Me quedé escuchando los latidos de mi corazón, que sonaban potentes, altos y claros, y desde luego nada apacibles.

Con la pregunta de quiénes eran «ellos» martilleándome la mente, me dirigí a la tienda de antigüedades de Alejo Bermúdez. Nada más verla por fuera me di cuenta de que allí se manejaba dinero, mucho dinero. Y era lo que estaba a la vista. Imaginé que las piezas caras, las de coleccionista, las guardaban en la trastienda, en alguna caja fuerte o cámara acorazada o... Bueno, no tenía ni idea de cómo se manejaban esas cosas. Tal vez ni las tuviesen allí, sino protegidas en otra parte. Cuadros, reliquias, piezas arquitectónicas, estatuas... La tienda era grande pero no tanto como para ser un museo aunque estaba todo abigarrado.

No me quedé en la puerta.

Tenía aspecto de todo menos de compradora, pero crucé aquel umbral con el mejor de mis aplomos.

No había nadie en ese momento, ningún cliente o curioso. Una muchacha joven, sólo dos o tres años mayor que yo, se me acercó con su mejor sonrisa en su rostro. Era agradable, y muy fina y bien vestida, con detalles caros adornando su aspecto, que para nada desentonaba con lo que nos rodeaba.

—Hola, ¿qué tal? —me saludó—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Buscaba alguna pieza para hacer un regalo —lo dije como si yo hiciera regalos caros cada dos por tres—. Es una persona mayor, pero de gustos exquisitos, ya sabes.

—Oh, sí —se solidarizó rápidamente conmigo—. ¿Hombre o mujer?

—Mujer, mujer. Mi abuela.

—Entonces quizá un camafeo... o un jarrón... tal vez un juego de té... —comenzó a enumerar posibilidades mientras paseaba los ojos a su alrededor.

—¿Qué precio tiene éste? —señalé un jarroncito de no más de quince centímetros de alto.

—Es porcelana de Sèvres, del siglo XIX —me preparó antes de soltarme—: mil quinientos

euros.

A cien euros el centímetro.

—No sé —puse cara de no sentirme impresionada por el precio.

—El juego de té son seiscientos euros.

Ya no se me ocurrió preguntar por una estatuilla con pinta de haber salido de la tumba de Tutankhamon.

Me di cuenta de que no estaba haciendo nada allí, salvo el idiota, así que acabé buscando una excusa. Le dije que volvería después de sondear a mi abuela Fernanda y así tendría las cosas más claras. El cumpleaños era dentro de dos semanas, así que había tiempo. Además, se lo aclaré, como lo pagábamos entre todos los nietos, y éramos catorce...

No sé si se lo tragó o no, pero la sonrisa no desapareció en ningún momento de su rostro y hasta me acompañó a la puerta. Una vez en la calle me dirigí a la moto, que había dejado en la esquina, y les eché un vistazo a los papeles imprimidos en casa con los datos e informes de papá y a lo que yo había averiguado. Por un instante pensé en el naviero, Héctor Hernán. Papá había dicho «arte», y él era coleccionista de arte. Una de mis corazonadas. Pero comprendí que era absurdo ir a verle. Ni me recibiría. Tampoco sabía qué preguntarle aparte de si estaba enterado de que su hijo tenía un rollo con una señora casada, esposa de un anticuario que tal vez, sólo tal vez, supiese, aunque me daba en la nariz que sí, que allí había algo. ¿Cómo se encontraban en la vida el hijo playboy de un coleccionista y la mujer de un anticuario de postín?

En cambio no estaba lejos del lugar en el que trabajaba el padre de Martín Bermell.

No perdía nada con verles a todos.

Cualquiera podía tener un motivo, por raro que fuera ahora, para matar a mi padre. Cualquiera de los implicados en aquellos tres casos.

José Luis Bermell trabajaba en una empresa de esas que, desde fuera y desconociendo de qué van las cosas, no se sabe muy bien a qué se dedican: Inumaxsa Exportaciones. ¿Exportaciones de qué? No es que me importe, pero mientras pisaba el suelo enmoquetado y me acercaba a la monada de la recepción, protegida tras un impresionante mostrador de madera, me pregunté cuántas formas habría en el mundo para que la gente se ganara la vida más o menos decentemente.

Cuántas, sobre todo para las personas como yo, que no tenía ni idea de nada.

—¿El señor Bermell? —le dije a la preciosidad con aires de modelo, aunque bajita,

atenta y solícita a mis palabras.

–¿Tiene cita? –mantuvo su espléndida sonrisa bajo la cual afluía la perfección de sus dientes nacarados.

–No, pero dígame que es de parte del señor Cristóbal Mir.

–Bueno, no sé si... –su sonrisa perdió esplendor.

–Usted dígaselo.

–¿Puede esperar ahí, por favor?

Me aparté de sus dominios para que pudiera hacer la pregunta en paz. Me imaginé el diálogo: «Aquí hay una chica con pinta de rara y algo progre que quiere ver a tu jefe, Marisa. Dice que es de parte del señor Cristóbal Mir», «¿Mir? No me suena», «Dice que se lo digas, que la recibe seguro», «Bueno, espera, voy a ver»...

No tuve que esperar demasiado en la zona de las butacas y los sofás. La recepcionista me llamó a los dos minutos.

–Puede pasar –señaló el pasillo.

A los cinco pasos me recibió otra mujer, ésta mayor y con aire de ejecutiva aunque intuía que era una secretaria. La «Marisa» de mis suposiciones. Me acompañó hasta una puerta, la abrió y cuando entré la cerró para dejarme a solas con él.

José Luis Bermell.

–¿Viene de parte del señor Mir? –se extrañó al verme.

–Sí.

–Siéntese, siéntese –me rogó.

Era un hombre de unos cincuenta años, tal vez un poco más. Si tenía un hijo adolescente era porque se había casado tarde o en una segunda vuelta. Su aspecto era severo, grave, traje gris, corbata gris, rostro gris, con escaso cabello y peinado de forma que le tapara toda la superficie posible. Su voz también era dura. Una voz de ordeno y mando que debía de tener feliz y contenta a su secretaria. No debí de gustarle mucho, porque aparte de la amabilidad lo noté seco y disgustado, mirándome con reparo, aunque yo estaba preparada para ello. Quizá al irme hiciese lavar la silla, o fumigar el despacho, aunque yo no era ni rara ni extravagante.

José Luis Bermell era un diplodocus.

Un neanderthal antediluviano.

Por eso hacía seguir a su hijo, no para protegerle, sino para salvarse a sí mismo de vergüenzas mayores.

—Usted dirá —le costó tratarme como si yo fuera una persona normal.

—Soy una de las ayudantes del señor Mir —le informé—. Esta noche seguiré a su hijo. La idea es que lo haga yo, porque por mi edad puedo meterme en cualquier ambiente, bares, discotecas, cosa que al señor Mir le resulta mucho más difícil. Hasta puedo acercarme a Martín y hacerme su amiga, ¿comprende?

—Sí, entiendo —se sintió un poco más aliviado—. Sé que el señor Mir siguió a Martín la semana pasada. Al menos fue lo que me dijo. Pero al no tener noticias suyas...

—Siguió a su hijo, sí, pero imagino que debió de tener alguna dificultad, de ahí que me haya asignado hoy el trabajo.

—¿Le contó si...?

—No, eso es confidencial. Con lo que yo aporte este fin de semana, usted tendrá el informe final probablemente el lunes.

—Bien, aunque no sé a qué viene tanto secreto. Me habría gustado tener un avance, hacerme alguna idea.

—El trabajo no termina hasta que el señor Mir da por cerrado el caso. Aventurar no es bueno, y más en un tema como éste. Un solo seguimiento no demuestra mucho, ni a favor ni en contra.

—Sí, eso mismo me dijo el detective el otro día.

—¿Cuándo?

—El viernes pasado. Le llamé por teléfono. Ya imaginaba que hoy volverían a seguirle. Le he llamado un par de veces estos días pero no ha habido forma. Saltaba el buzón de voz de su móvil.

—Es difícil atender al teléfono en un seguimiento o vigilando a alguien.

—Ya —frunció el ceño al darse cuenta de que hablábamos sin que supiera la razón de mi presencia allí.

Le solté mi estudiada justificación.

—El motivo de mi visita es preguntarle si tiene idea de a qué hora saldrá hoy de casa su hijo.

—No —alzó las dos cejas—, es impredecible. Unas veces cena en casa y sale sobre las once o las doce, y otras lo hace antes. Estas últimas semanas ha cenado pocas veces en casa.

Yo tenía una cita a las seis de la tarde. Por rápida que fuese...

—¿Podría retenerle hoy hasta, al menos, las ocho o las nueve?

–Sí.

–Entonces estaré lista para seguirle a partir de las ocho. Eso me facilita mucho las cosas, no fuera que hoy decidiera no pasarse ni tan sólo por el domicilio.

–Le llamaré y le diré que tengo que hablar con él.

–Gracias –me levanté dando por concluida la conversación y él secundó mi gesto–. ¿Puedo preguntarle si Martín tiene hermanos?

–No, es hijo único.

–Entiendo.

–¿Seguro? –noté que volvía a ser el del comienzo, un hombre duro, de voz grave, aspecto inflexible. O eso o había tocado uno de sus puntos sensibles–. Tú eres muy joven –cambió el tratamiento de golpe.

–No fumo ni bebo –me enfrenté a sus ojos.

Logré impresionarle.

–Pues ojalá Martín encontrara una novia como tú.

Le di la mano y eso fue todo. Cuando cerré la puerta y lo dejé al otro lado me sentí aliviada. Me dio por pensar en el pobre Martín, se emborrachara a lo bestia o no, se drogara o no. Con un padre como el suyo a veces...

Mientras regresaba a la calle pensé algo más. Cuando José Luis Bermell leyera el informe de papá, a falta del que hiciera yo después de mi seguimiento, mataría a su hijo.

Suspiré.

Papá me decía siempre que él era testigo sordo y mudo, pero no ciego, en los seguimientos. Un médico le dice a un paciente que tiene cáncer terminal y sostiene estoicamente el derrumbamiento del otro. Mi padre revelaba infidelidades y cosas parecidas y actuaba igual. Era su trabajo. Nunca juzgaba.

Pero yo no era mi padre.

En cualquier caso, el lunes podía entregar tanto el informe del hallazgo de Laia Huertas como el de los seguimientos de Martín Bermell, y cobrar. Recibir un dinero que nos iría de perlas para mantenernos un poco más.

Después... cerrar la agencia, probablemente dejar el grupo, buscarme un trabajo...

Me faltaba por investigar el tercer caso.

«Ellos.» ¿Los Bermúdez y los Hernán?

Quizá fuera yo la que ahora se acercase demasiado y acabase en una cuneta, muerta, o en un hospital, rota.

Si tenía una cita a las seis con aquella misteriosa mujer, y a las ocho había de estar vigilando ya la salida de Martín Bermell, lo mejor que podía hacer era irme a casa para arreglarme y prepararme para la noche. No soy de las que pretenden lucir encantos, los tenga o no, pero no podía ir a una discoteca un viernes por la noche con mi aspecto y con la ropa que cualquiera llevaría para ir a pasear al perro. Sabía que si me acicalaba, maquillaba y lucía encantos, sería más fácil llamar la atención de cualquier chico.

A muchos les basta con eso.

Llegué a casa y me preparé la comida. Era consciente de que no iba a cenar, saliese cuando saliese Martín Bermell para su *friday night*. Mientras se calentaba todo llamé por teléfono a la habitación de papá en el Clínico. Cuando se puso la abuela le pregunté cómo iba todo.

—He hablado con él —me dijo emocionada.

Yo tragué saliva.

—¿Qué te ha dicho?

—Bueno, nada... Le he preguntado cómo se encontraba y me ha escrito «tonto» con el dedo en la palma de la mano. Me ha costado darme cuenta, pero... Luego le dije que si quería algo y lo ha movido dos veces, o sea que no. Más o menos ha sido así. También le he pedido que intentara abrir los ojos. Ha tardado mucho en contestarme y al final ha movido el dedo y ha puesto las letras de «¿No abiertos?», así, con los interrogantes y todo.

—No le canses —hice lo posible por parecer normal.

—El policía se ha ido. Me ha dicho que eran órdenes de sus superiores.

—Sí —se lo confirmé—. Dado su estado creen que nadie va a intentar nada. Por eso es bueno que nadie sepa que tiene un mínimo de consciencia. Ni las enfermeras, ¿vale?

—Bien. ¿Dónde estás?

–En casa. Tengo un par de entrevistas esta tarde.

–Recuerda lo que hablamos.

–Tranquila, no me meto en líos. Sé lo que está en juego. Oye, te dejo que se me va a quemar la comida.

–De acuerdo.

–Baja al bar aunque le dejes solo diez minutos. Están las enfermeras. Diles que no permitan que nadie entre en la habitación y ya está.

A veces no hablaba, asentía con la cabeza. Debió de ser una de ellas.

–¿Abuela?

–Que sí, que sí –se mosqueó.

–Esta noche llegaré tarde, o quizá vuelva mañana al amanecer. No te inquietes, ¿vale?

–Ay, Berta...

–Chao.

Corté antes de que volviera con sus reconvenciones.

Comí en silencio, sin poner ni siquiera la televisión para ver cómo andaba el mundo. No me importaba. Entre bocado y bocado di vueltas en la cabeza a los pequeños giros de mi investigación. Poco a poco fui ordenando mis pasos más inmediatos. No iba a quedarme en casa hasta la hora de mi cita con Isabel Robert. La mejor defensa era un buen ataque.

Me arreglé lo mejor que pude. Primero un maquillaje que acentuase mis rasgos, después me peiné dejando que mi cabello fuese un signo de mi libertad. Finalmente me puse lo que encontré más adecuado y provocador para esa noche: una falda corta, una blusa ceñida y escotada, un collar de piedras y unas zapatillas deportivas cómodas que se impusieron en la pelea final a unos zapatos muy bonitos pero poco aptos para una caminata o para bailar. Eso sí, no renuncié a mi cazadora vaquera, que era todoterreno y servía tanto para un barrido escolar como para un fregado nocturno. El resultado fue un cruce entre Mata Hari a la española y adolescente descarada con un toque de Natalie Portman en *Closer*.

Estaba a punto de salir cuando sonó de nuevo el móvil.

Vi el número y el nombre en la pantalla: Lucas.

Si no contestaba me sentiría culpable por pasar de él y lo más seguro es que lo notase.

–Hola –lo saludé.

–¿Cómo estás?

De nuevo la pregunta de marras.

–Bien, bien. Mi padre sigue igual –le ahorré la siguiente.

–¿Vendrás hoy al ensayo?

–No. Después de lo mal que estuve... No me siento capaz. Me falta concentración.

–Lo entiendo.

–Quizá el lunes. Supongo que todo estará más... tranquilo, no sé.

–¿Quieres que nos veamos?

Cerré los ojos. Mi vecino Leo. Lucas. Y yo colgada del imbécil de Marcos.

–Tengo cosas que hacer, con papá en el hospital... Papeleo, seguros médicos...

–Ya, claro.

–Pero gracias.

–Podría ayudarte, estar a tu lado, acompañarte –se ofreció sin rendirse, persistente.

–No, Lucas. Esto es cosa mía.

–¿Y vernos esta noche, cenar algo, charlar?

–No tengo aliento para salir –mentí–. Te lo agradezco, en serio –me cansé de tácticas evasivas–. Ahora he de dejarte, perdona.

–Sí, claro –capté su resignación.

–Hasta el lunes.

–Cuídate.

Me quedé mirando el móvil con una extraña sensación de desarraigo. Sentía casi como si el grupo fuera a romperse antes de tiempo por culpa de las relaciones sentimentales entre nosotros. Si Sandra acababa enrollada y acostándose con Marcos...

«No seas pesimista», me dije.

A fin de cuentas sonábamos bien, y Sandra tenía una buena imagen. Bastaba con ser profesionales.

Aunque para llegar a eso...

Dediqué diez minutos a examinar de nuevo la memoria USB de papá. No encontré nada. Luego miré una por una las 79 fotografías de los amantes. ¿Eran la clave? ¿Ella se había visto descubierta y mataba al detective para salvar su matrimonio? ¿Él no quería que se supiera su relación con una mujer casada? ¿Lo habían hecho los dos juntos? ¿El propio Alejo Bermúdez para silenciar a mi padre? ¿Tenía sentido algo?

Me imprimí dos nuevas fotos de Mauro Hernán y su amante antes de salir de casa dispuesta a remover las aguas de aquella laguna en la que nos movíamos todos, papá, yo

y los implicados en los casos de la esposa infiel, la chica escapada y el chico que podía ser empapelado por un padre inflexible a causa de sus locuras con las drogas los fines de semana. Dos fotos para dinamitar las cosas y provocar, quizá, una reacción..., o una estampida.

Un poco de juego sucio no vendría mal.

Ir en moto con minifalda no es muy cómodo, pero no tenía otra opción.

No sabía si la naviera cerraba los viernes por la tarde, o si tenían mucho tiempo para comer al mediodía, pero llegué a la parte baja de Barcelona dispuesta a arriesgarme sin hacer caso a las miradas de los conductores, que parecía que no habían visto dos piernas en su vida. Las oficinas de Medimar estaban en el Paseo de Colón, enfrente del puerto y el mar. El mejor lugar. Subí a la primera planta del edificio a pie y me encontré frente a otro mostrador, como el de la empresa del padre de Martín Bermell, con la diferencia de que éste tenía forma de barco y detrás, en lugar de una chica guapa, apareció un hombre con cara de submarino.

—¿El señor Mauro Hernán, por favor?

Me miró con interés. Sus ojos eran dos periscopios, la nariz una quilla y los labios iguales a los de un besugo sorprendido por un buceador intrépido.

—No sé si está —se cubrió las espaldas—. ¿De parte de quién?

—Margarita Maldonado.

—Un momento.

No me pidió que me apartara, ni que esperase en una salita para poder hablar libremente. Quizá no fuese el recepcionista oficial. Marcó un número y le dijo a alguien que querían ver al señor Hernán hijo. Luego pronunció mi nombre inventado.

—Un segundo —me indicó al colgar.

Esperé ciento veinte. A los dos minutos apareció una mujer elegante y agradable, de unos cincuenta años, gafas redondas y peinado perfecto. Se dirigió a mí con una sonrisa dudosa.

—¿Señorita Maldonado?

—Sí.

—Lo lamento pero el señor Hernán está a punto de salir y me temo que sin una cita

previa... Si puede decirme de qué se trata, concertaríamos una entrevista para la próxima semana.

—Es un tema privado, pero de mucho interés para el señor Hernán —le hice ver con aplomo.

—Pues lo siento pero...

Llevaba las dos fotos dobladas en uno de los bolsillos de la cazadora. En ambas se veía a Mauro Hernán y a Elisenda Roig, señora de Bermúdez. En una se besaban. En otra entraban en el Hotel Turquesa. No dejé que la secretaria las viera.

—¿Podría darme un sobre, por favor?

—Sí, claro —vaciló.

Ella misma lo cogió de detrás del mostrador. Yo introduje una de las dos fotos, la del hotel, y me guardé la del beso. Cerré el sobre y se lo devolví.

—Dele esto. Ya verá cómo me recibe.

Que pasara por encima de su autoridad no le gustó demasiado, pero era una buena secretaria, se le notaba. Eficaz y siempre en su lugar. Tomó el sobre y desandó lo andado dejándome sola.

En dos minutos más, o salía en globo o me encontraría frente al amante de la mujer de Alejo Bermúdez.

No salí en globo.

La secretaria no tuvo que llegar hasta mí. Se detuvo en mitad del pasillo y me hizo una seña. Volvía a estar seria. Más que seria, sombría. La seguí en silencio unos diez metros, por un laberinto de pasillos con imágenes de barcos de todo tipo, hasta que nos detuvimos frente a una puerta que parecía la de la dirección. Llamó con los nudillos y luego, sin esperar una respuesta, la abrió para que yo entrase. Ella no lo hizo. Cerró tras de mí.

Apenas pude ver la ambientación, las maderas nobles, las estanterías y los muebles, las fotografías con personas ilustres, las maquetas de barcos que llenaban los dos lados del despacho, las butacas o la mesa para invitados, el despacho regio y antiguo. Todo de primera, menos Mauro Hernán Murillo.

—¿Quién coño eres? —me fusiló.

Era como en la foto, pero allí estaba en carne y hueso, nada borroso, el clásico cuarentón atractivo, piel bronceada y no precisamente por los rayos UVA, sino por su

estancia en alguna isla caribeña, elegante, con claros dejes de categoría y poder en los detalles caros de su aspecto o el tono de su voz.

Alguien que solía elevarse por encima de los demás, y que raramente se veía obligado a aguantar algo como lo que yo le estaba haciendo.

—Soy la que tiene esa foto —apunté a la imagen que había roto en dos pedazos y tenía sobre la mesa, a su lado.

—¿De dónde...?

—Oiga —le detuve sin dejarme amilanar aunque la verdad es que tenía el culo muy apretado—, si estoy aquí es para hacerle un favor, ¿vale?

—¿Un favor? —su cara se contrajo con una expresión de desagrado.

—El señor Alejo Bermúdez, el marido de su querida amante, contrató a un detective para que siguiera a su mujer.

Tenía que estudiar su reacción, ver cómo actuaba, interpretar su mirada, sus gestos, sus manos, su tono de voz.

Tenía que descubrir si ya sabía algo o no.

Y sentí desaliento al comprobar que parecía sincero en su sorpresa.

—¿Qué?

—Alejo Bermúdez se lo olió.

Mauro Hernán apretó los puños. Respiró hondo. Sus mandíbulas formaron un sesgo de noventa grados a ambos lados de su rostro. Su mirada pasó de la sorpresa a la rabia en un segundo, y de la rabia al odio en otro.

—¿Y qué? —me desafió.

—Estoy de su lado, no la pague conmigo. Es evidente que con esas fotos en su poder, el señor Bermúdez no va a quedarse quieto ni...

—Lárgate, niña —me soltó cortándome el rollo.

—Pero...

—¡Que te largues!

—¿Se ha vuelto loco?

—¡Tú eres la que está loca! ¡Si es un chantaje no voy a pagarte ni un euro! Y lo es, ¿no?

—¡No!

—¿Ah, no? —puso cara de no creérselo, dibujando una sonrisa irónica en su rostro.

—¡Soy una amiga!

—¿De quién? —se cruzó de brazos.

—Eso no importa —busqué la forma de retomar el control aunque sabía que las cosas no estaban saliendo como yo pensaba—. Lo que quiero es...

Dio un paso hacia mí, amenazador, y yo retrocedí otro sin darle la espalda.

—¡Que te largues!, ¿me oyes? —su siguiente paso lo acompañó con una mirada de desprecio absoluto al tiempo que se ponía rojo y una venita se hinchaba en su sien—. ¿Crees que me importa una mierda que ese hijoputa lo sepa o no?

No supe qué decir.

Si no era sospechoso de haber empujado a papá...

—Es una pena —sentí la puerta en mi espalda y busqué a ciegas el pomo con la mano.

Ya no dijo nada más.

Se quedó allí, en medio de su despacho, su templo, poderoso, gigante, mientras yo me volvía, encontraba el pomo, le daba la vuelta, abría la puerta y me iba de su mundo.

La secretaria me miró triunfal cuando pasé por su lado.

Bajé la escalera a pie, un poco aturrida e intentando reequilibrarme, tratando de entender lo sucedido. Me paré a respirar al llegar a la calle y ordené mis ideas. Un hombre descubierto en una comprometida escena con su amante, casada, reaccionaba a la tremenda, sin sentido de culpa por un lado y sin miedo por el otro.

Un hombre de su posición, al que no le importaban los posibles escándalos o habladurías.

Tan extraño como...

¿Amor total? ¿Estaban ella y él profundamente enamorados, tanto que ya pensaban revelar su secreto? ¿Esperaba un divorcio de Elisenda Roig, señora de Bermúdez?

¿Un hombre con tanto dinero y de su posición, tenía necesidad de verse con una mujer casada en un hotel perdido del centro de Barcelona?

Di unos pasos, llegué a la moto.

Y entonces sentí un estremecimiento.

Escuché uno de los gritos de mi instinto.

Volví la cabeza y miré el edificio que acababa de abandonar. No tuve que buscarlos porque los vi enseguida en una de las ventanas del primer piso, quietos, como si fuera un marco y ellos una imagen atrapada en el tiempo.

Uno era Mauro Hernán. El otro un hombre alto, recio, mayor, con el pelo blanco, sello de dignidad.

Su padre Héctor Hernán.

No se ocultaron. No hicieron nada por disimular, al contrario: me miraron fijamente, muy serios, con el talante grave y la expresión implacable.

No sé por qué hice lo que hice.

Primero, sonreír, echándole agallas, y después, alargar el brazo, subir el dedo pulgar hacia arriba y bajarlo para dar paso al del medio.

Ni se movieron. Ni pestañearon. Nada.

Cuando me alejé en la moto no estaba muy segura de si me había vuelto loca o qué.

Alejo Bermúdez vivía también en la parte alta, por encima de la plaza Alfons Comín, en Collserola. Su casa era una pequeña mansión ajardinada desde la cual se veía cómo Barcelona descendía suave pero firmemente hacia el mar. Bajé de la moto, me arreglé el cabello y pulsé el timbre de la verja exterior. A través de un interfono escuché la voz de una mujer preguntándome:

—¿Quién es?

Me estaba viendo por una cámara de seguridad y también por la mirilla del llamador, así que no disimulé, dirigí mi atención a ambos y sonreí.

—¿La señora Elisenda?

No empleé la categoría «señora Bermúdez». Le di un tono más directo.

—¿De parte de quién?

—Pepa Soler. Dígale que es para hablar de Mauro.

Esperé satisfecha de mi suerte, contemplando aquella imagen espectacular de la ciudad a media tarde. Era viernes y temía que los ricos se hubieran ido todos en manada para pasar el fin de semana en sus segundas residencias, en el mar o la montaña. Quizá no fuesen buenos tiempos. De todas formas no tuve que esperar demasiado. La voz del interfono reapareció casi de inmediato.

—Pase, por favor.

Se escuchó un zumbido y empujé la verja de hierro. No tenía por qué haberlo hecho ya que era automática. Una vez en el jardín se cerró sola. Atravesé un pequeño espacio con hierba a ambos lados, un camino de grava, y me detuve delante de la puerta de la casa, a la que no necesité llamar porque se abrió en ese momento. Una criada, con cofia y delantal, apareció ante mí.

—Si quiere acompañarme, por favor.

Yo no recuerdo haber estado en una casa como aquella. Ni en sueños. Por un lado, lo

abigarrado de su decoración. Por el otro, la sensación de agobio. No había un centímetro cuadrado de pared o suelo sin un objeto, una vidriera, un cuadro, una reliquia, una estatua, un jarrón, una piedra, lo que fuera. Limpiar aquello debía de costar una fortuna. Y la simple idea de que algo se rompiera...

Mientras iba al encuentro de la mujer a la que papá había seguido, me di cuenta de algo en lo que no había pensado: lo más lógico y normal era que Mauro Hernán la hubiese llamado para ponerla en antecedentes: «Nos han descubierto». En tal caso Elisenda Roig me recibiría con uñas y dientes y me echaría a patadas.

O no. Si me atendía era porque... ¿no sabía nada?

Me quedé con esa idea y caminé los últimos metros, hasta la parte posterior de la villa, que se abría a un jardín más amplio presidido por una piscina rectangular y muy azul. La señora Bermúdez estaba sentada en una silla de madera tapizada de rojo. Por si no quedaba claro que vivía de fábula, parecía estar tomando el té, como en las películas, o merendando. La mesa, con otras tres sillas, quedaba amparada por una marquesina. Enfrente, con su verde arbolado todavía resistiendo la especulación, el Tibidabo recortaba su forma contra el espléndido cielo.

Me encontré ante la mujer de las fotos; la primera, la del informe de papá, facilitada por su marido, y las otras, las de su seguimiento. La diferencia era que al natural era más madura y también livianamente más hermosa, más frágil y más distinguida a la vez. Clase y delicadeza.

Sus ojos estaban revestidos de curiosidad.

Así que no, su amante no la había llamado para advertirla.

¿Quería decírselo en persona?

¿Cuándo?

—Disculpa pero no... —se había puesto de pie, pero no me tendió la mano—. ¿Has dicho que querías hablarme de... Mauro Hernán?

—Sí.

—No conozco... —trató de mentirme.

Me senté sin esperar a que me invitara y eso la desconcertó todavía más. Dejó de hablar y me imitó. A fin de cuentas acababa de mentarle al diablo. O a su ángel particular. Todo dependía de si estaba muy colgada de él.

¿Se «cuelgan» los ricos igual que los de a pie?

—Escuche, no perdamos tiempo, ¿de acuerdo? —mostré aquel aplomo que no sabía que

tenía pero que llevaba dos días aflorando en mí—. Quiero que vea esto.

Le tendí la otra foto que había imprimido en casa, la de su apasionado beso frente al Turquesa.

Elisenda Roig Auladell se quedó blanca.

Se habría caído al suelo de no estar perfectamente sentada. Tuvo que apoyarse con las dos manos en la mesa. O más bien se afianzó.

Me dirigió una mirada de dolor.

—¿Es un chantaje? —musitó.

—No —se lo dije con vigor, para que no le quedara la menor duda.

—¿Entonces...?

—Vengo de ver a Mauro —la informé—. Le he dado una foto de esa misma colección en la que se les ve entrando en el Hotel Turquesa. Me extraña que no la haya llamado por teléfono.

—¿Has estado... con Mauro? —su blancura se acentuó—. Oh, Dios... —se llevó una mano temblorosa a los labios—. ¿Qué está pasando, puedes explicármelo?

—Aún no —controlaba la situación y me aproveché de ello—. Antes respóndame a unas preguntas: ¿cuánto hace que dura esta relación?

Buscó un atisbo de serenidad que no tenía porque ahora era una mujer vulnerable en todos los sentidos.

—No creo que eso sea asunto tuyo, niña.

—Mire, deje que eso lo decidamos más tarde, ¿quiere? Ustedes se ven al menos dos veces por semana en el Turquesa. Pasan una o una hora y media juntos y luego... hasta la próxima. Todo discreto y sin embargo... ¿Sabe por qué lo sé?

—No.

—Su marido contrató a un detective para que la siguiera.

—¡No! —exhaló.

No tuve que insistir. Casi se desmaya. Acabó dejándose caer hacia atrás, para sentir el respaldo de la silla amparándola, y se pasó una mano por la cara, apartando de ella sus inquietudes en forma de miedo, vértigo o temblor. Bastante hizo con alargar la otra, tomar la taza de té, infusión o lo que fuera, y beber un largo sorbo con la intención de serenarse.

Pensé que era otra pista perdida, que aquella mujer no podía haber atentado contra papá.

Pero estaba allí, había ido a remover esas aguas, y ya no podía echarme atrás.

—¿Sabe ya Alejo esto?

—Sí —la hundí un poco más.

—¿Por qué?

—Lo siento, señora —fui sincera.

—¿Y por qué me lo dices? ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

—El detective al que contrató está ahora en un hospital, medio muerto, con la vida rota porque aunque se recupere quedará paralizado para siempre y convertido en un vegetal.

—No entiendo...

—Alguien quiso matarle, señora.

Sostuvimos nuestras respectivas miradas. La mía muy directa. La de mi anfitriona cada vez más desconcertada, porque eran demasiadas cosas las que, de pronto, irrumpían en su vida tan medida.

—¿De verdad no es un chantaje?

—Ya se lo he dicho: no. Busco a un asesino, nada más.

—Ese detective...

—Le entregó esas fotografías a su marido hace unos días, y él le pidió que siguiera investigando, que averiguara el nombre de su amante. No se le ve muy bien —señalé la foto—. Así que el detective iba a continuar su trabajo. El domingo pasado un coche le echó de la carretera no muy lejos de aquí, en la Rabassada.

—Si mi marido le contrató no puede haber tenido nada que ver con eso —hizo un primer atisbo de defensa.

—¿Y Mauro Hernán?

—¿Por qué? —se agitó como lo haría cualquier mujer enamorada defendiendo a su hombre.

—Para impedir que le descubriera.

—¡Eso no tiene sentido!

—Sólo queda el padre de Mauro, Héctor Hernán.

—¡Ni siquiera le conozco! ¡Y que yo sepa jamás se ha metido en la vida sentimental de su hijo!

Me estaba quedando sin argumentos, y todavía no quería irme. Necesitaba saber más, cerrar el cuadro de todo aquello. La señora Bermúdez estaba golpeada, abatida, pero

resistía. Ahora era una gata panza arriba, defendiendo su matrimonio pero también al hombre que posiblemente amase como una jovencita.

–He sido honesta con usted –puse las cartas boca arriba–. ¿Por qué no me ayuda?

–¿Cómo?

–Respóndame a unas preguntas, y hágalo con sinceridad. Es lo mejor para todos, incluida usted.

–No eres más que una niña...

–No soy una niña. Yo le he dado esas fotos. Ahora está en guardia. Ayúdeme usted a mí.

–¿Qué quieres saber? –se rindió.

–¿Cuándo conoció a Mauro?

–Hace dos meses.

–¿Cómo?

–Colaboro con una ONG. Bueno, con varias, pero en este caso era con la que tengo más relación. El año pasado incluso viajé a la India con los responsables. Mauro vino a hacer una donación importante.

–¿Así, por las buenas?

–Sí.

–¿Es algo... normal?

–Muchas entidades, empresas, dan fondos a organizaciones no gubernamentales y fundaciones, por conciencia o para desgravar impuestos, y también lo hacen muchas personas de buen corazón. Nosotros habíamos iniciado una campaña de sensibilización.

–¿Se hicieron amigos?

–Mauro quiso saber qué hacíamos. Me invitó a comer. Dada su generosidad no tuve más remedio que aceptar, aunque también me interesó, claro.

–¿Y?

–No sé qué decirte –sus mejillas adquirieron ahora un poco de color–. Fue todo... muy espontáneo, muy natural. Esa primera cita... Mauro es la persona más cariñosa, afable y buena que he conocido en muchos años.

No parecía describirme al mismo hombre con el que acababa de estar, pero eso no se lo dije.

–Así que la aventura fue rápida y...

–No soy mujer de aventuras –quiso dejar claro.

—¿Le quiere?

—Sigue siendo algo muy especial. Algo que no... —buscó las palabras adecuadas sin encontrarlas y rozó las lágrimas por primera vez.

—¿Está enamorada de él? —insistí.

Bajó la cabeza.

—Sí —susurró.

—¿Y él de usted?

—También —volvió a desafiarme con una mirada cautiva de su abatimiento—. Ya te he dicho que no soy mujer de aventuras, por Dios. A mi edad aparece alguien sensible, capaz de comprender lo más íntimo de una mujer y... ¿Qué puedo decir? Será una locura pero sucedió, y ahora...

—¿Sabe que el padre de Mauro es coleccionista de arte?

—No.

—¿No han hablado de eso?

—¿Para qué?

—Su marido es anticuario. ¿No ve alguna relación?

—¿Por qué habría de existir? Alejo tiene muchos clientes. Sirve a museos, particulares, otras firmas del ramo...

—¿No le mencionó nunca a Héctor Hernán?

—Alejo no habla de sus clientes ni de sus negocios en casa. Tampoco de lo que hace, sus operaciones... Eso lo deja para el despacho. Oye —hizo un gesto de derrota, como si ya no pudiera más—, ¿quién eres tú?

—La persona que tiene esas fotos, sólo eso.

—¿Por qué te interesa todo esto? ¿Qué sacas con ello?

—La verdad.

—¿El detective...?

—Es mi padre.

Transcurrieron dos, tres segundos. Ella por fin lo comprendió. La tarde declinaba rápido y ya casi no tenía tiempo para llegar a mi cita con la tal Isabel Robert. Sin embargo, continué allí, sentada, aguantando el tipo, buscando el resquicio final.

Algo que sabía que no iba a encontrar.

—¿De verdad has ido a ver a Mauro?

—Sí.

–¿Hace cuánto?

–Antes de venir aquí.

Elisenda Roig introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un móvil. Debíó de buscar en la memoria el número, porque no pulsó las teclas. Una vez accionado se llevó el teléfono al oído y esperó.

Cuando saltó el buzón de voz no quiso dejar ningún mensaje. Pensó que bastaba con la llamada perdida.

Cortó la comunicación y se guardó el aparato de nuevo.

–¿Por qué cree que no la ha avisado? –pregunté.

–No lo sé –suspiró consternada.

Yo me levanté.

–Entonces, piénselo –le dije.

No hizo nada más. Ni siquiera ademán de levantarse cuando me vio caminar en dirección a la salida. Abandoné su mundo con paso vivo y alcancé la puerta de la casa en el mismo instante en que se abría y por ella aparecía la figura de un hombre mayor.

Un hombre que reconocí sin necesidad de haberle visto nunca, porque en su web no salía ninguna foto suya.

Alejo Bermúdez Castro.

Cabello largo y rizado en la nuca, escaso en la cabeza, ojos directos y fríos, nariz aguileña, labios rectos, mentón partido, fornido, elegante, nada invisible, casi una copia del Héctor Hernán que había vislumbrado tras la ventana de su naviera. Hombres cortados por un mismo patrón.

Poder.

Dinero.

Se quedó mirándome un momento.

Llegó a sonreír Una chica guapa, porque en ese momento yo estaba guapa, en su casa.

–Buenas tardes –pasé por su lado sin detenerme.

Crucé la puerta. Salí al jardín.

–Buenas tardes –escuché su voz a mi espalda.

No tenía por qué hacerlo, nadie me perseguía, pero llegué a la moto muy nerviosa y salí a escape de aquel lugar que, de pronto, se me antojó una especie de purgatorio.

Había querido remover las aguas, y desde luego estaba segura de haberlo hecho.

Pero ningún pez había saltado.

De momento.

Tenía apenas diez minutos para llegar a mi cita en el Ándele de Santa Fe de Nou Mèxic. Ni yendo en moto era posible, así que aterricé en el aparcamiento de los vehículos de dos ruedas que cubría la casi totalidad de la acera que estaba enfrente del complejo Cinesa a las seis y cinco. En el trayecto traté de imaginarme la escena entre Elisenda Roig y su marido. ¿Le diría ella que sabía que la había hecho seguir? ¿Callaría a la espera de acontecimientos? ¿Tomaría posiciones para la inminente guerra que se le avecinaba? No tenía ni idea de lo que una y otro pudieran hacer. Cuando mamá dejó a papá se lo dijo a lo bestia: estaba harta, se había enamorado de otro y se iba. Pero los ricos quizá fueran de otra pasta. Recordé el texto de la primera anotación que hizo papá cuando se metió en este caso: «Ella es su segunda esposa.

Tiene treinta y nueve años y él sesenta y dos. Divorciado de su primera mujer hace diez años y unido a la segunda en matrimonio hace nueve. Confiesa estar muy enamorado de ella, hasta el punto de idolatrarla».

Si el señor Bermúdez estaba tan colado por su mujer...

Había agitado a los posibles culpables.

Además de la palabra «arte», papá había empleado otra: venganza.

¿De qué? ¿Por qué? ¿De quién? ¿Por quién?

Isabel Robert estaba sentada en una de las mesas de la terraza exterior, mirando al paseo de madera abierto entre ellas y los establecimientos de comidas. El lugar, dada la hora y por ser viernes, era un enjambre de chicos y chicas, todos guapos, todos sanos, todos vestidos con la informalidad que aportan el buen gusto y el dinero. Eran pequeñas manadas. Los mismos que luego dejaban los asientos de los cines hechos un asco,

pasando de todo, allí en cambio brillaban con luz propia. Ropa cara, sonrisas cuidadas, algunos con los cascos de sus motos colgados del brazo. Adolescentes y jóvenes de marca en uno de los barrios más pijos de Barcelona.

Me sentí deprimida.

Vieja.

Tenía dieciocho años y tres meses y parecía como si esa parte de mi vida fuera algo muy prehistórico.

Quizá nunca haya sido adolescente de verdad.

Me detuve frente a la mesa ocupada por Isabel Robert. Aunque no nos hubiésemos reconocido, era la única en la que había una mujer sola.

—Hola —me observó perpleja.

—Siento llegar tarde —me senté delante, no a un lado, para tenerla enfrente—. Gracias por venir, en serio.

Hizo un ademán de indiferencia que tuvo mucho de pesar.

Un camarero se detuvo a nuestro lado. Isabel Robert acababa de llegar, porque no había pedido nada.

—¿Vais a comer?

—No —dijo ella.

—No —dije yo.

Pedimos dos Coronitas. Nada más. El camarero se fue tras echarnos una ojeada un poco más larga y nos quedamos a solas. A solas en medio de aquel hormiguero de niños, adolescentes, jóvenes y parejas disfrutando de su viernes, como si la vida fuese eso: un viernes eterno en el que olvidarse de todo.

—¿Quién eres tú? —preguntó mi compañera cuando volvimos a quedarnos solas.

—Me llamo Berta. Ya le he dicho que soy ayudante del señor Mir.

—¿Por qué no ha venido él?

—No ha podido.

Soltó una bocanada de aire y miró a ambos lados, no con temor, sólo para contenerse. Parecía cansada, pero también asustada y recelosa. La lucha de sus sentimientos la desarbolaba. Sentimientos y emociones que eran palpables.

La observé detenidamente mientras reaparecía el camarero con nuestras bebidas, realmente rápido. Tendría unos treinta años y era alta, guapa, con buena presencia. Cabello rubio con mechas y bucles, ojos grises, labios muy bien definidos, nariz

exageradamente perfecta por lo que deduje que podía ser operada, cuello de cisne, ropa discreta pero elegante, ninguna estridencia en cuanto a joyas, porque sólo llevaba un anillo, un broche y un collar...

Lo que más la definía era la sombra de tristeza en sus ojos.

—No sé muy bien qué estoy haciendo aquí —suspiró.

—Ayudar —dije yo.

—Ya le conté todo al detective, y le dije que no quería parecer una resentida, aunque se lo merezcan, los dos. De no haberle seguido ese día y verlos juntos... Dios, es tan sórdido... —se llevó el puño cerrado a los labios.

No tenía ni idea de cómo sacarle la información que ya había revelado a papá. Ni idea, salvo preguntarle directamente, en cuyo caso corría el riesgo de que se largara o se cerrase en banda. Mi suerte era que Isabel Robert estaba tan afectada como confundida y, de momento, hablaba sola.

«De no haberle seguido ese día y verlos juntos.» Hice un primer disparo al azar.

—Están enamorados.

—¿Enamorados? —abrió tanto los ojos que el fuego de su ira abrasó el aire entre las dos—. ¿Estás loca? ¿Alejo Bermúdez estafa al señor Hernán y a los dos días, casualmente, Mauro se lía con la señora Bermúdez? ¿Enamorados de qué? ¡Por Dios! ¡Ellos son así, los dos, de tal palo tal astilla! ¡Es una venganza, pura y dura! ¡Esa pobre infeliz no es más que una parte del plan y Mauro vuelve a ser el que era, el que me engañó a mí y a todas las demás! ¿Cómo pude ser tan... estúpida? ¡Enamorarme del hijo del dueño y creer...!

—tuvo que coger su vaso y apurar un buen trago de cerveza para no estallar.

Lo llevaba dentro, muy dentro.

Era de las que no querían hablar, pero lo soltaba todo a la primera de cambio, porque le quemaba y porque su mundo se había reducido a eso, a vivir en el resentimiento.

Yo acaba de escuchar de sus labios por primera vez aquella palabra: venganza.

Intenté pensar a toda prisa, atando aquellos inesperados cabos.

Isabel Robert trabajaba en Medimar, la naviera de los Hernán. Mauro, el playboy Mauro, la había seducido como a otras muchas. Palabrería, promesas, encanto y falso romanticismo. Las armas de los depredadores que, invariablemente, siempre encuentran candidatas. Mientras tanto, Alejo Bermúdez estafa a Héctor Hernán. ¿Cómo? Arte. Algo relacionado con el arte. La venganza de los Hernán era que Mauro sedujera a Elisenda

Roig, la idolatrada esposa de Bermúdez. ¿Sólo para hacerle daño? ¿Un chantaje? ¿Recuperar el dinero de la estafa?

De paso, Isabel Robert descubría el pastel, seguía una tarde a su fallido enamorado y le sorprendía con su rival.

Sí, suficiente para atar cabos.

—Quizá seas demasiado joven para entender esto —musitó mi compañera.

—A mí también me han hecho daño —mentí, aunque por un instante pensé en Marcos.

—Suele ser patético.

—Usted sabía que Mauro era un seductor.

Apretó las mandíbulas.

Otra infeliz que creyó que podía hacer cambiar a su hombre.

Su hombre.

—¿Qué querías preguntarme? —se rindió.

Ya no podía disimular más. Si quería redondear la información, tenía que decirle la verdad. No iba a descifrar todo ese lío con tan poco. Quedaban los detalles.

Traté de hablar con mucho tacto.

—Mi nombre es Berta Mir. Soy la hija del detective que habló con usted el domingo pasado.

No entendió mi cambio de tono.

—Mi padre sufrió un accidente de coche esa noche y está muy grave, inconsciente, y si sale de todo ello quedará tetrapléjico, quizá no pueda volver a hablar nunca.

Sus ojos se convirtieron en dos rendijas amargas.

—Oh... Lo siento...

—Tengo que cerrar el caso, eso es todo. Necesito que me cuente lo que le contó a él, aunque ya me haya hecho una idea bastante clara de cómo están las cosas.

—¿De qué forma has llegado hasta mí?

—Encontré su teléfono anotado en un recorte de periódico que mi padre guardó en la guantera del coche. Ni siquiera sé de qué manera lo consiguió él.

—Localizó a una compañera de trabajo. Ella le dijo que Mauro y yo habíamos salido juntos hasta que me despidieron.

—¿La despidió por montarle el número?

—Sí. Sospeché que me estaba engañando porque de pronto dejó de interesarse por mí, casi de un día para otro. Puedo parecer patética, pero... le seguí una tarde y le vi con

ella. Fueron a un hotel. Nosotros nos veíamos en mi casa. Esperé a que salieran y entonces la seguí a ella hasta su residencia. Descubrí que era la mujer de Alejo Bermúdez. Cuando le conté a Mauro que lo sabía todo y le dije que era un cerdo, me echó, así –chasqueó los dedos–. Según él, se había cansado ya de mí.

–¿Cómo estafó Alejo Bermúdez a Héctor Hernán?

No me respondió. Volvió a mirar a un lado y a otro, dando más y más muestras de dolor en su expresión. Bebió otro largo sorbo de su Coronita y luego se quedó mirando cómo el trocito de limón burbujeaba a un lado de su pequeña piscina de color amarillo.

–Por favor, lo necesito para cerrar el caso, presentar el informe y cobrar. Necesito el dinero. Mi padre no podrá volver a ser el que era jamás. Si se lo contó a él...

La convencí.

O quizá ella también necesitaba vomitarlo, una y otra vez.

Además, se lo contaría todo a Alfredo Sanllehí cuando la llamase, que lo haría, y entonces se me caería el pelo.

–Alejo Bermúdez le vendió una pieza arqueológica falsa a Héctor Hernán. Que él es coleccionista de arte lo sabe todo el que le conoce. Se jacta de ello. Lo que no saben es que compra muchas cosas robadas, procedentes de saqueos y expolios. Tiene una colección estupenda a la vista, pero otra mucho más jugosa en el sótano de su mansión de Pedralbes, en una cámara acorazada y perfectamente disimulada.

–¿Cómo sabe eso de su casa?

–Mauro me lo contó. Pensé que eran confidencias de enamorado, una prueba más de su amor por mí. Ahora comprendo que cuando él conquista a alguien también le sale su lado fantasma y habla demasiado. Hay muchas formas de seducción, imagino, y cuando alguien tiene mucho más que la otra persona, tiende a alardear de ello, para impresionar, como me impresionó a mí.

–¿La estafa...?

–Héctor Hernán pagó seiscientos mil euros por una estatuilla procedente del Museo de Bagdad, el que fue saqueado cuando los estadounidenses entraron en la ciudad. Durante los siguientes meses los tesoros más preciados del museo fueron a parar a manos de tratantes, anticuarios y coleccionistas sin escrúpulos. Eso lo sé porque lo leí después, cuando me enteré del tema de la estafa. El señor Hernán pagó un dinero por una pieza que, al parecer, era única y excepcional, ignorando que realmente era una copia. A los pocos meses, no sé cómo, tal vez porque lo sospechó o supo que esa misma pieza

«única» estaba en otra parte, contrató a un experto que la examinó y descubrió que era falsa. Y no sólo lo era esa estatuilla, sino también otras piezas compradas a precio de oro al señor Bermúdez. Así fue como averiguó que el anticuario no sólo traficaba con material robado para clientes adinerados, sino que, ambicioso, también fabricaba sus propias «joyas». Imitaciones perfectas, todo hay que decirlo. Según Mauro, el propio experto se quedó asombrado de la perfección de las copias.

—Y Héctor Hernán no pudo denunciar a Alejo Bermúdez porque, además de ser un delito comprar piezas arqueológicas robadas, es probable que las haya pagado con dinero negro, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

—¿Mandó a su propio hijo a que sedujera a la mujer de Bermúdez como venganza?

Isabel Robert bajó los ojos.

La pregunta no era ésa únicamente. La pregunta era si había algo más.

¿Tratar de recuperar el dinero?

¿Cómo?

¿O el plan consistía simplemente en hacerle daño, destruir su matrimonio?

—¿Qué pensaba hacer Mauro con Elisenda Roig?

—No lo sé —reveló mi compañera inclinándose por la última opción—. Todo parece indicar que destrozarle la vida a él, sin tener en cuenta que también se la destrozaba a su mujer. He sabido que Alejo Bermúdez está muy enamorado de su esposa. Y me apuesto lo que quieras a que ella era y es una buena persona. Pero ¿cómo resistirse a los encantos de Mauro? Te aseguro que es muy persuasivo, ¿sabes? Oh, sí —se llevó una mano a la cabeza y se atusó el pelo, en un gesto instintivo de coquetería—. A mí me hizo creer que nos casaríamos —sonrió con ironía—. Y a lo mejor en ese momento era sincero. Siempre lo parece. O se cree sus propias fantasías, como un niño grande. Un niño egoísta pegado a su padre —volvió a mirarme con sus ojos agotados—. Yo trabajaba en la naviera desde hacía cinco años, le había visto con otras, leía cosas de él en las revistas, y nunca pensé que pudiera fijarse en mí. Pero lo hizo. Y aun sabiendo cómo era y de qué pie cojeaba... caí. Me invitó, salimos, fue encantador, seductor... Es un cielo en esos momentos. Resulta irresistible. Como esos estafadores que consiguen siempre pillar a los incautos —su monólogo casi era interior, hasta que hizo una pausa, llenó los pulmones de aire y retomó el hilo de su historia—. El día en que su padre descubrió el pastel casualmente estábamos juntos. Le llamó y oí la conversación. Por eso lo supe todo.

Mauro se puso como loco, gritando, diciendo pestes de Alejo Bermúdez, hablando de la falsificación, de que había engañado a su padre, de que no podían denunciarle porque eran cosas robadas y se habían pagado con dinero negro. No se cortó. No pensó que tal vez no interesaba que yo supiese esas cosas. A veces los ricos actúan con una impunidad absoluta, se sienten fuertes, seguros.

—¿Y a los pocos días él pasó de usted?

—Sí.

Acabé de beber mi cerveza.

Lo tenía todo.

Aunque seguía sin saber quién era el responsable del intento de asesinato de papá.

—Ha sido muy revelador —asentí con la cabeza.

—No sé de qué te servirá esto.

—Servirá, se lo garantizo.

—Te digo lo mismo que le dije a tu padre: no voy a declarar nada ante un juzgado o la policía. No quiero líos con ellos. Lo único que deseo es olvidar y..., ya ves que no puedo hacerlo. Yo siempre seré la amante desechada. Bueno —soltó un bufido de sarcasmo—, supongo que hay mujeres que no tienen suerte con los hombres.

Treinta años, guapa, soltera. Intuí un pasado conflictivo, amores sin fortuna, tal vez relaciones difíciles con hombres casados o con tipos de psiquiátrico. Un imán para los problemas.

¿Quién dijo que cada cual tiene lo que se merece?

—Escuche... —me vi en la obligación de advertirla de algo—. Eso de que no va a declarar nada a la policía...

—¿Qué sucede? —se alarmó.

—Ellos también vieron el recorte de papel en el que mi padre anotó el número de su móvil. Y además, seguirán la pista de los números de teléfono de las llamadas que hizo o recibió. Lo más probable es que lleguen a usted, la llamen o vengán a verla, no sé.

—¡No!

—Puede contarles todo esto, o puede callarlo, es su decisión.

—¡No quiero que algo así me persiga toda la vida! —se desesperó.

—Díales que salió con Mauro y rompió con él cuando le vio con la señora Bermúdez. Tal vez sea suficiente.

—¡No es lógico mentir a la policía! ¡No he hecho nada!

No supe que más decirle, salvo...

–¿Me haría un favor más?

–¿Cuál?

–Probablemente la llame un tal inspector Sanllehí –mi voz se volvió suplicante–.

Preferiría que no le dijera que ha hablado conmigo.

–¿Por qué?

–Porque no entendería que yo esté haciendo la guerra por mi cuenta. Por eso.

–Pero es tu padre...

Me encogí de hombros.

Secretos compartidos.

–¿Tienes novio? –me preguntó de improviso Isabel Robert.

Dejé atrás la plaza San Gregorio Taumaturgo, la única plaza redonda de Barcelona con una absurda iglesia en medio en lugar de una fuente o un jardín, y tras bajar por el lado del Turó Parc y llegar a la plaza Francesc Macià, enfilé la avenida de Josep Tarradellas sin correr demasiado para disponerme a comenzar mi vigilia enfrente de la casa de Martín Bermell, en la parte baja de la misma avenida, cerca de La Modelo y de la estación de Sants.

El hijo de José Luis Bermell podía salir a partir de las ocho o a las nueve, las diez, las once...

–Papá, qué paciencia tienes –suspiré abatida.

Y eso que hacía buen tiempo, un clima primaveral maravilloso. En invierno, o con lluvia...

No podía relajarme, ni despistarme. Tenía que estar pendiente de la puerta, sin apartar los ojos de ella. Bastaba un momento mirando el vuelo de una mosca para que el chico saliera sin darme cuenta y le perdiera.

¿Sería capaz un crío de diecisiete años, sólo uno menos que yo, de intentar matar a un hombre?

No podía tener carné de conducir, aunque eso no significaba que no supiese llevar un coche.

Y además, matar sólo para evitar que le dijera a su padre que bebía y tomaba porquerías...

Recordé otra de las teorías de papá:

«No des nada por sentado. Investígalo. Llega hasta el final. Compruébalo todo. Dos veces si es necesario».

Allí estaba yo, perdiendo una, dos, tres o más horas, y luego la noche, por comprobar todas las pistas, dar con todos los candidatos probables y averiguar si lo hicieron.

Encima, vestida «de fiesta».

Bueno, de niña me gustaba disfrazarme. Tampoco era tan malo.

La primera hora pasó despacio. La segunda se me hizo eterna.

Demasiado tiempo como para no pensar en aquel embrollo.

¿Y si no lo había hecho nadie involucrado en alguno de aquellos tres casos?

¿Y si había sido una venganza mucho más perdida en el tiempo?

¿Y si se trataba del clásico pique de carretera, con un conductor borracho que pierde el juicio?

No, había robado el coche.

Para seguirle y...

Las diez.

Empezaba mi tercera hora de vigilia.

Papá había descubierto el lío de los Bermúdez y los Hernán. ¿Quién quería silenciarle? ¿Por qué? ¿Alejo Bermúdez, pese a haberle contratado él, porque había husmeado más de la cuenta? ¿Para evitar que se supiese que vendía artículos robados por un lado y falsificados por el otro? ¿Héctor Hernán para ahorrarse la vergüenza de saberse estafado, sin olvidar que comprar arqueología expoliada era un delito y pagarla en dinero negro también? ¿Mauro Hernán?

Papá venía de Sant Cugat o sus alrededores en domingo.

¿Qué había allí?

¿El taller donde Bermúdez ocultaba las piezas saqueadas y fabricaba las réplicas de otras?

Tenía sentido.

Saqué los papeles impresos del bolsillo de mi cazadora y encontré un bolígrafo en la moto. Durante unos diez minutos apunté todo lo descubierto a lo largo del día, para no olvidar nada. También hice una lista de candidatos: Mauro Hernán, Héctor Hernán, Elisenda Roig, Alejo Bermúdez, Laia Huertas y sus padres, José Luis Bermell y su hijo Martín...

Arte.

Venganza.

¿Cuánto dinero sacaba Alejo Bermúdez de su tráfico ilegal de obras de arte, y cuánto más de sus falsificaciones para servir la demanda de sus clientes?

Volví a coger el móvil y busqué un número en la memoria.

Viernes noche, pasadas las diez. No era la mejor hora para telefonar a nadie, aunque se tratase de Fernando Constantí, mi viejo profesor de historia. Y sin embargo, ¿conocía a alguien más tan apasionado por el tema como él? ¿Cuántas veces le había oído hablar en clase del famoso Museo de Bagdad, sin prestarle mucha atención, porque se ponía como una moto al referirse a la ilegal guerra de Irak? Tenía su número porque había colaborado con él en un trabajo de investigación para subirme la nota.

—¿Sí? —escuché su voz reposada y académica.

—¿Señor Constantí? Soy Berta. Berta Mir.

—¿Berta...? ¡Por todos los demonios, Berta! ¡Pero bueno...!

—¿Cómo está, profesor?

—¿Yo? Pues bien, tratando de inculcar un poco de cultura a un grupo de chicos y chicas aún más duros de entendederas que vosotros, que ya es decir.

—Venga, que le caíamos bien.

—No, si bien me caen todos, pero hay momentos... ¿Qué es de tu vida?

—¿Le hablaba de mi padre?

—Toco en un grupo, ayudo a mi padre en su trabajo... No me quejo.

—Y me has llamado para desearme buenas noches.

—No, eso no. Quería preguntarle algo.

—Venga, dispara.

—Si le interrumpo algo o estaba viendo alguna peli...

—¿Una peli yo? ¿En la tele, con anuncios? Si tuviera el Plus... —se echó a reír—. Tranquila, hacía lo que más me gusta: leer. Los viernes por la noche no puedes ir a ninguna parte, todo está lleno de gente ruidosa. ¿De qué se trata?

—De uno de sus temas favoritos: el Museo de Bagdad.

—Vaya por Dios.

—Quería que me refrescara la memoria acerca de lo que sucedió, cuándo y cómo. Sólo eso.

—¿Sólo eso?

—Versión resumida.

—No, si me encanta poder hablar de ello, y más con una antigua alumna como tú. Eras de las pocas con dos dedos de frente.

—Él también pensaba que yo era «brillante».

—Mi cociente intelectual persiguiéndome.

—Usted hablaba mucho de ese saqueo.

—¡Fue más que un saqueo! —se puso las pilas enseguida—. Berta, en siete mil años de historia, cuatro grandes ejércitos imperiales han conquistado Mesopotamia, la cuna de la civilización. Cuando la primera guerra del Golfo, la de 1991, la mayoría de museos sufrió el expolio sin que nadie abriera la boca. Pero en la segunda guerra, la de Bush, Blair y Aznar..., los grandes coleccionistas privados esperaban babeando el día en que los estadounidenses entraran en Bagdad. Buitres aguardando la carroña. Algunos ya habían pagado a ladrones, expertos o no. Ladrones con fotos de los objetos más deseados y fácilmente sustraíbles en medio del caos. El Museo Nacional de Irak en Bagdad, que así se llama, poseía los tesoros de la Antigüedad, los que aún quedaban allí después de siglos y siglos de expolio por parte de las grandes potencias. Un legado enorme, impresionante pese a todo. Pero en una guerra, cuando lo único importante es salvar el pellejo, ¿alguien va a preocuparse por unas piedras?

—¿Cuándo sucedió?

—La historia es ésta —se dispuso a ilustrarme con su saber—: El martes 7 de abril de 2003, el ejército estadounidense pasa frente a las puertas del museo. No hay nadie en él. Ninguna protección. Una vez ocupado Bagdad, el jueves día 9, un hombre llamado Donnie George fue a pedir protección para el edificio. Nadie le hizo caso. ¿Proteger un museo? A ninguna persona se le había ocurrido tal cosa, y menos al cabeza hueca de Bush o a los militares. Eso fue como agitar un pollo delante de un millón de hambrientos. Durante tres días, viernes, sábado y domingo, 10, 11 y 12 de abril de 2003, el museo fue asaltado, saqueado, expoliado y humillado impunemente. Los ladrones se llevaron todo lo que podían transportar con las manos, y no cargaron con las piezas arqueológicas que pesaban una tonelada porque no disponían de maquinaria, que si no... Como te he dicho, había dos tipos de ladrones, los que cogían lo que fuera, sin saber su valor, con ánimo de revenderlo y conseguir dinero para subsistir, y los profesionales que iban a la carta. En los sótanos no había luz, pero ellos disponían de linternas. En una ciudad arrasada, ellos no carecían de medios. En aquellos tres días desaparecieron cinco mil objetos únicos. La historia de la humanidad. Casi ninguno de todos esos objetos ha aparecido, y puede que no lo hagan nunca. ¿Sabes que en una de las puertas laterales hay una estatua de Alí Babá y los cuarenta ladrones? Pues sí, aunque parezca un chiste. En occidente se llama Alí Babá a un ladronzuelo. Allí lo llaman *harami* .

—¿Qué pasó después?

—El mercado negro de Bagdad quedó inundado de piezas del museo, las más fácilmente vendibles, las pequeñas, cilindros, alfombras, plata... Había 4.500 sellos cilíndricos, 4.900 agujas, amuletos, perlas... Eso fue lo primero que se evaporó. Mira, Berta, en Guatemala, Perú, incluso en el Sudeste Asiático, hay bandas organizadas para saqueos. Se apoderan de una zona, la expolían y se van. ¡En Irak hay diez mil yacimientos arqueológicos! ¡Es imposible protegerlos todos, y menos en mitad de una guerra o sus secuelas! Después de la derrota de Saddam Hussein en la primera guerra del Golfo, en 1991, se abrió la veda. En 2003, con la segunda, se consumó la catástrofe. En Irak podía comprarse un sello cilíndrico por doscientos o trescientos dólares, y también tablillas con escritura cuneiforme... Todo lo que cabía en un bolsillo. Esos mismos sellos en Nueva York se pagaban a doscientos, trescientos o cuatrocientos mil dólares. Las grandes piezas, las millonarias, llegaron a manos de los coleccionistas por otros medios. Los mismos diplomáticos se convirtieron en traficantes. Nadie puede abrir una valija diplomática en un aeropuerto.

—¿Cómo se detuvo todo eso?

—El día 11 de abril, el director del museo, Jabir Ibrahim, fue a suplicar al ejército estadounidense. Le prometieron mandar un tanque o un puñado de soldados de inmediato, pero ni ese día, ni el 12 ni el 13 llegó la ayuda prometida. ¿Sabes qué pasó? Pues que el coronel encargado de la misión no tenía un maldito mapa y se perdió. O eso dijeron. Jabir Ibrahim y Donnie George aguantaron como pudieron en medio de las hordas de ladrones. Dos contra decenas. Los habrían matado. Por fin, una semana después de la entrada de los estadounidenses en la ciudad, Donnie George llamó por el teléfono de una periodista al British Museum de Londres. Cuando el director del British escuchó su relato, horrorizado, llamó personalmente a la Casa Blanca. Bush no tuvo más remedio que reaccionar por el escándalo que se le venía encima. ¡Bastante fama de burro tenía ya! A las pocas horas los primeros soldados americanos llegaron al museo para protegerlo y el general Tony Franks mandó a un coronel llamado Matthew Bogdanos, experto en arqueología. Así se detuvo el saqueo... cuando ya no quedaba nada salvo las grandes piedras. Desde entonces, el tráfico de esos tesoros es el gran atracón del mundo de las antigüedades y los coleccionistas sin escrúpulos. A todo esto, no olvides que España es un buen país para los delitos internacionales. El turismo encubre tanto a personas como a capitales surgidos del blanqueo de dinero ganado con el tráfico de drogas o con el montaje del maldito ladrillo que derivó en la crisis.

Una buena lección de historia. Y una puesta al día rápida acerca del tema de la venta de tesoros arqueológicos, verdaderos o falsos. Para los pobres era un medio de subsistencia. Para los ricos y los traficantes...

—¿Sabes, Berta? —continuó hablando, aunque de manera más relajada, mi viejo profesor de historia—. Los museos actuales son en realidad bancos de objetos robados. El British, el Louvre... Todos. Grandes conquistas, grandes expolios. Pero lo triste es que un millonario encargue el robo de un cuadro para tenerlo en su casa y poder verlo sólo él, todas las noches, en exclusiva, porque nadie puede saber que lo tiene. Esos depredadores merecerían la cárcel porque atentan contra el legado de la humanidad. Poseer algo, el objeto máspreciado o lo que está fuera del alcance de la mayoría, es propio del egoísmo de los poderosos. El mismo egoísmo del político que roba y roba y roba, y aunque ya tenga mucho, más de lo que podrá gastar en cien vidas y a su edad, sigue robando y robando y robando. Hay drogadictos porque alguien vende drogas. Y se robará arte mientras alguien lo compre.

Encima Alejo Bermúdez se lo fabricaba él mismo.

Y lo vendía a precio de oro igualmente.

—Gracias, señor Constantí. Me ha ayudado mucho.

—¿En serio?

—De verdad.

—Me gustaría verte. Debes de estar guapísima. ¿Ya tienes novio?

Era la segunda persona en unas horas que me lo preguntaba.

Como si fuera el fin de una vida.

—No.

—Bien, disfruta, ¡vive! Y llámame cuando quieras, ¿eh?

—Buenas noches.

Corté la comunicación y me quedé pensativa.

Si Alejo Bermúdez estaba metido en operaciones de tan altos vuelos, y Héctor Hernán era de esos coleccionistas capaces de lo que fuera por una pieza única, el tema sí adquiriría tintes excepcionales.

Era mucho más que el caso de una mujer infiel.

Las diez y media.

Entonces tuve que olvidarme de todo porque mi angelito, Martín Bermell, salió de su casa dispuesto a vivir a tope la noche del viernes.

La primera parte de la noche no pudo ser más elemental y básica.

Tanto que, viendo cómo se lo montaba un chico que sólo tenía un año menos que yo, me sentí todavía más rara. Marciana.

¿Por qué yo no era así?

¿Un ataque de madurez temprana?

¿Lo del maldito y castrador cociente intelectual?

Martín Bermell no hacía más que lo que hacían otros miles y miles de chicos y chicas, en mayor o menor medida, pasándose más o menos: ser uno más, pequeño y básico, en la inmensa rueda y el engranaje de la globalización.

Aunque si ser joven consistía en eso...

Primero le seguí despacio y a distancia, él a pie y yo con la moto. Subió hasta la calle París y recogió a un amigo. Se metieron en un bar, hablaron cerca de media hora y se tomaron sus dos primeras cervezas. Mientras estaban en el bar pude acercarme un poco. La foto que su padre le había dado al mío no le hacía justicia. Al natural tenía más cara de cretino. Hablaba a gritos y se reía por todo. Una risa más floja que su chaveta. La noche era suya. Decían «tío», «puta madre» y «joder» cada cinco palabras. Y su forma de hablar de las chicas era la habitual en dos mentes cortas y cerradas. Dos pichaflojas que jamás se habían comido nada. No me cayó bien, lo reconozco, pero me dio pena. Con un padre como el suyo, capaz de contratar a un detective para controlarle, no sé si le quedaban muchas más opciones.

Pasadas las once apareció un tercer colega. Otra cerveza y se marcharon. El colega tenía coche, así que era de mi edad. El coche, un Corona, desde luego era de su padre. Quedó claro cuando mi Martín le dio un golpe y el otro le gritó que como le hiciera un simple rasguño, lo pagaba, y encima se quedarían sin vehículo una larga temporada.

Fueron hasta Sants y, tras aparcar el coche, hicieron botellón en una de las plazas, la

de la Farga. Durante más de una hora me sentí idiota, con mi pinta minifaldera, espiando a unos niños que acabaron ciegos de cerveza comprada a los vendedores callejeros. No podía perderle de vista, así que tuve que acercarme un poco, no tanto como para que me viera, pero tampoco observándole desde muy lejos por si se me evaporaba entre los demás. Parada de pie, sin hacer nada, como una buscona o una que espera inútilmente a su novio, fui el objeto de los intentos de ligue fallido de una docena de babosos. Me cansé de decir no y de moverme para arriba y para abajo eludiendo a los plastas.

A la una, el trío regresó al coche y sin cortarse un pelo, gritando como si estuvieran solos en el mundo, iniciaron un largo recorrido conmigo pegada a su trasero. Por las ventanillas abiertas escuchaba su chunda-chunda, música a toda pastilla, sobre todo en los semáforos. Ningún policía les detuvo para que el conductor soplara. Su desafío les salió bien. Llegaron a una de las macrodiscotecas situadas en las afueras, en el polígono Famadas, entre Hospitalet de Llobregat y Cornellá. Territorio Comanche. Ninguna patrulla de los Mossos d'Esquadra controlaba a la jauría. No se trataba de la misma que el viernes pasado porque el nombre no era el del informe de mi padre. Dejaron el coche en un mar de vehículos y motos y yo hice lo mismo encadenando el casco a la rueda. Hora de convertirme en una chica loca. Moví la cabeza de lado a lado para desmelenarme y fui tras sus pasos ya sin importarme que me descubrieran, porque en la disco no iba a tener más remedio que pegarme a él para ver qué tomaba y, si eran drogas, saber de qué clase.

—Papá, ¿de verdad seguiste a este cretino el viernes pasado?

No me lo imaginaba allí, en plan carroza, espiando al personal.

Una vez en la discoteca, Martín Bermell se comportó como todos, uno más: primero, bailar; después, beber; y en todo momento, intentar ligar.

Lo primero le resultó fácil. Lo segundo normal. Lo tercero, imposible.

Me acerqué a él.

—¡Hola!

Me miró como si yo fuera «lo máximo». No creo que ninguna chica le hubiese abordado jamás. De cerca se veían mejor sus orejas de soplillo, lo irregular de sus dientes, el volcán de espinillas de su cara, la enormidad de su nariz. Podía tener diecisiete, pero aparentaba todavía quince. Sus dos amigos también estaban impresionados por mi aparición estelar.

—¡Hola! —me correspondió alucinado.

—¡Eres Martín!, ¿verdad?
—¿Me conoces?
—¡De oídas!
—¡Vale! —se puso muy contento.
—¿Vienes mucho por aquí?
—¡Bastante! ¡De puta madre!
—¡Yo es la primera vez que vengo!
—¡La música es guapa! ¿Nos movemos?
—¡Bueno!

Me alegré de dejar de gritar, pero con la música al máximo de su nivel decibélico era la única forma de entendernos. Lo hacíamos alternativamente, hablando uno al oído del otro. Sus dos colegas se quedaron atrás y con la boca abierta.

Me sentí potente.

¡Oh, sí!

Bailamos diez minutos. Yo suelo hacerlo con los ojos cerrados, para sentir el ritmo, aunque la música de la discoteca no era la mía. Cada vez que los entreabría me encontraba con la mirada de Martín recorriéndome el cuerpo. Tuve que recordar que estaba «trabajando». Hubiera querido irme, redactar el maldito informe y allá el chico con su padre. Sin embargo seguí. Llegué a entrecerrar los ojos para ver qué hacía y le descubrí moviendo las manos en dirección a sus amigos. Les dijo que «iba a mojar». Sus gestos eran de lo más evidente.

Cuando me cansé de que me devorara y de que soñara imposibles, le grité:

—¡Voy a por una cerveza!

—¿Aquí? —su tono me atravesó el tímpano—. ¡Es muy cara, tía! ¡Mejor fuera! ¡Yo tengo que salir, acompáñame!

Asentí con la cabeza y atravesamos aquel océano de cuerpos sudorosos que se movían bajo la electrizante paliza del discjockey. El ritmo de la percusión debía de rondar los doscientos *beats* por minuto, es decir, una tremenda descarga capaz de disparar el cerebro de cualquiera. Se decía que para la estabilidad emocional del oyente, la música debía mantenerse por debajo de los 135 b.p.m., pero llevábamos veinte años con un mínimo de 150 y los sonidos se habían hecho más brutales y duros. Si alguien tomaba éxtasis, eso se multiplicaba. Cuando el *gabba* y el *happy hardcore* llegaron a los 250 b.p.m... Bajos profundos, *jungle*, *drum 'n' bass* ...

Adiós al rock.

Hasta en eso estábamos desfasados.

Salimos al exterior, él y yo, solos, sin sus dos camaradas que, al parecer no querían interferir en su éxito. Agradecí el frescor de la noche, suave y hermosa. Martín Bermell sonreía de oreja a oreja. Era feliz. Y hubiera dado su mano derecha por mí.

—Ahí venden cerveza —me dijo.

Era un coche aparcado, con el maletero abierto. Un par de chicos tenía un barreño con hielo y latas. Abstemia o no, me gusta la cerveza. Compré una, y la pagué con mi dinero antes de que él fuera a ofrecerse como un novio. Había un tercer chico al volante, tal vez para salir zumbando si aparecía la policía o si los de la discoteca se daban cuenta de la competencia de su negocio.

Iba a regresar dentro.

Pero Martín no me dejó.

—Espera, ven —me guiñó un ojo.

Fui tras él, aunque no las tenía todas conmigo. Pareció buscar algo entre los coches y no tardó en localizarlo. Era un hombre joven, veintimuchos, cara chupada, ojos salidos, aspecto enfermizo. No tuve que imaginar nada.

—¡Hola, tronco!

—¿Qué hay? ¿Qué tienes hoy?

—Cosa fina. Recién llegada —sacó la mano del bolsillo y le enseñó un puñado de pastillas blancas con un dibujo en el centro. Una rosa, o algo parecido a una rosa. También me miró a mí, cara de baboso, expresión colgada—. Guapa la niña, ¿eh? Tienes buen gusto, cabrón.

—¿A cuánto?

—Es material de primera. Vienen de Holanda.

—¿Cuánto? —repitió Martín alargando la primera vocal.

—Por ser para ti, doce. Si pillas dos, veinte. Tres...

—¡Jo, tío, no te enrolles mal, va! ¡La última vez estaban a diez cada una, y dos salían por quince!

—Te digo que éstas son más fuertes, tío. El efecto no es el mismo. Con una basta. Ya me lo dirás. Se sube enseguida —hizo un gesto con la mano derecha, colocando la palma hacia abajo, como un avión despegando—. Puta madre.

—Nunca he vuelto a sentir lo de la primera vez.

–Porque tienes que tomar dos o tres para eso, ya te lo dije. El cuerpo se habitúa y se pone chungo. Pero con éstas... –mantuvo las pastillas en la izquierda, igual que bombones a los ojos de un goloso–. Tómate una y ya verás.

Martín se rindió.

–Dame dos –buscó su dinero y entonces se dirigió a mí–. Tú quieres, ¿no?

–No.

–¿No? –pareció desconcertado.

Una fiesta en la que uno se colocaba y el otro pasaba.

–No me sientan bien.

–Hay que saber a quién se le compra y qué se compra –dijo el camello, siempre con aquella entonación que recordaba la cantinela de un quinqu pasota.

Martín le dio veinte euros. El camello las dos pastillas. Ya no hubo más. Se despidieron y de camino a la discoteca me cogió la cerveza.

–¿Te importa?

–No, no.

Se tomó las dos, con casi media cerveza. Ya llevaba varias, así que tenía los ojos achispados, enrojecidos, aunque no estaba borracho. Debía de llevar ya algunos años saturando su cuerpo y, en apariencia, controlaba.

Era lo que decían todos: «Yo controlo».

–¿De verdad pasas? –siguió asombrado.

–Sí.

–¿Y cómo te colocas?

Me dio por reírme.

–Volvamos dentro –tomé la iniciativa.

–Pues esto es cojonudo, tía. Para no dejar de bailar en toda la noche.

Me pregunté por segunda vez qué estaba haciendo yo allí.

Ya tenía lo que quería.

Suficiente.

Aguanté diez minutos más. Bailamos hasta que el efecto del éxtasis fue evidente. Martín empezó a sudar, a reírse como un loco. Su labio inferior se puso a temblar por su cuenta. Si ni un supuesto ligue como era yo le hacía mantenerse estable...

–¡Voy al baño! –le grité.

–¡Vale!

No fui al baño. Caminé hacia la salida para dar carpetazo al tema. Llegué a la puerta y como ya me habían marcado la primera vez, al salir a por la cerveza y el éxtasis, no tuvieron que volver a hacerlo. Cuando el frescor de la noche me despejó de nuevo cerré los ojos y respiré hondo. Llegaban más y más bailongos. El vendedor de pastillas haría su agosto con todos los Martín Bermell que necesitaban «colocarse» para divertirse. La excusa perfecta.

Y yo sintiéndome más y más vieja por todo aquello.

¿Podía Martín Bermell, en un ataque de lo que fuera, o colocado hasta las cejas, haber tratado de matar a mi padre?

—Mierda...

No podía irme sin saber algo más, sin hablar con él, sin mirarle a los ojos, colgado o no.

Di media vuelta y me metí en la discoteca por tercera vez.

Cinco minutos después, cansada de buscar, comprendí que mi espiado había desaparecido.

Algo no iba bien.

Localicé a sus dos amigos, apoyados en una columna, observando el panorama y al personal. No bailaban, bebían y dirigían sus miradas de carneritos degollados a todas las princesas imposibles que pasaban por su lado, se daban codazos, ponían cara de enfermos. Desde luego, no eran los tíos más guapos del mundo y estaban desesperados por ligar, nada más. Vivían en la frontera: salidos. Al diablo los sentimientos. La vida les apretaba por todas partes y ellos se sentían como si se les agotara el tiempo.

Antes de llegar a ellos intenté serenarme.

¿Me estaba volviendo ácida? ¿Lo criticaba todo porque mi padre estaba en el hospital hecho una completa mierda?

No, nunca había sido una chica como las demás.

«Normal.» –Mierda –intenté no sentir el peso de la realidad.

Me recuperé, traté de controlar las lágrimas y me planté delante de ellos poniendo cara de chica-chica, es decir, sonrisa y la-noche-es-mía-porque-estoy-buena.

–¿Habéis visto a Martín?

–¿No estaba enrollado contigo?

–Enrollado no. Conmigo sí.

–No sé –miró a su compañero–. Desde luego no se ha ido.

–Mira en el váter.

Ningún chico con un mínimo de dignidad mencionaría la palabra «váter» delante de una chica. Servicio, baño, pero váter..., no.

Caminé hasta los servicios. En el de chicas, la cola de siempre. En el de chicos, no. Pero entrar ahí era como meterse en la boca del diablo. ¿Fingía ser un travesti? No estaba para más líos. Y sin embargo...

–¡Martín! –grité desde la puerta.

Un chico que entraba me sonrió.

Dos salían y uno me dijo:

–Yo también me llamo Martín.

Pasé de ellos, esperé a que se fueran y repetí el grito:

–¡Martín!

Otro chico enfiló la puerta, subiéndose la bragueta sin disimulo. Como era natural, no había agua ni para lavarse las manos. Se trataba de hacer caja y evitar que el personal bebiera del grifo.

–Si es uno que está ahí dentro sacando la primera papilla, no creo que te oiga.

–¿Orejas panorámicas, dientes torcidos, bosque de espinillas, nariz grande...?

–No sé –se encogió de hombros y fue explícito–. Tiene la cabeza metida en el cagadero. Pero lleva una camisa azul.

Era él.

No tenía por qué hacer aquello, pero lo hice.

Supongo que me dio pena, porque me daba cuenta de que su padre le mataría de todas formas.

Me metí en el servicio de los chicos, pasando de bromas y comentarios, y llegué al lugar en el que mi espiado estaba arrodillado, con la cabeza ciertamente metida en el inodoro.

Ya había terminado, así que en ese momento se dio la vuelta, quedó sentado en el suelo y me miró por entre las brumas de su cuelgue.

Daba asco.

–Hostia... tía... –farfulló.

–¿Estás bien? –me tocó hacer a mí la pregunta que me habían estado haciendo desde el accidente de papá.

–Cagüen... la puta... –escupió cada palabra con dolor–. Lo que me ha vendido ese cabrón...

–Sal de aquí, ¿quieres?

–No sé si...

–Vamos.

Le tendí las dos manos y le ayudé a incorporarse. El lugar olía que apestaba. Él también. Tuve que apartar la cara. Lo extraño era que no se cuestionara qué estaba haciendo yo allí, con él. Lo dejé apoyado en la pared y entré en aquel pozo de mierda

para recoger un buen trozo de papel higiénico. Se lo pasé para que se limpiara la boca y la barbilla.

—Te espero fuera.

—Vale.

Regresé a la puerta y continué ahogando las preguntas que me asaltaban. ¿Me solidarizaba con aquel niño sólo porque iba a decirle a su padre lo que hacía cuando salía de marcha? ¿Sentimiento de culpa? ¿Remordimientos?

Me enfadé más y más conmigo misma. Estaba perdiendo el tiempo. Martín Bermell era lo que era: un imbécil. El que había atentado contra papá estaba en otra parte, tan pancho.

—Gracias —escuché la voz del hijo de José Luis Bermell a mi lado.

—Vamos a que te dé el aire —lo agarré de un brazo.

—Sí.

Lo hice con buena intención, pero no fue la mejor idea del mundo. Nada más salir de la discoteca y dar unos pasos, Martín vio al camello que le había vendido el éxtasis. Su metamorfosis fue fulminante.

—¡La madre que lo...!

—¡Martín!

No pude detenerle. Se soltó de mi mano y corrió hacia él. Desmadejado, pero corrió. Bastante hice con seguirle. Le atrapó entre dos coches. El camello no se escondió ni trató de escapar. Cuando lo vio se quedó quieto, sonriendo, probablemente pensando que su cliente volvía a por más pastillas.

Martín le empujó contra el coche situado a su espalda. Eso hizo que le cambiara la expresión.

—¿Qué coño me has vendido, hijoputa?

—¡Eh, eh! ¿De qué vas?

—¡Acabo de vomitarlo todo!

—¿Te tomaste las dos de golpe?

—¡Sí!

—¿Estás loco? ¡Te dije que era material de primera, que eran fuertes, mejores que otras! ¡Eres tú el que no controla, joder!

—¡Cabrón...!

Martín se le echó encima. No lo habría imaginado peleón. Era de los que no tenía ni

media bofetada. Sin embargo lo hizo. Tal vez fueran todavía los efectos del subidón del éxtasis. La pérdida de toda realidad cognitiva.

No es que el camello fuese un Hércules, pero era un hombre más formado. Cayeron al suelo, de lado, entre los coches.

—¡Martín!

Mi grito fue inútil. Y desde luego, meterme en medio, una estupidez. De todas formas tampoco tuve mucho tiempo para reaccionar. El camello ya le había soltado dos buenos golpes a su agresor, pese a estar debajo, cuando apareció otro socio, tal vez el que hacía las funciones de vigilancia del primero y su mercancía. Y éste sí era un hombre cuadrado, de unos treinta y cinco años más o menos. Cogió a Martín por la espalda, lo levantó casi como una pluma y lo arrojó al suelo.

El chico rebotó contra las ruedas del otro coche y quedó hecho un guiñapo.

Fue mi oportunidad.

Me puse en medio, con las manos extendidas.

—Ya —le dije al aparecido antes de que lo machacara en el suelo—. Vale, ¿de acuerdo?

El camello se había puesto en pie. La escena no había tenido más testigos. El recién llegado me miró a mí, a Martín, jadeó sin dejar de apretar los puños. No me gustaron sus ojos.

—Dile a ese imbécil que no vuelva por aquí.

—Bien, bien.

—¿Vale?

—Vale —asentí.

Ví que se marchaban como colegas. Incluso soltaron unas risas antes de que la oscuridad se los tragara, devorando sus sombras. Los alrededores de la discoteca eran un hervidero de cuerpos felices. La noche era joven.

Para mí, había terminado.

Me volví hacia Martín Bermell, colérica, y me agaché a su lado para que me viera y me oyera con claridad.

—Escucha bien, idiota, porque te lo voy a decir una sola vez.

—¿Qué? —centró poco a poco sus ojos vacíos en mí.

—Eres un gilipollas y no mereces el favor que voy a hacerte ni que te revele lo que voy a contarte, pero lo haré: somos detectives, tu padre nos contrató para seguirte y ver qué

hacías los viernes y los sábados por la noche, si te emborrachabas y, sobre todo, si tomabas drogas. ¿Lo pillas?

Lo pillaba, pero le costaba entenderlo.

—¿Mi... padre...?

—La semana pasada te siguió un tío, y ésta lo he hecho yo. Tenemos pruebas de sobra para que te machaque.

—Joder... —gimió desalentado.

—Mírame, Martín.

—Ya, ya.

Le cogí la cara con las dos manos y se la mantuve fija, con los ojos mortecinos y doloridos colgados de los míos.

—Te voy a hacer un favor. Supongo que tengo más o menos tu edad y pienso que tu viejo es un cerdo —respiré hondo antes de seguir—. El lunes le entregaré un informe diciendo que bebes pero que controlas, sólo eso, no mencionaré que tomas drogas. También hablaré con el que te siguió la semana pasada para arreglar lo suyo. Eres un capullo, pero no quiero que tu padre te machaque únicamente por eso. Porque sería capaz de matarte, ¿no?

—Dijo que... me llevaría a un psiquiátrico... —se estremeció—. A un puto manicomio...

—Tenemos que seguirte un mínimo de tres meses —continué—. Tú mismo, chaval. Yo puedo mentir, falsificar mi informe, pero mis compañeros no serán tan conmisericordiosos. Si te ven consumir cualquier porquería, se lo dirán y tendrás que apañártelas con él. Tómate algo y estarás listo. ¿Es eso lo que quieres?

—No.

—Tío, estás a tiempo.

—Pero si le decís que bebo...

—¿Qué quieres, que le diga que eres un santo? ¿Cuántas veces has llegado oliendo a cerveza, o incluso pedo perdido?

—Nunca... me ha visto pedo perdido.

—Mejor para ti, pero no creo que sea tonto. Se cabreará por lo de la bebida, aunque eso no es nada comparado con lo de las drogas. Para él un simple porro es veneno.

Su gesto de dolor y pasmo se tornó agri dulce. Un atisbo de normalidad dentro de su estado y el choque emocional de lo que acababa de contarle.

—¿Por qué haces esto?

—Porque no eres más que un pringado, ya te lo he dicho, pero tu padre es... Tendría que hablar contigo, no contratar detectives para que te sigan. Por eso. Mira, tío... —yo también olvidé mi papel y le hablé de pronto como una amiga—. No tomo drogas, ¿vale? No las tomo y me ponen enferma los drogatas aficionados como tú. ¿De qué vas? ¿De hay-que-colocarse-para-pasarlo-bien? Os creéis que esto es un juego. Venga pastillitas, primero una, luego, para llegar a lo mismo, dos, y después tres, y al final las que sean, y así se destroza el cerebro. Sí, piensas que el éxtasis no crea adicción. ¡El éxtasis es una bomba, chaval! Acabarás atontado. Tú no controlas nada, lo que te tomas siempre te controla a ti —tomé aire de nuevo—. Eso es lo que pienso, pero... tú mismo.

—¿Me seguiréis... tres meses?

—De momento —me incorporé—. Si luego a tu padre le da por seguir pagando o no se fía de ti, vete tú a saber.

Quizá le acabara por volver paranoico y, desde ese momento, cada vez que saliera de casa, no dejase de mirar a su espalda. Pero era lo único que se me ocurría.

—¿Cómo... te llamas?

—Berta Mir —le miré atentamente por si al decir el apellido reconocía algo.

Se quedó igual.

—No volveré a verte, ¿verdad?

—No creo.

—Lástima —sonrió.

—Chao, pringao —le devolví la sonrisa antes de dar media vuelta y marcharme de su lado en busca de mi moto.

Tardé en dormirme, así que desperté tarde. Mucho más de lo que hubiera querido. Cuando vi las lucecitas del reloj digital marcando la hora salté de la cama sobresaltada, y sintiéndome culpable. Primero fui a ver si la abuela seguía en casa, pero no, como de costumbre, ya se había ido. Y sin llamarme.

El efecto protector de los abuelos, los padres...

—¡Vaya por Dios! —suspiré todavía un poco embotada.

Me duché rápido y me tomé dos tostadas a la carrera, mientras iba y venía por la casa empleando más tiempo de lo habitual en hacerlo todo porque ni estaba concentrada ni tenía la cabeza en su sitio. Me quedé con hambre y me preparé dos más, y un tazón de cereales con leche. Finalmente me vi vestida y a punto de volar al hospital.

Sábado.

Había investigado todo lo investigable y... nada.

Quizá fuera hora de llamar a Alfredo Sanllehí y contarle mis andanzas.

Estaba pasándome el cepillo por el pelo, después de lavarme los dientes, para salir de casa, cuando sonó el timbre de la puerta. No el de la calle, sino el de la puerta.

No miré quién era por la mirilla.

Simplemente abrí.

Creo que se me detuvo el corazón y me quedé sin aliento, todo de golpe.

Alejo Bermúdez.

Me sentí paralizada. Paralizada y muerta de miedo. Un miedo que surgió como un ramalazo de pánico y me recorrió la columna vertebral. Papá había descubierto algo que casi le costó la vida. Pero él lo hizo de forma inconsciente. Yo en cambio sabía lo que me jugaba. Lo sabía y no le hice caso.

Aquel hombre era la última persona a la que yo hubiera esperado ver en el rellano de mi casa.

La parálisis me impidió cerrar la puerta.

La parálisis me hizo quedarme quieta, expectante.

—¿Puedo pasar?

Su voz sonó como en un sueño. Una voz nada agresiva. Una voz tan sólo triste, herida de muerte por un sesgo de dolor. Él me miraba fijamente. Yo también. Creo que se dio cuenta de mi miedo. En su rostro de hombre prematuramente envejecido encontré mil y un signos de hundimiento moral y físico. Ojos apagados, labios rectos. Alejo Bermúdez mostraba un particular semblante de maltrecha dignidad. Toda su elegancia, su clase, quedaba empañada por aquella pátina de decaimiento humano.

Nada que ver con el hombre con el que me había cruzado la tarde anterior, saliendo de su casa.

Me aparté de la entrada para dejarle pasar. Luego cerré la puerta y le precedí por el pasillo. El silencio acompañó nuestros pasos hasta la sala. Tenía el balcón y las ventanas abiertas. Un ligero airecillo movía las cortinas. Cuando volvimos a quedar frente a frente, con una luz muy distinta a la del recibidor y el rellano, volví a ver, corregidos y aumentados, todos los signos que acababa de observar después de la sorpresa inicial.

—Siéntese —le ofrecí.

No me obedeció. Ni me hizo caso. Vestía un correcto traje. La única nota de color la ponía su corbata, roja. Se quedó de pie, inundando con su presencia el reducido espacio de nuestra sala. Comparado con su casa, lo abigarrado de su mundo, aquello era minúsculo.

¿Cuántas veces habría estado en una casa «normal»?

Su voz volvió a sonar rota.

—¿Por qué lo hiciste?

Inútil disimular, darle vueltas, marear la perdiz. Los dos sabíamos de qué estábamos hablando. Las cartas sobre la mesa y boca arriba.

—Por mi padre.

—Yo le contraté para que me hiciera un trabajo, me prestara un servicio.

—Seguir a su esposa.

—Sí.

—Y ahora él está en un hospital, paralizado y con el futuro pendiendo de un hilo.

—Me lo dijo mi mujer.

—Entonces ya imaginará que a mí su caso me importa tres pimientos.

Sus ojos se acercaron.

Pero era un hombre muerto, no un ser colérico y vengativo.

—No tenías por qué hacer ese daño —musitó.

—Se lo hizo usted mismo el día que sospechó de su mujer.

—Pero era cierto, tenía una aventura.

—Entonces examiné su relación. La culpa camina siempre por una carretera de dos direcciones.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Qué importa eso?

—Eres demasiado joven para entenderlo.

—Y usted demasiado viejo para darse cuenta de que hay más miradas en esta historia. ¿No entiende que la venganza de los Hernán habría dado el mismo resultado? Ellos querían hacerle daño. Su esposa ya no podía volver atrás. Yo sólo me he adelantado.

Pareció acabar el primer reproche, la primera refriega verbal. Alejo Bermúdez miró la estantería, los libros, las fotos familiares. Mamá todavía estaba en ellas. Papá no quería que las quitara.

—Pero no me has dicho por qué se lo dijiste tú.

—Sí lo he hecho, pero no ha querido escucharme. Por mi padre. Quien haya querido matarle pagará por ello.

—¿Crees que lo hice yo, niña? —sin dejar de tener los brazos caídos, abrió sus manos con las palmas hacia mí en un gesto de rendición—. ¡Le contraté! ¡Descubrió la verdad! ¡Deberías buscar en otro lado!

—Busco en todas partes, señor Bermúdez. Nos han jodido la vida, a mi padre, a mi abuela y a mí. Sigo pensando que removiendo la mierda saldrá el culpable. Por lo que a mí respecta, todo me da igual. Ya no tengo nada que perder. Usted es tan sospechoso como cualquier otro.

—No tiene sentido.

—Le contrató para que investigara una cosa, pero mi padre, casualmente, descubrió otra que se volvía contra usted, el motivo por el que Mauro Hernán se ha aproximado a su mujer. Vende arte robado, lo falsifica...

—¿Cómo has sabido todo eso? —noté su crispación.

—Usted quiso saber quién era el amante de su mujer. Una vez encontrado fue fácil. Se

la jugó a Héctor Hernán, un tipo demasiado poderoso y peligroso, y él se ha vengado de la forma que ha creído más dolorosa para usted, quitándole lo que más ama.

—Los coleccionistas siempre quieren más, y más, y a veces...

—Mucha tentación, ¿no? —me crucé de brazos—. Si no puede conseguirse una pieza..., se fabrica y en paz.

—¿Quién más sabe esto?

—Mi padre. Y por si se le ocurre tocarme un pelo lo he escrito todo...

—¿Crees que soy un asesino? —exhaló con otra aplastante sensación de derrota y dolor.

—Su almacén y su taller están en Sant Cugat, ¿verdad?

La pregunta, más bien la certeza, lo atravesó de lado a lado.

Fue como si le hubiera golpeado con un bate de béisbol.

No respondió. Se hundió un poco más y no respondió. Imaginé que a estas alturas su taller ya estaría siendo desmantelado. Adiós a las pruebas. Todos sus clientes descansarían en paz, si bien antes harían examinar sus tesoros pagados a precio de oro y con un dinero desconocido para Hacienda.

Buscando a mi asesino, le había puesto en guardia.

Aunque quizá Alfredo Sanllehí supiera encontrar un hilo.

De momento, Alejo Bermúdez ya había pagado su precio.

Su esposa.

Estaba allí, presente, entre los dos, como un fantasma ingrátido testigo de su derrota y mi angustia.

—Mi mujer va a dejarme —dijo.

—¿Por Mauro?

—No, no es tonta. Ingenua, sí. Tonta, no. Ha descubierto que la utilizaba, que no era más que un arma arrojadiza. Aquí todos perdemos, nadie gana. Y ella en el fondo ha sido la gran burlada. Quizá tuviera miedo de la edad, no sé. Me deja porque, según dice, ha despertado.

—Lo siento.

—No, no lo sientes, pero ya da igual. Ni siquiera sé por qué he venido aquí. Ahora veo que no eres más que una niña asustada.

Me quedé callada.

Tanto que los segundos, el silencio, se hicieron muy pesados.

Alejo Bermúdez acabó dando media vuelta.

–Siento lo de tu padre –se despidió suspirando.

Recorrió el pasillo, llegó al recibidor, abrió la puerta y se marchó.

Ni siquiera dio un portazo.

Llegué al hospital envuelta en las nubes de mi tormenta.

Iba a falsificar el informe de Martín Bermell para que su padre no le matara. No sabía todavía si decirles a los padres de Laia Huertas dónde se encontraba su enamorada hija. Y había precipitado todo el desenlace de la historia entre los Bermúdez y los Hernán, pero todavía no había aparecido el casi asesino de mi padre.

Como detective no estaba mal. A fin de cuentas lo había descubierto todo.

Pero como cerebro capaz de llegar hasta la última consecuencia...

¿Qué se me escapaba?

Desde luego ni Alejo Bermúdez ni los dos Hernán habían podido entrar en el despacho de papá o deslizarse desde el piso de arriba al nuestro para borrar los ordenadores... aunque sí un lacayo a sueldo, que debían de tenerlos.

¿Qué, qué, qué se me escapaba?

Abracé a la abuela como si, de pronto, acabase de llegar a casa después de un largo viaje. Quise sentirla, frágil, diminuta, vieja, pero siempre dura y llena de valor. Un abrazo tierno que en el fondo gritaba pidiendo socorro.

—¿Cómo estás, cariño?

—No lo sé —admití.

—¿Sigues buscando?

—Ya no.

—Bien —me acarició la cabeza.

—¿Y papá? —miré hacia su figura inmóvil, eternamente distante.

—Le he hecho un par de preguntas. Dice que no siente nada. Pero mueve cada vez más y mejor el dedo.

Un dedo.

Un nexo con el mundo de sombras en el que ya vivía.

No era demasiado.

—Voy a intentarlo.

Se quedó a los pies de la cama, vigilante, mientras yo me sentaba al lado de su mano derecha, la que tenía libre. Primero le besé en la mejilla y en la frente. Luego me acerqué a su oído.

—Papá, estoy aquí.

Tomé su mano con las mías.

Y esperé.

Mis palabras llegaron a alguna parte, fueron procesadas, quizá despertaron algo, o activaron un sistema remoto. Finalmente regresaron en forma de gesto.

Papá movió su dedo.

—Te quiero.

Un segundo movimiento.

No supe qué decirle y me embriagó una emoción que tuve que contener. Por más que lo intentara, no podía olvidar mis investigaciones, los tres dichosos casos, lo sucedido en las últimas veinticuatro horas. Llena y marcada por los rostros y las palabras de Isabel Robert, Elisenda Roig, Mauro Hernán, Alejo Bermúdez, Martín Bermell...

—Papá, ya no sé dónde buscar —me rendí—. No tiene sentido. Nada lo tiene. Deberías volver y ayudarme.

Esta vez no tuve respuesta.

—He visto a la señora Bermúdez, a su amante, a su marido... Ninguno tenía por qué intentar matarte salvo el anticuario cuando descubriste su tinglado, el negocio de arte robado y las falsificaciones. Pero después de mirarle a los ojos... Sólo queda Héctor Hernán. Descubriste su plan, su venganza, antes de que pudiera culminarla.

Continuó quieto. Tal vez abrumado por el exceso de palabras, tal vez sin saber qué decir, tal vez esperando una pregunta más directa.

La hice.

—Descubriste el taller ilegal de Alejo Bermúdez, ¿verdad?

Un movimiento de su dedo.

—¿Venías de ese lugar el domingo?

Otro sí.

—¿Sant Cugat?

El tercer sí.

—¿Por qué tuviste que indagar lo de las falsificaciones y la venta ilegal si eso iba contra tu cliente?

Su mano dibujó las primeras letras. Una S, una O, una Y, una D, una E, una T...

—Eres detective, sí —le detuve—. Y muy bueno. Lo malo es que nunca te has contentado con un caso sencillo. Siempre quieres saber más.

Estaba de buen humor. Escribió cuatro letras en la palma de mi mano:

«MALA».

—Mala, sí —sonreí—. ¿Qué más hiciste ese día?

Esperé un gesto que no llegó. Su dedo permaneció inmóvil.

—Vamos, papá, ¿qué más hiciste ese día? Tienes que recordarlo.

Otra larga espera, cinco, diez segundos.

—¡Inténtalo!

—Berta, por favor —musitó la abuela.

La respuesta llegó.

Una E, una N, una C... Pausa. Luego una L, una A, una I, otra A.

—¿Encontraste a Laia? —no me extrañó. Había sido lo más sencillo—. Vale, yo también, de okupa en una casa en Gràcia.

Cinco letras más.

«LISTA.» —Sí, soy hija tuya. Pero maldita sea, si al menos hubiera podido ver quién conducía el dichoso coche, o reconocerlo cuando te quitó el móvil y la cámara.

El móvil y la cámara.

¿Por qué quitárselo todo, si en apariencia era un accidente? ¿Precaución? A la policía le bastaba con mirar en Telefónica la lista de llamadas hechas o recibidas. ¿Tal vez ganar tiempo?

No, quien lo haya hecho actuó rápido, impulsivamente.

Impulsivamente.

Me quedé pensativa.

José Luis Bermell le había telefoneado.

A Isabel Robert la había llamado.

¿Quién más?

—¿Viste a alguien más el domingo pasado, papá?

La abuela y yo intercambiamos una mirada agotada, la suya preocupada, la mía tensa.

Noté que sus manos se aferraban a la parte baja de la cama, como si se fuera a caer si se soltaba.

Papá volvió a mover el dedo.

Seis letras.

«HIJO AB.» –¿Hijo de... Alejo Bermúdez?

Su dedo índice saltó de arriba abajo.

–¿Ese hombre tiene un hijo... de su primer matrimonio?

«Sí.» ¿Por qué no había pensado en ello?

–¡Joder, papá, no aparece en ninguna parte!

Seguía de buen humor. Me escribió en su invisible tinta gestual:

«SORPRESA».

–¿Dónde lo encuentro?

Un sí o un no dependía de un gesto. Las preguntas más complejas, las que precisaban de aquella redacción de letras, a veces tardaban más.

–¡Vamos, papá, un esfuerzo más!

Una T, una A, una R, una J... Pausa. Una T...

–¿Tarjeta? ¿Una tarjeta? ¿Dónde? ¿En tu ropa?

«No.» –¿En tu despacho?

«Sí.» –¿Fue él?

Volvía la fatiga. Ya no completaba las palabras. Escribió en mi mano tan sólo tres letras más. Como si fuera un SMS:

«NLS».

–No lo sabes –suspiré–. Pero ¿crees que fue él?

Movió el dedo dos veces.

«No.» –¿Entonces de qué sirve...?

Otras dos letras más, claras, concisas.

«VE.» Me levanté y le di un beso muy fuerte. Le quería abrazar, pero no me atrevía. Cuando le acaricié la cara noté cómo movía el dedo por última vez. Un «sí» silencioso. También creí percibir un estremecimiento, pero probablemente era el mío, como un *feedback*, se lo traspasé a él y rebotó hacia mí.

También besé a la abuela.

Me miró.

No hizo falta que lo expresara con palabras.

Seguía quedando una pregunta sin contestar, aunque ya era lo de menos: ¿quería Héctor Hernán simplemente hacer daño a Alejo Bermúdez, o esperaba recuperar los seiscientos mil euros pagados por la estatuilla falsa? ¿Pretendía recuperarlos diciéndole al anticuario que Mauro dejaría en paz a su esposa y así ella volvería dócil a su lado?

No tenía mucho sentido.

Pasé por el despacho de papá, revolví sus cosas y apareció la tarjeta, en una cajita tarjetera. Era la primera. El hijo de Alejo Bermúdez se llamaba Alberto y vivía en la calle Balmes. El número era alto, así que se correspondía también con la parte alta de la ciudad, la más cercana a la falda del Tibidabo.

Uno de los recibos de papá, el del domingo, era de un restaurante de la calle Balmes. Allí había comido.

Y antes de dirigirse a su cita con Isabel Robert tenía que haber hablado con Alberto Bermúdez.

Si fue él, el «factor inesperado», ¿cuál sería el motivo? ¿Proteger a su padre? ¿Proteger a su madrastra?

¿Proteger el negocio ilegal, lo cual significaba que él también estaba metido en el asunto?

Se me ocurrió mirar la tarjeta por la parte de atrás. Había un pequeño texto escrito a mano. Tres palabras: «Por favor, llámeme».

La tarjeta estaba en el despacho de papá porque Alberto Bermúdez había ido a verle, y al no encontrarle...

De camino a la parte alta de Balmes estuve a punto de parar la moto y llamar a Alfredo Sanllehí.

Pero quería llegar hasta el final, sola, sin detenerme.

Si me metía en la boca del lobo...

El edificio en el que vivía el hijo de Alejo Bermúdez era elegante, mucho, aunque nada que ver con el lujo de su padre. Era sábado, me había quedado dormida por la mañana y era casi la hora de comer. Es posible que no estuviera en casa. Si el domingo pasado papá había comido en un restaurante de la zona, seguro que fue porque no le encontró en su piso y le estaba esperando. Papá era metódico.

Llamé al portero automático y oí una voz de mujer.

—¿Sí?

—Alberto Bermúdez.

El zumbido liberó el pestillo, empujé la puerta y subí al ático. Cuando el ascensor se detuvo me encontré en el rellano con una mujer de unos treinta años que llevaba a un niño en brazos, un niño de poco más de un año. Otro pequeño, en este caso una niña de unos tres, se abrazaba a la pierna de su madre, curiosa por ver quién subía.

Una estampa familiar, hermosa y corriente.

Nos saludamos, pura cortesía. Recelo en mi voz, curiosidad en la suya.

—¿El señor Alberto Bermúdez?

—¿De parte?

—Del señor Cristóbal Mir —se lo aclaré—. Bueno, es mi padre.

No tuvo que pedirme que esperara, ni que pasara al interior de su casa. Un hombre, tres o cuatro años mayor que ella, apareció de pronto y se detuvo a su lado. Era atractivo, mucho, y se parecía terriblemente a su padre.

Yo estaba desarmada.

El cuadro era de lo más normal y hermoso. No sabía si ir con cuidado o no. Entonces comprendí que papá no iba a enviarme al matadero sin más, que si me había dado aquella pista, era por algo. Algo que todavía se me escapaba.

¿Un eslabón más de la cadena, que me aproximaba poco a poco al momento en que todo encajara?

—Perdone que le moleste a estas horas, y un sábado, pero se trata de algo muy importante, señor Bermúdez.

—He oído el nombre del señor Mir...

—Es mi padre. Está en un hospital, muy grave.

—¿Cómo dices? —frunció el ceño.

—Es posible que usted hablara con él el domingo pasado.

—Sí, hablé con él. Estuvo aquí, en nuestra casa.

—¿A qué hora?

—Llegamos sobre las cuatro y media, un poco tarde porque pillamos caravana, y nos estaba esperando porque habíamos quedado a las cuatro, después de comer. Estuvimos charlando media hora.

—¿Habían quedado?

—Sí.

—¿Puede decirme de qué hablaron?

—¿Por qué? —le extrañó mi pregunta.

—Estoy tratando de reconstruir las últimas horas de ese día, señor, antes del incidente.

—¿Incidente?

—Quisieron matarle.

Alberto Bermúdez frunció el ceño. El peso de la realidad se abrió paso en él. Miró a su esposa, que parecía expectante. La niña estaba muy quieta, mirándome con carita de pasmo. El niño intentaba jugar con el cabello de su madre.

—Será mejor que pases —me invitó el dueño de la casa.

Dejaron que entrara en su piso. Era elegante, pero no destilaba lujo ni excesos. Alberto Bermúdez se ganaba bien la vida pero no como su padre, ni quizá con él. Fueron percepciones, destellos que conciliaba con mi susto, pero que crecieron y aumentaron a medida que veía mi entorno. Me hicieron entrar en una salita llena de libros con dos butacas muy confortables. Un espacio precioso y perfecto para la intimidad. Una vez allí, sólo entró él conmigo. Su esposa se excusó de una forma muy discreta.

—Os dejo solos.

Nos quedamos su marido y yo frente a frente. Me señaló una de las butacas y la ocupé. Alberto Bermúdez hizo lo propio con la otra. Quedó inclinado hacia delante.

Fue él quien habló primero.

—¿Intentaron matar a tu padre?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé —admití—. Hoy he descubierto que habló con usted. Ése es el motivo de mi presencia aquí. ¿Puede ayudarme?

—No sé cómo. ¿Sabes lo que investigaba?

—Sí, lo sé.

—¿Sabes quién le encargó seguir a quién y por qué?

—Su padre le contrató para seguir a su esposa... Bueno, a su segunda mujer, sí.

—Bien —asintió despacio al darse cuenta de que yo no fingía.

Esperé unos segundos, mientras él ordenaba sus ideas o simplemente buscaba la forma de contarme lo sucedido. El silencio era absoluto, como si estuviéramos aislados del mundo. Un hombre, su mujer, dos hijos pequeños. La felicidad tenía que ser eso. Felicidad y paz.

—No sé ni por dónde empezar.

—¿Cómo entró mi padre en contacto con usted, o usted con mi padre?

—Yo me puse en contacto con él. Mi padre me llamó desesperado cuando el tuyo... le pasó el primer informe y las fotos de lo que estaba haciendo Elisenda. Estaba destrozado, hundido. Quiere a esa mujer, ¿sabes? Enamorarse de nuevo para él fue... un renacer, es difícil expresarlo. Mi madre y él rompieron por cansancio, nada más. Así que Elisenda le dio un nuevo impulso, un motivo para luchar. Pese a todo, una vez casado, ha seguido imbuido en sus negocios, quizá descuidándola, no sé. Descubrir que le era infiel fue un golpe tremendo. No sabía qué hacer y explotó un poco conmigo. No es que estemos muy unidos, al contrario, nuestra relación es distante, pero es mi padre.

—¿No trabaja con él?

—No.

—¿Usted...?

—Soy licenciado en Historia Contemporánea.

—¿No le interesó el mundo de las antigüedades?

Le vi apretar las mandíbulas durante un segundo.

Suficiente.

—No —dijo, y retomó su explicación—. Después de que mi padre me lo contara todo y me diera el nombre y la dirección del detective que había contratado, yo fui a verle. Prefería hablar con él cara a cara que por teléfono. No lo encontré, le dejé una tarjeta, me llamó él a mí y quedamos en vernos el domingo después de comer. Ya te he dicho que llegué tarde. Me dijo que había comido por aquí cerca mientras me esperaba —hizo una pausa breve—. El motivo de ese encuentro era simple: pedirle que ese nuevo informe con el nombre del amante, si se confirmaba todo como era de esperar, me lo pasara también a mí, y a ser posible antes de que lo viera mi padre.

—¿Por qué?

—Para prepararle, o estar preparado yo, o hablar con Elisenda... No sé. Sólo quería

protegerle. ¿Acaso no estás haciendo tú lo mismo ahora?

–Yo quiero saber quién intentó matarle.

–¿Crees que lo hizo Elisenda, o su amante?

–No –confesé.

–Entonces...

–¿Sabe que el amante de su madrastra es Mauro Hernán?

–¿Quién es Mauro Hernán?

–El hijo de Héctor Hernán, propietario de la naviera Medimar. El hombre al que su padre estafó.

Recibió el impacto.

Brutal, directo, en mitad del pecho, porque pareció quedarse sin aliento.

–Mauro Hernán sedujo a Elisenda Roig como parte de un plan para vengarse de su padre, y quizá también recuperar los seiscientos mil euros que Héctor Hernán pagó por una estatuilla falsa.

Alberto Bermúdez cerró los ojos.

Llenó sus pulmones de aire.

Cuando volvió a abrirlos había envejecido diez años.

–¿Hay pruebas... de eso?

–Héctor Hernán pagó con dinero negro. Su padre no sólo vende arte robado, sino que también lo falsifica en su taller de Sant Cugat. Pero usted ya sabía eso, ¿verdad?

Se echó para atrás.

Vencido.

–¿No le contó eso mi padre?

–No.

–Puede que en ese momento todavía no lo supiera –dudé.

–¿Esa estatuilla...?

–El original estaba en el Museo de Bagdad. Desapareció cuando fue saqueado tras la entrada de las tropas estadounidenses en la ciudad tras la caída de Saddam Hussein.

Vuelta al silencio.

–Lo siento –dije yo.

Movió la cabeza de un lado a otro mientras se mordía el labio inferior. Creo que hasta se hizo daño. La crispación llegó a un clímax y después cedió.

Fue en ese instante cuando su mujer metió la cabeza por la puerta entreabierta.

—La comida estará lista en cinco minutos —advirtió a su marido antes de que, al ver su palidez, se asustara y preguntara—: ¿Qué sucede?

Alberto Bermúdez se lo dijo.

—Es mi padre.

Ella acabó de colarse dentro. Esperó a que él continuara.

—Ha vuelto a las andadas —suspiró.

Su esposa también cerró los ojos. El cuadro se me hizo más y más diáfano. Un padre poderoso, un hijo que sabe o descubre sus chanchullos y se aparta, aunque no lo suficiente como para cortar con él. Una relación tensa en la que se mezclan el amor y el desprecio por el delito.

—Señor Bermúdez —rompí aquel silencio ominoso—. Mi padre va a quedar inválido y lo más seguro es que condenado a ser un vegetal de por vida. Pero poco a poco va recuperando la memoria y la consciencia. Ya se comunica conmigo mediante un dedo. Poco, pero suficiente. Él me ha pedido hoy que viniera a verle. ¿Sabe por qué?

—No.

—¿Algo de lo que hablaron...?

—Le pedí..., bueno, más bien le encargué esos informes. No hablamos de nada más.

—Tuvo que haber algo.

—No hubo nada, salvo esa llamada.

—¿Qué llamada?

—Mientras hablábamos le llamaron al móvil. No sé quién era.

—¿Recuerda de qué habló mi padre?

—No tenía mucho sentido para mí, ni siquiera le presté atención. Bastante tenía con lo mío.

—¿Alguna palabra?

—Algo de una casa de okupas.

Me quedé blanca, lo sé.

—¿Dijo eso?

—Sí, y sonrió diciendo «ya es mía». Sólo eso.

—Era otro de sus casos —intenté ordenar mis ideas—. ¿A qué hora fue eso?

—Casi al final de nuestra charla, sobre las cinco, no sé, puede que antes.

Mi padre había estado allí, con Alberto Bermúdez; después, tal vez, en la calle Topazi

descubriendo el escondite de Laia Huertas. Tras eso, había llegado a su cita con Isabel Robert, su desplazamiento a Sant Cugat y...

De acuerdo, ¿y qué?

Otro callejón sin salida.

Papá ya me había dicho que encontró a la enamorada Laia. No era ninguna novedad salvo por el detalle de que lo hubiera hecho el mismo domingo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alberto Bermúdez.

—Nada.

La niña de tres años se asomó por la puerta, persiguiendo a su madre. La mujer la tomó en brazos y nos volvió a dejar solos. De todas formas el dueño de la casa se puso en pie en ese momento.

Yo lo imité.

—Gracias —le dije—. Y perdone por las molestias.

—No, no importa.

—Siento haberle dado esas noticias.

Esbozó una sonrisa.

—Son cosas de familia —mencionó.

Cosas por las que su padre podría ir a la cárcel.

Caminamos hasta su vestíbulo, nos dimos la mano y eso fue todo. No me pidió nada más. No le dije nada más.

Esa llamada...

La mente de papá debía de seguir siendo una nube, un espacio en el que todo se mezclaba. ¿Me había enviado a casa de Alberto Bermúdez porque ésa era una pista clave? ¿Se trataba de su instinto, aunque él no pudiera precisar el porqué?

¿Quién había telefoneado a papá, un confidente, un colaborador, alguien a quien pudo dar una propina para que tuviera los ojos abiertos?

Me quedé junto a la moto, pensativa.

Cerré los ojos y visualicé a mi padre seis días antes, allí mismo, en la calle Balmes, saliendo de casa del hijo de Alejo Bermúdez.

¿Le seguían ya?

Sentí un ramalazo de frío.

—¡Maldita sea! —lo entendí todo de pronto.

¡Quien le hubiera seguido no pudo hacerlo durante los días anteriores, ni siquiera ese mismo día por la mañana o desde Sant Cugat! ¡Ya sabía la hora del inicio de la persecución!

—¡Claro! —grité en voz alta asustando a una señora que pasaba a mi lado y que me miró como si estuviese loca—. ¡El coche robado desapareció ese mismo día, el domingo 16! ¡Su dueño lo aparcó a las seis de la tarde! ¡Por lo tanto lo robaron después de esa hora!

Habían seguido a papá desde donde estuviera el domingo pasado.

A las seis o después de las seis.

El dueño del Land Cruiser, Agustín Pérez Soto, puso la denuncia por la mañana y lo dijo: «Coche aparcado a eso de las seis».

¿Por qué no había preguntado dónde lo aparcó ese hombre?

Seguía fría, helada. Estaba temblando.

Saqué mi móvil y marqué el número de Alfredo Sanllehí. Esperé tensa, casi asustada, pero después de cinco tonos de llamada me salió su voz suave y cadenciosa.

—No puedo atenderle, pero le responderé de inmediato si me dice quién es y el motivo de su llamada.

No supe qué decirle y corté la comunicación.

Tuve que reaccionar. Era la hora de comer pero no tenía hambre. Lo que tenía eran pesadillas, un montón de preguntas, miedo, inquietud, y sobre todo, sobre todo, la sensación de que la clave estaba por fin ahí, delante de mis narices. Sólo tenía que...

La hora del robo del Land Cruiser.

El momento en que se había iniciado la persecución a la espera del instante propicio que llegó finalmente de madrugada en la Rabassada.

Tenía que hacer algo mientras esperaba a contactar con Alfredo Sanllehí. Algo, lo que fuera, y de nuevo, la única pista me llevaba a uno de los tres casos, el primero en el que yo había estado trabajando: el de Laia Huertas.

Aparqué en la calle Topazi, en la zona de las motos de la calle Rubí, como la vez anterior, sin cautelas. Caminé hasta la casa okupa, entré en ella y la primera persona con la que tropecé fue una chica joven, diecisiete años, tal vez ya mis dieciocho pero no más, aspecto hippy, cabello no sé muy bien si cardado o directamente sucio, cara inocente, dulce, ojos hermosos, boca hermosa, ropa informal y amplia, cuerpo delgado y brazos tatuados. También el vientre. Lucía orgullosa su ombligo que era el ojo de una enorme imagen de visos egipcios.

Estaba sentada en una silla, leyendo en paz.

Como si fuera la guardiana del edificio ocupado.

—¿Laia Huertas?

—No está —su voz también era muy sosegada, como si de un momento a otro fuera a soltarme un «paz, hermana» lleno de cadencias añejas, los tiempos de Vietnam y todo eso que se veía en esas películas de los años sesenta—. La he visto salir hace un rato y no ha regresado.

—¿Y Cristian?

—Con ella, supongo.

—En realidad quería preguntarles algo... —vacilé.

—Si puedo ayudarte.

—¿Vives aquí?

—Sí, ésta es mi habitación.

Justo la de la entrada, la primera. El lugar no era muy grande ni espacioso. En otro tiempo aquello debió de ser una casa familiar, única. Una escalerita conducía a la planta superior. Al fondo se veía un patio.

—¿Sabes si vino un hombre preguntando por Laia el domingo pasado?

—¿El domingo...? —hizo memoria—. Ah, sí. Lo recuerdo. Habló conmigo.

—¿Qué te preguntó?

—Si vivía aquí Laia.

—¿Qué le dijiste?

—Pues que sí —hizo un gesto evidente.

—¿Habló con ella?

—No.

—¿Porque no estaba?

—Tenía pinta de poli —hizo un gesto despectivo—. Me dio mal rollo, tía, así que pasé. Laia no estaba, pero Cristian sí. Cuando el tipo se fue, como vi que seguía merodeando por la calle, le avisé.

—¿Y qué hizo Cristian?

—¿Qué querías que hiciera? Largarse, por si las moscas. Es un buen tío. Aquí no nos metemos con nadie, hacemos nuestra vida. Somos legales pero... Ya sabes, la gente nos busca las cosquillas por todo.

—¿Y el hombre?

—Se marchó.

—¿Volvio?

—No.

—Vale, genial.

—Oye, ¿a qué viene todo esto? —su cara reflejó preocupación, como si hubiera hablado demasiado.

—Nada, tranquila —me puse a su nivel, de colega a colega—. Tenías razón en lo de ese tipo: era un poli. A mí también me está siguiendo.

—Oh.

Acababa de cerrar el círculo. El domingo por la tarde papá estuvo con Alberto Bermúdez, fue a la casa de los okupas, se reunió con Isabel Robert y luego se fue a Sant Cugat en busca del taller ilegal del anticuario.

Pero el coche lo habían robado después de las seis.

Caminé unos pasos, calle abajo, y el móvil sonó en ese momento, antes de que yo llegara a la esquina.

Alfredo Sanllehí.

–Hola –suspiré, con la cabeza al límite, sin dejar de andar.

–Tenía una llamada perdida tuya.

–Quería hacerle una pregunta.

–Adelante.

–¿De dónde robaron el Land Cruiser el domingo pasado?

–El dueño vive en Torrent de l’Olla. Lo aparcó en Rubí, una calle muy pequeña que va de...

Me encontraba ya frente a la moto, en la calle de Topazi esquina Rubí.

Rubí.

–...que va de Torrent de l’Olla a Verdi –concluyó Alfredo Sanllehí.

Cerré los ojos.

La pregunta más simple. La respuesta más evidente.

A la primera que había encontrado fue a Laia, y a Cristian con ella. Si le hubiera preguntado a mi policía favorito el pequeño gran dato del lugar del robo del coche, todo habría quedado resuelto mucho antes.

O si se lo hubiera contado a él...

–¿Berta?

Se me doblaban las rodillas. Estaba pálida.

–Berta, ¿estás ahí?

–Sí, sí –reaccioné.

Me estallaba la cabeza.

Papá decía: «No hay un caso fácil, a veces lo simple es lo más evidente». Yo había investigado a una chica enamorada y mayor de edad fugada de su casa, a un pastillero inconsciente con un padre inquisidor, a una amante seducida por un ligón playboy como estrategia de una oscura venganza que escondía un caso de venta ilegal de objetos robados y también falsificados. Tres casos. Tres historias.

Y la respuesta era que un simple gilipollas había intentado proteger a su novia y protegerse a sí mismo en lo que tal vez fue un arranque pasional de miedo, locura...

–¡Berta! ¿Qué pasa?

Se lo dije.

—Ya sé quién lo hizo —apenas logré susurrar.

—¡Maldita sea! —por fin olvidó su corrección y se enfadó—. ¿Has estado jugando a los detectives? ¿Dónde estás?

Iba a decírselo.

Rubí esquina Topazi...

No pude.

Una mano me arrebató el móvil y lo apagó en un gesto rápido.

Cuando me volví, asustada, me encontré cara a cara con Cristian.

Sólo le había visto una vez, el día que los encontré, caminando por aquella misma calle hasta que entraron en la casa ocupada. De cerca era un poco diferente. O quizá fuera que en ese instante estaba medio furioso medio rabioso. Parecía más delgado, su calvicie elevada a la categoría de bandera con la que radicalizaba sus gestos. Sí, parecía un enfermo de sida, como me había dicho Pere Fontanellas, pero lleno de veneno, no de angustia por su suerte o paz por su destino. Me atravesó con unos ojos llenos de dolor y furia. Iba de negro, como la primera vez. No le veía el tatuaje del codo, sólo las dos puntas asomando a ambos lados del cuello. Un garfio. Eso era lo que semejaba: un garfio.

Como su mano cuando guardó mi móvil en uno de sus bolsillos, cuando me cogió el brazo con fuerza aprovechando mi parálisis.

–Vamos –me escupió la palabra a la cara.

–¿Qué...?

–Muévete, vamos.

Sentí el pinchazo en el costado.

Y el primer dolor subiéndome por el cuerpo.

–Estás loco –exhalé.

–Vale, pero tú camina, y no hagas tonterías.

No podía soltarme de su zarpa. Aunque lo intentara era imposible. Y la desesperación de su mirada me hizo entender que si gritaba o montaba el número en plena calle era capaz de todo.

No había nadie cerca.

El mundo es un lugar muy solitario cuando estás en apuros.

–Ya estás pringado, tío –traté de sacar fuerzas de flaqueza–. Tu suerte es que mi padre no muriera...

—¡Camina, coño!

Me hundió un poco más la navaja en el costado, hasta hacerme sangre, y su zarpa de hierro me guió y empujó calle arriba, hasta la casa de los okupas. Yo caminé trastabillando, y me mantuve en pie por mucho que las rodillas se empeñaran en doblarse y mis piernas estuviesen rígidas. La chica con la que acababa de hablar seguía allí, tal cual, sentada, con su cara de inocencia.

Pasamos por delante de ella y no hizo nada, sólo me miró.

La muy hija de puta...

Subimos hasta la primera planta. La habitación que compartían Laia y él se encontraba a la izquierda. Ninguna puerta tenía llave. Abrió la suya y me empujó hacia el interior, sin miramientos. Yo ya no pude sostenerme en pie y caí de rodillas, aunque al menos lo hice sobre el colchón que la pareja tenía en el suelo. No era muy amplia y estaba casi vacía. Me bastó un vistazo para abarcarlo todo mientras calculaba mis posibilidades de huida, nulas porque la ventana tenía rejas. Un armario sin puertas, con ropa amontonada, bolsas por el suelo, un par de morrales, un rincón que utilizaban a modo de taller para fabricar lo que tal vez vendiesen en los mercadillos...

Nos quedamos mirándonos.

Ahora, los dos respirábamos nerviosos y agitados.

—¿Has dicho que era tu padre? —rompió el silencio.

—Sí.

—¡Cagüen la...! —se pasó una mano por la calva de su cabeza y se movió como un perro enjaulado aunque sin alejarse de la puerta.

—Ha salido de su inconsciencia —traté de que mi voz sonara persuasiva—. En estos momentos estará hablando con la policía.

—No me vengas con chorradas, tía —me despreció—. Si él estuviera bien tú no estarías aquí.

—¿Cómo crees que te he encontrado?

—¡No lo sé!

—Pues piénsalo. No dijimos a nadie que tenía movilidad en una mano, por eso cuando llamaste al hospital para preguntar te dijeron lo que te dijeron. Escribió lo que hizo ese día, la hora en que estuvo aquí, su entrevista con la mujer del Ánde, el trayecto hasta Sant Cugat por los túneles, el regreso por la Rabassada...

Con cada palabra lo iba taladrando más.

De pronto le asestó un puñetazo a la pared.

—No lo compliques más... —añadí.

No tenía que haber insistido.

—¡He dicho que te calles! —se puso frente a mí, amenazador, con los puños cerrados.

Se entreabrió la puerta, despacio, unos centímetros.

Y vi asomarse a Laia.

Su Laia.

El objeto de su deseo y su pasión llevada al límite.

—No hay nada que pensar —me arriesgué aun a costa de mi integridad física, sin saber si Laia lo sabía o de qué lado estaba—. Tuviste un arrebató y la cagaste. Tu novia es mayor de edad, no entiendo por qué lo hiciste. Sus padres sólo querían saber dónde estaba, por eso contrataron a un detective. Tenían miedo de que le hubiera pasado algo. No era necesario que quisieras matarle para proteger vuestro escondite. Fue una locura, aun con el agravante de entrar en nuestra casa y en su despacho, pero estás a tiempo...

Sé que iba a pegarme. Levantó el puño.

Entonces apareció la voz de Laia.

—Cristian, ¿de qué está hablando?

Le pilló de improviso. Rompió toda su ira en mil pedazos. Se volvió hecho un guiñapo y la miró como si fuera un fantasma inesperado.

—Joder, Laia...

La puerta ya estaba abierta, y la chica en el quicio, enfrentada a los ojos de su novio tanto como a la sorpresa por verme allí. Su cara era un poema.

La incomprensión de la inocencia.

—Vete —le pidió Cristian.

—No. Dime qué está pasando aquí. ¿Quién es ella? ¿De qué...?

—¡Déjame resolverlo!

No le hizo caso. Por primera vez se dirigió a mí.

—¿Has dicho que mis padres contrataron a un detective?

—Sí.

—Yo sólo quería... —tragó saliva al formarse la bola en su garganta mientras su rostro reflejaba una súbita alucinación.

—¡Callaos las dos!

Era una conversación a tres bandas, pero ahora ni Laia ni yo le hacíamos caso, pese a

los gritos, la rabia y el peligro que seguía latiendo en sus gestos.

–Sé lo que querías, Laia. Lo sé –seguí hablando con ella–. Y te entiendo. Tengo tu edad. Pero él se pasó –aparté los ojos un instante para depositarlos en Cristian–. Ni siquiera entiendo por qué lo hizo. A no ser que tú...

Sentí un ramalazo interior.

Laia bajó la cabeza y de sus ojos cayeron dos gruesas lágrimas.

–Querías regresar a casa, ¿verdad? –me arriesgué.

–Laia, cariño... –intentó cogerla, abrazarla, pero ella dio un paso atrás aunque sin levantar la cabeza, como si temiera mirarle.

–No, Cristian.

–¡Estamos bien! ¡Somos felices!

–Aquella mañana habíamos discutido... –la chica alzó por fin el rostro–. Quería regresar, hablar con mis padres, sólo eso...

–¡Tenía que protegerte!

–¿De qué?

–Mi padre está grave, y quedará paralítico el resto de su vida. Una gran suerte, contando con que querías matarle –puse el dedo en la gran llaga que se estaba formando entre ellos.

Laia Huertas rompió a llorar.

–¡Fue un accidente! –gritó él.

–No lo fue –continué yo–. Salió de aquí, subió a su coche, y tú robaste otro cerca de aquí para seguirle. Tu oportunidad llegó de madrugada, le echaste de la carretera, y luego bajaste a por su móvil y a por su cámara, por si había hecho fotos. Una chapuza. Una verdadera chapuza. Ni de lejos pasó por un accidente. También te llevaste alguna tarjeta, algo, para poder entrar en su despacho y en nuestra casa y borrar los archivos. Otra chapuza. Pero frío y calculado. Tú eres de los que creen que tu novia te pertenece. Es tuya y de nadie más. Matas por ella. ¿Vas a matarme a mí también?

Se abalanzó sobre mí. Los ojos eran los de un loco. Me agarró del pelo y me echó la cabeza hacia atrás. No le vi el cuchillo, la navaja, lo que fuera con lo que me había amenazado en la calle. Pero no hacía falta. Puso una zarpa de acero en mi garganta y yo sentí que de pronto me estaba orinando.

–¡Cabrona de mierda...!

Laia hizo algo más que gritar.

Soltó un chillido que nos galvanizó a los dos.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

Se hundió en sí misma. Cayó de rodillas convertida en un residuo humano, con la vida atropellada en un momento, en aquellos últimos instantes que acababan de marcarla quizá para siempre. Cristian aflojó su presión y yo logré desembarazarme de él. Pero no para escapar. Gateé junto a Laia y la abracé, para que sacara todo lo que tenía dentro, para que llorara y llorara por su amor perdido, su despertar, su vuelta a la realidad. Su novio, su ex novio, quedó igual que un muñeco, envuelto en su incompreensión.

Porque de pronto no entendía nada.

—¡Estamos locos el uno por el otro!, ¿no, cariño? —musitó con un tono de voz desesperado.

La chica por la que había estado a punto de matar movió la cabeza hacia ambos lados.

Era hora de irse, por si acaso.

—Vamos —le susurré al oído.

La ayudé a ponerse en pie. Nos movíamos a cámara lenta, pero nos movíamos. Al otro lado de la puerta, después del chillido de Laia, habían aparecido otros ocupantes de la casa, dos chicos y una chica. Nos miraban sin saber qué hacer. Nosotras pasamos por delante de ellos. Todavía tuve tiempo de dirigir una última mirada a Cristian.

—Arruinaste la vida de un buen hombre que sólo quería ayudar a unos padres preocupados —le dije—. Ni siquiera te odio, me das pena.

Lo oímos una primera vez, mientras bajábamos las escaleras.

—¡Laia!

Y una segunda.

—¡Laia, no me hagas esto! ¡Te quiero!

El llanto de la chica estalló de pronto y tuve que emplear todas mis fuerzas en sostenerla.

La suave brisa de la tarde, ya en la calle, nos ayudó a comprender que éramos libres.

Las dos.

Alfredo Sanllehí me observaba de vez en cuando.

Enfadado, disgustado, sorprendido, molesto, desconcertado..., incluso orgulloso. Para mí seguía siendo un marciano, un tipo raro, nada tonto, profesional, pero también honesto y sincero. Alguien en quien se podía confiar.

Algo que no abundaba en mi mundo.

–Eres una pésima colaboradora –me dijo.

–Lo siento.

–Y una buena detective, digna de tu padre.

–Gracias.

Soltó un bufido.

–¿Por qué la gente tiende siempre a meterse en líos, cuándo lo más fácil es confiar en nosotros?

No tenía respuesta para eso. ¿Le hablaba de mi instinto, de mi sexto sentido, de todas las excusas imaginables para darles un sentido a mis andanzas en los últimos días?

–De todas formas las gracias te las doy yo a ti por esto –puso un dedo sobre el informe del caso Bermúdez.

–Supongo que era lo menos que podía hacer –me encogí de hombros–. Ha pillado a un casi asesino y de paso tiene una buena historia para investigar.

–Lo haremos, aunque lo más probable es que Alejo Bermúdez ya haya desmantelado su taller de Sant Cugat y, de paso, se haya deshecho de cualquier prueba incriminatoria, sobre todo los nombres de las personas a las que compraba las piezas robadas, si pertenecían a una red internacional o eran intermediarios de aquí y allá; a quién se las vendía, buenas o falsificadas... En cuanto a Héctor Hernán, bastará con conseguir una orden de registro para ver esa cámara secreta donde guarda el arte que ha comprado ilegalmente. Dudo mucho que le dé tiempo a cambiarlo de lugar. No me extrañaría nada

que aparecieran Picassos, Mirós o Dalís robados, además de antigüedades de medio mundo.

—Pero si pillan a Hernán, él denunciará a Bermúdez.

—Ésa es nuestra baza. Le ha destrozado la vida arrancándole a su mujer, pero no creo que su sed de venganza termine aquí, y más si le pillamos a él por todo esto.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Sí.

—Mi padre no habría desvelado esto a la policía, ¿verdad? —apunté con mi dedo el informe que acababa de darle como compensación y para que no me metiera entre rejas por obstrucción a la justicia y otra media docena de cargos, como ocultación de pruebas, poner en riesgo de fuga a un presunto asesino...

—No lo sé —reconoció—. Aunque si tu cliente es un delincuente... Pero no, no lo sé. Cada detective tiene su código. Tu padre parece una buena persona.

—Sí —admití.

—¿Lo hiciste por él? —quiso saber de todas formas.

Pensé en lo que acababa de revolotear por mi cabeza unos segundos antes.

—No lo sé —me encogí de hombros—. Quizá fue porque me lo debía a mí misma tanto como a él —sostuve su mirada ahora plácida—. Simplemente encontré la información en esa memoria USB, callé y luego ya era demasiado tarde. Me he quedado sola y creo que lo que estaba buscando era...

Traté de no llorar y lo conseguí.

—Sí, eres buena —suspiró—. Con tus métodos..., pero lo eres.

—Vale.

Miré más allá de él. Era la segunda vez que estaba en su despacho y me sentía distinta. Todo era impersonal. Sin embargo entre los dos flotaba un curioso feeling, una amistad incierta, separada por dos mundos.

—Ahora que ya ha pasado todo, pienso que deberías tutearme.

Me hizo sonreír.

Desde el primer día me había resultado extraño hablar de usted a un tío de treinta y pico años, por muy inspector de policía que fuese.

—¿Qué le pasará a Cristian?

—Es mayor de edad. Tenemos intento de asesinato, huida del lugar de un accidente,

negación de auxilio, robo de coche, allanamiento de dos casas... La lista es larga. Nadie le va a quitar unos años de cárcel.

—Pero saldrá.

—Sí.

—Mi padre no.

—Lo sé.

—No es justo.

—También lo sé.

Una novia romántica y ciega, enfrentada a sus padres, un novio machista, loco, enamorado pero peligroso. Resultaba un cuadro de lo más vulgar si no fuera por los resultados.

—Cristian no es más que uno de tantos chicos asustados, inmaduros, que toman el camino fácil.

—¿El camino fácil? —no entendí a qué se refería.

—Para ellos, sí: la violencia. Se vio descubierto y actuó según sus impulsos. Se vio en la necesidad de robar un coche para seguir a tu padre, y de madrugada, solos, decidió que era su oportunidad. Ese tipo de personas no piensa, actúa en función de sus impulsos. Aunque tuvo la sangre fría de parar más adelante, regresar, bajar hasta el coche de tu padre y robarle las posibles pruebas de su investigación, el móvil, la cámara, una tarjeta para ver dónde trabajaba y dónde vivía... Ni siquiera comprobó si estaba muerto.

—Le habría rematado —me estremecí.

Alfredo Sanllehí no dijo nada.

—¿Por qué no dejamos de hablar de Cristian? —propuso después de un breve silencio.

—Me parece bien.

—Para ti ya pasó.

Papá seguía en el hospital.

No, para mí empezaba todo.

Lo captó.

—Dudo que Alejo Bermúdez te pague por tu trabajo —sonrió él—. Los padres de Laia y ese tal señor Bermell sí lo harán.

—El lunes haré sus informes y se los llevaré, aunque en el caso de los Huertas ya tienen a su hija y no haría falta que escribiera nada.

–No será mucho dinero.

–Para aguantar un poco, hasta ver qué pasa con papá...

–¿Qué harás luego?

Buena pregunta.

–No lo he pensado.

–¿Seguirás con tu grupo?

–Supongo, no sé –hice un gesto vago.

–Perdona –se excusó él.

–¿Tiene trabajo de policía por aquí? –le dije irónica.

–Si quieres serlo, cuenta conmigo.

–Era broma.

–Podría chantajearte. O te apuntas o te detengo.

–Ya –continué sin tutearle directamente.

–Podría detenerte por obstrucción a la justicia y algunos cargos más –les puso voz a mis pensamientos de un momento antes.

Entonces me decidí.

–¿Lo harías? –le tuteé.

–No.

Fueron otros dos o tres segundos de miradas limpias, diáfanas. Los mismos dos mundos, opuestos, separados, pero unidos por una extraña amistad.

–Pase lo que pase con tu padre, me gustaría que me lo contaras.

Asentí con la cabeza.

–Nunca se sabe con quién puedes contar –insistió–. Estás sola y necesitas apoyo.

–¿Estás ligando conmigo? –abrí los ojos.

–No, pero me caes bien –expandió una de sus sonrisas, ahora de oreja a oreja.

Nos cortó la escena el zumbido de mi móvil, recuperado del bolsillo de Cristian una vez detenido. Contesté sin más.

–¿Berta?

–Sí, abuela.

–Ven, por favor.

–¿Qué pasa? –me alarmé.

–Tu padre ha abierto los ojos. No habla, sólo mueve su mano derecha, pero... está consciente, cariño. Ven pronto, por favor.

Hay momentos en los que la vida se detiene.
Y momentos en los que echa a andar de nuevo.
Fue uno de ellos.

Conecté mi ordenador a la impresora y la puse en marcha. Seleccioné los dos informes y abrí el programa correspondiente. Luego inicié la impresión.

Mientras las páginas salían por la boca superior de la máquina, contemplé la terracita del despacho de papá, con las puertas abiertas, el sol de la mañana irrumpiendo con su calor, las primeras horas de aquel lunes cerrando un pasado y abriendo un futuro.

Mi pasado y mi futuro.

Cuando la impresora acabó de vomitar las páginas escritas las examiné una vez más.

El caso de Laia Huertas, resuelto.

El seguimiento de Martín Bermell, con «mi versión» para que José Luis Bermell no matara a su hijo, terminado.

También tenía las facturas.

Dinero, siempre el dinero.

Me quedé en la silla mirándolo todo, el despacho, mi ordenador, porque la policía aún no me había devuelto el de papá, el resultado de «mi trabajo» la semana anterior.

Mi trabajo.

Ahora tocaba cerrar la agencia, el lugar en el que el detective Cristóbal Mir había trabajado toda su vida en solitario, poner en orden muchas cosas, saber si papá iría a una clínica especializada, una residencia o podría quedarse en casa pese a sus limitaciones, quizá con una enfermera cuidándolo o... Bueno, ni idea. No era un vegetal del todo, movía los ojos y su mano derecha, pero estaba paralizado, sin voz, un muerto en vida que, sin embargo, el día antes me había dicho que me quería y que estaba orgulloso de mí.

Papá y su buen ánimo.

Por Dios...

Imaginarme el resto de su vida comunicándonos a través de los simples gestos de su

mano...

¿Y yo..., qué?

Nunca me había sentido más perdida, sola, desconcertada.

Doblé los dos informes, los introduje en sendos sobres, escribí en cada uno de ellos el nombre de la persona a la que iba dirigido y los cerré.

Me disponía a salir, ya con el ordenador y la impresora apagados, cuando llamaron a la puerta.

Me encontré frente a una mujer de mediana edad, quizá más joven de lo que parecía aunque su estado no era el mejor. Vestía bien, se le notaba el gusto y el dinero, pero su rostro era el espejo de su alma, y su alma estaba torturada. La dignidad de su aspecto se empañó con el tono dolorido y melancólico de su voz.

—¿El señor Mir?

Lo ponía en la puerta: «Cristóbal Mir. Detective Privado».

—No está en este momento —se me ocurrió decir.

—¿Cuándo regresará? —el tono se volvió ansioso—. ¿Puedo esperarle o...? Es muy importante, y urgente.

Iba a decirle que Cristóbal Mir se había retirado, que la agencia cerraba, que nadie...

¿Nadie?

—Verá...

—Necesito que haga un trabajo, por favor, señorita. Le pagaré lo que sea, el anticipo que me pida. Por favor...

Las palabras se amontonaron en mi mente.

«Trabajo», «pagar», «anticipo»...

Algo se disparó en mi interior.

Algo fulminante.

Y mi instinto hizo el resto, todo en un segundo.

¿Por qué no?

Me lo dijo papá, me lo dijo Alfredo Sanllehí: yo era buena.

Muy buena.

Había resuelto el caso de Laia Huertas, y seguido perfectamente a Martín Bermell aprovechando que tenía su edad, y también había cerrado el misterio de los Hernán y los Bermúdez.

Sí, ¿por qué no?

Yo era capaz de investigar lo que hiciera falta, y además, papá no estaba muerto, podía ayudarme. Su mente y su mano podían ayudarme a...

—Verá, señora...

—Margall, Montserrat Margall.

Era tan descabellado que tenía que oírmelo decir a mí misma.

—Pues verá, señora Margall, el señor Mir nunca da la cara, para evitar ser reconocido y así poder trabajar con mayor libertad y seguridad, tanto para usted como para él. Yo soy su enlace y su secretaria. Los clientes me cuentan todo a mí y yo se lo comunico a él para que se ponga a trabajar de inmediato. Éste es el trato que aceptan los que requieren su servicio. Si está de acuerdo...

—Sí, sí, lo estoy, claro. Ningún problema.

—Entonces, ¿quiere pasar, por favor?

Montserrat Margall entró en el despacho.

Mi despacho.

No tenía licencia, era un mundo nuevo, pero seguía siendo una chica lista.

Quizá una superviviente.

Seguir a personas, hacer informes, o incluso investigar casos como el de los Bermúdez y los Hernán tampoco era tan difícil.

—Síntese —le pedí a mi cliente—. ¿Sabe ya nuestras tarifas?

Y mientras hablábamos, ella me contaba su historia y yo tomaba notas, muy, muy profesional, para trabajar en mi primer caso, no dejé de sonreír por dentro.

Medellín, septiembre de 2009

Barcelona, octubre de 2009

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: Noviembre de 2011

© Jordi Sierra i Fabra, 2010

© Ediciones Siruela, S. A., 2010

c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-776-0

Conversión a formato digital: Década Soft S.L. www.decadasoft.com

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
El caso del falso accidente	5
Agradecimientos	7
Créditos	205